IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

El ENIGMA de la COBRA REAL

De vuelta en Londres con su padre, a Irene aún no le ha dado tiempo de alegrarse por haber reencontrado allí a sus grandes amigos Sherlock y Arsène, cuando un acontecimiento repentino perturba la frágil paz de su casa: Horace Nelson, el inestimable mayordomo de la familia Adler, ha desaparecido dejando tan solo una nota de pocas palabras. Irene decide indagar. Los tres chicos se ven enfrentados así a un caso que parece tener su origen en las lejanas y fascinantes colonias de la India.

Irene Adler

El enigma de la Cobra Real

Sherlock, Lupin y yo - 7.0

ePub r1.1
Titivillus 30.09.2019

Título original: *L'enigma del Cobra Reale*
Irene Adler, 2014
Traducción: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

Cubierta

El enigma de la cobra real

Capítulo 1. Noviembre

Capítulo 2. Un lugar singular

Capítulo 3. El hombre de la chistera azul

Capítulo 4. El timo

Capítulo 5. Una decisión inexplicable

Capítulo 6. Un día de visitas

Capítulo 7. Dos viejos amigos

Capítulo 8. El destino de un hombre

Capítulo 9. Un paseo por los muelles

Capítulo 10. Una mujer fuera de lo común

Capítulo 11. La conciencia del capitán

Capítulo 12. Fuegos de artificio

Capítulo 13. Una fría cortesía

Capítulo 14. Una casa revuelta

Capítulo 15. Una fiesta suntuosa

Capítulo 16. Horas de inquietud

Capítulo 17. Un nuevo conocido

Capítulo 18. La Cobra Real

Capítulo 19. La semilla de la venganza

Capítulo 20. A orillas del río

Capítulo 1

NOVIEMBRE

Uno de los secretos que más celosamente custodian los ingleses es que no es cierto que en su tierra llueva tanto. Les divierte sobremanera que los continentales, y más aún esas almas ingenuas de americanos, los imaginen fustigados por una lluvia incesante, ateridos en sus abrigos y al resguardo de sus frágiles paraguas.

El Londres que veía yo desde hacía ya una semana, por el contrario, estaba bendecido por un sol luminoso que definía aún más cada detalle de mi triste regreso. No creo que exista en todo el año un mes más melancólico que noviembre, ni peor época para estar triste que esos días en que el otoño declina justo antes del invierno, las hojas no cesan de caer y la tierra húmeda exhala un frío profundo que parece impregnado de muerte.

Sin embargo, fue precisamente en noviembre, el día 11, cuando mi padre Leopold y yo resolvimos mudarnos, de una vez por todas y para siempre, dejando atrás nuestra vieja vida parisina para instalarnos en una nueva residencia londinense. Que al final no fue nueva en absoluto: de hecho, nos trasladamos al mismo piso que mi padre había alquilado para nosotros un año antes, durante la guerra, cuando por prudencia habíamos tenido que abandonar nuestra casa de París.

Todavía hoy, al pensar en aquel pequeño detalle, me conmuevo. Leopold, con la desesperada tozudez de un niño, había decidido dejar París porque aquella ciudad significaba para él Geneviève, la adorada mujer que había perdido. No obstante, a la hora de elegir para nosotros dos una vivienda en Londres, el señor Adler se había decidido por aquella casa de Aldford Street que, en los afortunados colores de las tapicerías y en varios detalles del mobiliario, conservaba la marca de la mujer a la que había amado toda su vida. ¡Cuánta ternura en aquel contraste entre las firmes resoluciones de la voluntad y las vacilaciones desesperadas del corazón!

Geneviève. Aquel nombre seguía aflorando a mis labios, como un enigma irresoluble, en las largas horas que pasaba sola en

aquellos días ahora lejanos.

Geneviève, mi madre adoptiva, a la que nunca había comprendido del todo, que nunca me había comprendido a mí del todo y que, sin embargo, no había dudado en ir al encuentro de la muerte para salvarme la vida. Era una confirmación de lo poco capaces que somos de penetrar en el misterio que anida en el alma de las personas, incluso de las que viven con nosotros. Así que ahora debía convivir con aquel recuerdo semejante a una pesadilla: Geneviève interponiéndose con valentía entre un sórdido criminal y yo y pagando con su vida mis imprudencias.

En efecto, no dejaba de pensar que, si aquel ladrón había entrado en nuestra casa, más que de la guerra civil y más que de la pobreza que padecía la capital francesa tras la derrota a manos de los prusianos, la culpa había sido mía. Mía y de esa aversión al aburrimiento que compartía con mis grandes amigos Sherlock Holmes y Arsène Lupin, y que nos empujaba irremediablemente a buscar la excitación de la aventura. Pero he aquí cómo al final había aprendido el precio que hay que pagar, en lágrimas, cuando se elige dejarse llevar por la pasión del riesgo o, mejor dicho, por la ardiente belleza del peligro. Hoy puedo afirmar con certeza que no se trataba de un simple capricho, sino de la manifestación de mi naturaleza más profunda, que empezaba a mostrarse ante mí. No obstante, en aquellos días no sentí que una pesada sombra había venido a posarse sobre la extraordinaria vida que llevábamos mis amigos y yo desde hacía unos meses. Una vida que hasta aquel momento yo había imaginado como iluminada por la misma luz que inundaba las playas blancas de Saint-Malo, el lugar en el que nos habíamos conocido y donde habíamos jurado que siempre seríamos amigos.

Así que, cuando retornamos a aquella casa londinense, suspendida entre el pasado y el presente, y el señor Horace Nelson, nuestro mayordomo, abrió las ventanas, fue como si la hubiéramos dejado pocos días antes. Porque en ella flotaba todavía el recuerdo de mi madre. De mi madre, sí, puesto que, a fin de cuentas, había ejercido de verdad como tal durante toda mi vida, día tras día, desde luego más de cuanto lo había hecho mi verdadera madre, Alexandra Sophie von Klemmitz. Sophie me había dado la vida. Geneviève me había protegido de la muerte. Pero, en aquel mes de

noviembre, ambas me parecían sepultadas bajo un estrato impenetrable. Y estaba segura, ingenua de mí, de que allí permanecerían.

Sin embargo, tendría que haber comprendido que no sería así ya desde mis primeros pasos por aquellas estancias elegantemente amuebladas, bajo lámparas venecianas, entre divanes acolchados de estilo Sheraton, sobre alfombras que algún mercader turco o armenio habría transportado en barco hasta los muelles de Londres; tal vez fuera un pensamiento extraño, pero me parecía que nuestra casa londinense tenía dentro algo de ambas mujeres: el sufriente paso de una y la ausencia total de la otra.

O quizá, sencillamente, la realidad fuera que, a pesar de todos mis esfuerzos, de mi nuevo peinado (con mi cabello pelirrojo cortísimo, casi como el de un chico), de mis resoluciones y de las palabras de mi padre, iba a serme del todo imposible alejarme del pasado y recomenzar como si no hubiera ocurrido nada. También mis sueños parecían querer decirme lo mismo. Recuerdo, de hecho, lo que soñé la noche de nuestra llegada a Londres: paseaba por el campo leyendo un libro y, antes de concluirlo, al pasar por un estrecho puente de piedra, el libro se me caía a un canal. En el sueño, seguía caminando por aquel puentecito y me asomaba para mirar el libro, que había quedado abierto en el fondo, sin que el agua lo deshiciera ni la corriente lo arrastrara, y yo deseaba desesperadamente poder leer aún las palabras desvaídas por el agua. Al despertarme, no pude dejar de pensar que aquel libro no era sino mi historia y la de Geneviève, que se me había escapado de las manos para siempre.

Así era como me sentía. E intentaba que no se notara. Sabía que mi padre sufría tanto como yo, o quizá mucho más, porque él había querido a Geneviève mucho más que yo. Y había sido llevados también por su amor por lo que me habían adoptado. Mi padre sabía que mi madre tenía los pulmones delicados y que el aire contaminado de Londres había empeorado su salud. Pero jamás había imaginado que pudiera morir así, de repente, y en circunstancias tan violentas. Había encajado el golpe intentando prodigarme la misma ternura que yo le prodigaba a él: haciéndome creer que lo había superado y que, en resumidas cuentas, las cosas podrían arreglarse, que lo harían, desde luego no aquel invierno

(solo pensar en las Navidades próximas nos resultaba insoportable a ambos), sino tal vez, con algo de suerte, la primavera siguiente. No sé a cuáles de sus negocios había puesto fin, qué fabricas de hierro había vendido ni qué líneas ferroviarias había abandonado a su destino con tal de poder cambiar de vida y cortar con su pasado, y no me lo dijo nunca. Pero yo lo veía abatido y lo espiaba cuando él creía que no lo miraba, y lo encontraba llorando o alelado con la espuma de afeitar ya extendida por la cara, mirándose en el espejo, como si de pronto le fuera imposible creer que Geneviève no estaba a su lado. Cada uno servíamos de muleta al otro. Pero era como si quien se sostuviera entre nuestras dos muletas fuera un fantasma.

Como decía, se habría dicho que el vituperado clima londinense abarcara también nuestro estado de ánimo y se desviviera por proporcionarnos un poco de consuelo con inusuales días de sol y viento moderado en los que pequeñas nubes blancas e inofensivas huían veloces sobre el telón azul del cielo. Yo permanecía largo rato asomada a la ventana contemplando las calles de tierra que se llenaban de vendedores y de carruajes, con los árboles del parque del fondo a un lado y las blancas fachadas de las casas al otro. Una vez vi a un grupito de deshollinadores andando en equilibrio sobre los tejados del edificio de enfrente y proferí un grito de sorpresa. Ellos me vieron, me saludaron y se lucieron para mí en una serie de temerarias acrobacias.

—¡No, no, por favor! —chillé yo, preocupada porque pudieran hacerse daño o se precipitaran a la calle.

Pero ellos rieron, levantaron sus largas escobas negras y tendieron hacia mí un sombrero. Yo les hice seña de que esperaran, me metí corriendo en casa en busca de un chelín y, cuando lo encontré, se lo tiré. Y al ver que un chiquillo de rostro oscuro y ojos brillantes lo atrapaba, me sentí mejor.

En aquellos días, que solo puedo recordar como un periodo de convalecencia, me aferraba frecuentemente a lo que había empezado a llamar «mi plan». Es decir, el plan para convertirme en quien realmente quería ser y que estaba compuesto por una larga lista de puntos anotados escrupulosamente en un cuaderno de tapas azules, el mismo color, me doy cuenta ahora, que el del frasco del perfume predilecto de Geneviève. Aquel cuaderno, como era inevitable que ocurriese, quedó inacabado, y gran parte de sus

páginas, en blanco, pero por entonces lo hojeaba con satisfacción. Entre los puntos principales que había señalado (justo debajo del referido a la reanudación de los estudios regulares con un nuevo preceptor) estaba mi decisión de continuar las clases de canto con la señorita Langtry, mujer quizá un tanto rígida pero excelente profesora.

Me tranquilizaba la idea de poder sumergirme de nuevo en la música, apartando cualquier pensamiento para concentrarme solo en mi voz. Claro está que entonces no podía ni adivinar que vicisitudes muy distintas reclamarían pronto mi atención y que —como ya había sucedido otras veces— el irresistible reclamo de la aventura me empujaría a aplazar mi vuelta al canto.

Capítulo 2

UN LUGAR SINGULAR

Aquellos primeros días londinenses transcurrieron con una quietud tal vez incluso excesiva, que mi padre y yo tratábamos diligentemente de llenar con sonrisas y breves conversaciones sobre temas banales del día a día. Aquella era, como he dicho, nuestra convalecencia común y me alegraba constatar que el sencillo *ménage* cotidiano le proporcionaba a Leopold unos momentos de serenidad.

Mi padre, poco a poco, volvió a frecuentar la City, el corazón financiero de la ciudad, y no puedo negar que, cuando yo también tuve ocasión de salir de aquellas cuatro paredes, mi corazón lo agradeció.

—Ha llegado el momento de dar un paseo, Horace —le dije a mi fiel mayordomo al encontrármelo en el vestíbulo. Estaba junto a la puerta de casa ocupado, como de costumbre, en revisar la correspondencia. Repartía las cartas en tres bandejas: las destinadas

a mi padre, las mías (casi siempre fáciles de reconocer por la letra ya familiar de alguno de mis amigos, Sherlock o Arsène) y las que tenían que ver con la administración de la casa, de las que se ocuparía directamente él, consultando con mi padre en caso de asuntos urgentes. Por su torso inclinado y la expresión seria que había puesto al ver una de aquellas cartas, supuse que se trataría de algún solemne fastidio.

—¿Algo para mí? —le pregunté de forma automática. Sabía que en realidad no podía haber nada, pues las dos únicas personas que conocían aquella dirección me habían escrito en días anteriores y yo salía precisamente para encontrarme con una de ellas.

—Nada para usted, señorita Adler —me confirmó Horace sin alzar los ojos del papel que estaba leyendo. Después de los trágicos hechos que habían ocasionado la muerte de mi madre adoptiva, nuestro mayordomo se había vuelto más severo y receloso, y, entre otras cosas, había vuelto a llamarme «señorita».

Me parecía una reacción muy comprensible, pero, como sentía de veras la necesidad de reconquistar una pizca al menos de mi preciosa libertad, pensé que lo mejor era escabullirme con un simple saludo, sin decir más.

El señor Nelson me abrió la puerta y, cuando ya estaba convencida de que mi salida disimulada había tenido éxito, se despidió de mí con un burlón:

—Buen paseo… y salude de mi parte al señorito Holmes.

—Así lo haré —respondí mientras una sonrisa asomaba a mis labios. ¿Acaso había olvidado cuántas cosas comprendía Horace pese a mis obstinados silencios?

La puerta, en todo caso, se cerró a mi espalda y me levanté un poco la larga falda granate para poder bajar los peldaños de dos en dos sin jugarme la vida. Ya en la calle, un soplo de viento frío silbó entre mi pelo. Todavía no me había acostumbrado a tenerlo tan corto y me eché rápidamente un fular que llevaba en el bolso. Primero me dirigí a los carruajes parados en la esquina de la calle, pero luego decidí ir a pie, pues había salido con mucho adelanto y sentía curiosidad por el lugar en que mi amigo me había citado: Westbourne Park, donde se encontraba la gran estación ferroviaria de Paddington.

Aquel paseo de casi una hora me sirvió para despejarme la cabeza y

alejar los pensamientos dolorosos y retorcidos que me habían acompañado en mi regreso a la ciudad. Respiré a pleno pulmón el aire fresco y cargado de olores de los barrios que atravesé, que eran un hervidero de actividad: grandes y sucios talleres donde se reparaban carruajes y se trabajaba el hierro, y vastas y ruidosas obras de edificación.

El bullicio londinense, que a menudo me había parecido irritante, tuvo aquella tarde el efecto de un bálsamo vivificador en mis nervios deshechos, por lo que llegué a Westbourne Park de un humor casi alegre.

Reconocí a mi amigo Sherlock Holmes desde muy lejos. Estaba sentado en un banco en el límite del parque, inmerso completamente en la lectura de un libro. Su nariz afilada sobresalía del cuello del abrigo como la proa de un barco, y su pelo desgreñado, insólitamente largo, y sus mitones de lana le conferían un aspecto descuidado y fascinante a la vez.

—¿Es de un interés tan tremendo ese libro como para impedirte saludar a una vieja amiga? —le pregunté, dado que le había pasado inadvertida mi llegada. Tampoco pude dejar de notar otra cosa: que en el aire había olor a colonia, una colonia que, supuse, sería la de su hermano Mycroft.

Sonreí. «¡El huraño Holmes —pensé— se ha tomado la molestia de acicalarse para nuestro encuentro!».

Pero como Sherlock, en uno de aquellos contrastes tan típicos de su carácter, no me contestaba, me senté en el banco, crucé los brazos sobre el pecho y me puse a mirar a mi vez el libro que tenía en las manos. Leí el título en voz alta:

—Edward Clarke, *Viajes por varios países de Europa, Asia y África. Volumen 5*. —Luego añadí—: Si hubiese sabido que iba a perturbar tu amena lectura, habría caminado a paso menos ligero y a lo mejor…

—Excelente, Irene. ¡Excelente! —fueron las sorprendentes palabras con que mi amigo me cortó.

Cerró por fin el libro y me miró a los ojos. En su cara se dibujaba una sonrisa de satisfacción total. Una clase de sonrisa ante la cual sabía con certeza que no podía estar nada tranquila. Por eso, traté de averiguar qué se escondía bajo ella o qué broma me estaría gastando. El libro que ahora tenía cerrado en las manos había

producido un sonido un tanto insólito al cerrarse. E in sólito era el lugar en el que Holmes me había citado.

—Hay un perfume especial en el aire —comenté, pensando que el contraataque era la mejor defensa.

La sonrisa desapareció del rostro de Sherlock al instante.

—¿Perfume? —repitió, envarándose.

Era evidente que creía que yo me refería a la colonia de su hermano, cuyo olor flotaba entre nosotros. Fue mi turno de sonreír. Pero no tenía ninguna intención de avergonzar a mi amigo.

—Perfume a sorpresa en ciernes —respondí, pues—. ¿Me equivoco?

—¡Quién puede decirlo! —exclamó Sherlock, cuya cara volvió a distenderse—. Imaginar lo que a ojos de otra persona puede resultar sorprendente y lo que no es un ejercicio fútil, ¿no crees?

—Sí, creo que sí, pero… —insistí.

—Pero, en efecto, hay un lugar al que me gustaría que me acompañases —volvió a interrumpirme, levantándose de sopetón del banco.

Me ofreció el brazo, que acepté no sin cierta desconfianza. Sherlock me apretó fuerte contra él y se encaminó hacia el canal que bordeaba el parque.

—¿Qué me estás ocultando, Sherlock? —le pregunté, dejándome llevar sin oponer demasiada resistencia. Podía sentir la lana áspera de su abrigo a través de mis guantes de piel y, por lo ancho que le venía en los hombros y lo corto que le quedaba sobre sus largas piernas, adiviné que debía de habérselo dejado su hermano mayor.

—¿Ocultarte? Absolutamente nada. Como mucho estoy a punto de proponerte… ¡una fascinante actividad recreativa! —me contestó él con un brillo divertido en los ojos.

—¡Ah! —fue todo lo que acerté a decir.

Él asintió con la cabeza, convencido, y puntualizó:

—Tan fascinante como ilegal.

Levanté una ceja, cada vez más interesada. Sherlock me llevó al otro lado de la calle y luego doblamos a la izquierda y dejamos atrás el canal. Ahora tenía delante de mí el jaleo de una gran obra.

—¿Tengo que acompañarte sin oponer resistencia? —le pregunté cuando tuve claro que Holmes había ideado de verdad algo especial con ocasión de nuestro primer encuentro londinense—. ¿O

simplemente debería preocuparme?

—Sugiero una combinación de ambas cosas —me contestó él, avanzando con determinación por la acera. Westbourne Park, con sus casas de ladrillos y estucos blancos, se había convertido desde hacía algún tiempo en el barrio de la burguesía laboriosa de la ciudad. Una vez mi padre, siempre interesado en todo lo que tenía que ver con ferrocarriles y estaciones, me había desaconsejado que frecuentara los barrios adyacentes, alrededor de Notting Dale y Southam Street, donde las casas eran más ruinosas y vivía una pintoresca población dedicada predominantemente a las estafas y los pequeños delitos. Como no es raro que ocurra en las ciudades, aquella gente, para no ser molestada, procuraba que en Westbourne Park, o sea, a pocas calles de distancia de su «territorio», todo estuviera tranquilo para no desencadenar reacciones de la policía.

—¡Confieso que no logro imaginar qué actividad «fascinante» pueda darse en un lugar así! —dije con total sinceridad.

—Eso es porque tu mirada se queda en la superficie —respondió él, socarrón—. Lo interesante, como siempre, se oculta en las profundidades.

—¡Te estaría agradecida si dejaras ya de hablar en enigmas! —le solté entonces.

Sherlock se rio.

—Como gustes… No se trata, por lo demás, de un gran enigma: sencillamente, el 31 de octubre cerraron la estación de metro de Westbourne Park para sustituirla por una nueva, al este de aquí —me explicó, señalando la estación de tren—. Solo que se olvidaron…

Mientras hablaba, Sherlock apartó por un punto preciso la rudimentaria valla hecha con viejos tablones clavados que delimitaba la obra y abrió un estrecho hueco.

Y así, con mis zapatitos de ante de tacón bajo y mi falda de color granate que arrastraba irremediablemente por el barro, me dirigí en compañía de Sherlock Holmes a la estación de metro recién abandonada.

A pesar de haber vivido casi un año en Londres, yo nunca había tomado lo que los ingleses llamaban «el tubo». Me asustaba la idea de estar encerrada en un tren que rodaba por un túnel subterráneo, bajo las calles y las casas de la ciudad. Lo que, en opinión de mi padre, sería el futuro de los desplazamientos en toda ciudad

moderna, a mí solo me parecía una espantosa trampa, un siniestro topo metálico que cavaba sus agujeros en el subsuelo de Londres.

Y tampoco aquella bajada a la estación abandonada de Westbourne Park, en un primer momento, me resultó nada agradable. Como Sherlock me había contado, la estación había sido cerrada hacía poco y lo habían dejado todo como estaba. Por eso tuve la macabra impresión de que habíamos entrado en una estación misteriosamente vacía que esperaba un tren fantasma. Allí abajo todavía había luz, procedente de claraboyas que aún no habían tenido tiempo de tapiar. Los carteles de espectáculos teatrales olían aún a cola. Hojas de periódico llevadas por las corrientes de aire danzaban sobre aquel suelo que solo unos días antes pisaban los viajeros que se dirigían al centro de la ciudad. En las taquillas había todavía plumas y registros abandonados.

—Un lugar singular, es innegable —murmuré, moviéndome con cierta inquietud por aquella especie de silenciosa cueva de la era moderna. Mirando y rozando con los dedos los objetos de uso común dejados allí abajo, sentí el mismo escalofrío que debían de sentir los arqueólogos cada vez que encontraban bajo tierra vestigios de civilizaciones antiquísimas que dormían en la oscuridad desde hacía siglos.

Pero las sorpresas que mi amigo me tenía reservadas no habían terminado.

—El lugar no carece de fascinación, desde luego —comentó Sherlock, echando una ojeada a su alrededor—, pero nunca se me habría ocurrido hacer que te dieras la caminata solo por eso.

—Bien, diría que ha llegado el momento del golpe de efecto —bromeé.

Mi amigo levantó el libro con un movimiento amplio del brazo y me lo enseñó.

—Hace un rato, he esperado a que te sentaras a mi lado para averiguar lo visible que era a ojos de una observadora aguda.

—Gracias por lo de observadora aguda, pero… ¿qué tendría que haber visto? —le pregunté.

Sherlock abrió el libro y esa vez me di cuenta de que se trataba en realidad de una ingeniosa caja con una cavidad practicada en las hojas del libro y, como yo misma había confirmado sin saberlo, totalmente invisible por fuera.

—¿De verdad has metido ahí dentro lo que estoy pensando? —le pregunté, notando una improvisada aceleración de los latidos de mi corazón.

Sherlock volcó el libro e hizo caer un revólver en la palma de su mano.

—Si has pensado en alguna pequeña joya de la balística moderna, ¡entonces la respuesta es sí!

—Una pistola… —dije, desaprobando con la cabeza. ¿Cómo podía mi amigo ponerse a exhibir un arma de fuego ante mis ojos cuando había pasado tan poco tiempo desde los trágicos hechos de París? La respuesta, en el fondo, resultaba de lo más simple: Sherlock Holmes era así, estaba dotado de un ingenio extraordinario pero carecía totalmente de esa virtud poco vistosa que se llama tacto.

Iba a decirle a mi amigo, sin medias tintas, lo que pensaba de su ocurrencia cuando su expresión (para entendernos, la de un niño al que acabaran de regalar el más maravilloso de los juguetes) tuvo el poder de hacer que se me atragantaran las palabras. Y Sherlock interpretó aquel silencio como una invitación a darme más explicaciones.

—Se trata, para ser precisos, de una Remington de la marina americana, de reciente fabricación —me explicó, girándola entre los dedos como un director de orquesta la batuta—. Bloque laminado posterior en la culata y obturador especial patentado por Philo Remington, capaz de girar sobre el perno y mantener inmóvil el proyectil hasta el momento de la expulsión. Una verdadera obra maestra.

Lo miré, cada vez más pasmada.

A mí, aquel chisme de metal me parecía de todo menos una obra maestra.

Sherlock me señaló la pared al otro lado de la estación, donde vi por primera vez que había colocado una diana rudimentaria. Los ladrillos, detrás de la diana, estaban horriblemente desportillados.

—He estado practicando estos días. El lugar es tranquilo y no se oye nada desde arriba.

Sentí que me subía un temblor por las piernas.

—¿Me estás diciendo que…?

Él me tendió la pistola y sonrió.

Capítulo 3

EL HOMBRE DE LA CHISTERA AZUL

Después de pasar así parte de la tarde, nos refugiamos en la Shackleton Coffee House. Todavía no había anochecido y el corazón seguía retumbándome en el pecho, sacudido por las emociones contrapuestas de aquellas últimas horas de la tarde.

Entramos en el destartalado café, que se había convertido en nuestro lugar para pensar, riendo y hablando tan fuerte que logramos echar de nuestra mesa favorita a los dos parroquianos sentados en las butacas desfondadas. Sherlock me pidió que le guardara el libro con el compartimento secreto y la Remington todavía escondida entre las hojas y fue a pedir dos chocolates calientes preparados con un cacao especial que, según decía, era un potente estimulante de su mente. Luego volvió y se sentó, acalorado y visiblemente contento.

—Todavía me tiemblan las manos —le dije, tratando de calentármelas con la taza de chocolate.

—Puede que ahora te tiemblen, pero hasta hace poco las tenías bien firmes —bromeó él. Y añadió riendo—: Ocho de diez… Si fuera usted, señorita Adler, no excluiría la posibilidad de enrolarme

en los fusileros del ejército de Su Majestad. ¡Es una tiradora de indudable talento!

—¡Chist! —bisbiseé, mirando temerosa a mi alrededor. Pero ninguno de los otros clientes en aquel bullicioso salón de té parecía habernos oído. Había la acostumbrada mezcla de desocupados y de mancebos que des cansaban después del cierre del mercado, repantigados en los bancos pegados a la pared o reunidos delante de la chimenea encendida.

Me quité el fular, lo dejé sobre la silla de al lado y, mientras daba sorbos de cacao caliente, repasé mentalmente los momentos más relevantes de aquella increíble tarde.

Primero, Sherlock había colocado unas latas sobre una vieja caja de fruta, a cincuenta pasos de mí; luego había vuelto, había armado la pistola, me la había dado y se había puesto detrás de mí.

Con un estremecimiento de miedo, yo había notado sus manos enderezándome la espalda y sosteniéndome el brazo que sujetaba la pistola, y su voz, baja, diciéndome cómo debía apuntar con la mira, es decir, entornando uno de los ojos y…

¡PAM!

El disparo había retumbado en la gran bóveda de la estación desierta y me había llenado la boca de humo. Había puesto el dedo en el gatillo, había presionado levemente y casi había sentido en mi mano cómo se tensaban los mecanismos de la pistola, listos para saltar.

—¡Vaya suerte! —había exclamado Sherlock—. Le has dado a una lata.

Yo había bajado el arma y mientras mi amigo corría a comprobar el resultado y me felicitaba por el disparo acertado, me había quedado mirando con incredulidad la pistola que apretaba en la mano. Así pues, ¡lo había hecho! No solo había disparado, sino que le había dado al blanco.

Mi cuello, hasta aquel momento rígido como un palo, se relajó. Pensé que si la gente usara esos cacharros solamente para agujerear latas, quizá todo aquello pudiera ser de verdad un simple juego.

Después miré a mi amigo.

—Pero ¿de qué suerte hablas? —había protestado en broma, muy decidida a desempeñar mi papel con desenvoltura pese al desagrado que me provocaba aquella situación.

Sherlock, que se lo estaba pasando en grande, había vuelto corriendo hasta mí para darme un segundo proyectil y decirme que probara otra vez.

—Invita Mycroft —me había dicho, desvelándome así, al menos en parte, la razón de aquel divertimento suyo. De hecho, yo ya había notado que Sherlock aprovechaba con entusiasmo toda ocasión que se le presentara para hacerle un desaire a su serio hermano mayor.

Mi segundo disparo, de todos modos, no había dado en el blanco y Sherlock se había desquitado con una mirada burlona que parecía querer decir: «¿Has visto? ¡Pura suerte!».

Luego me había hecho una demostración de cómo disparaba él (muy bien, me pareció, aunque con cierta rigidez) y me había vuelto a pasar la pistola. Habíamos entablado una especie de competición y al final Sherlock la había ganado. De todas formas, yo no lo había hecho nada mal, sobre todo teniendo en cuenta mi total inexperiencia con las armas: mis cuatro disparos siguientes habían sido otros tantos blancos y el quinto lo había hecho casi sin mirar. Movimiento, alzada. Disparo. Y la lata había rodado por las vías muertas de la estación abandonada.

Cuando terminamos, el aire estaba lleno del olor punzante de la pólvora y los ojos me ardían. Se me había dado bien y, sobre todo, no había quedado como una miedica ante mi amigo. Una preocupación, esta, realmente cómica e infantil, si lo pienso hoy, pero que todavía tenía significado para la Irene de aquellos días. En todo caso, cuando salimos de allí abajo y respiramos de nuevo el aire fresco de noviembre, me alegré de que aquello hubiera acabado.

—¡Mira que no estoy bromeando! —insistió Sherlock mientras se tomaba el chocolate—. Me habría gustado que te vieras… Eras…

Vi brillar sus ojos, como si dieran fe de que la emoción de aquel momento era sincera.

—¿Cómo era, Sherlock? —le pregunté, regodeándome en aquel instante.

Él no me miraba cuando contestó. Aún estaba inmerso en la atmósfera surrealista de aquella tarde y su mirada vagaba más allá de los cristales empañados del local.

—Eras… ¡un espectáculo! —susurró apenas.

Tras aquellas palabras, pronunciadas en un tono soñador tan insólito en Sherlock, nos quedamos callados. Y con el silencio llegaron también un leve sonrojo en mis mejillas, un estremecimiento de mi amigo y todos esos razonamientos torpes que tan a menudo arruinan los momentos más intensos entre dos personas.

Fuera como fuese, aquella pequeña magia se había esfumado y durante unos instantes se apoderó de nosotros la vergüenza.

—Creo que yo seguiré con el canto y te dejaré a ti el tiro al blanco —bromeé para salir de aquel *impasse*.

Sherlock pareció aliviado por poder reanudar el hilo de una conversación normal.

—Qué manera de desperdiciar el talento… pero, en fin, como usted guste, señorita Adler —replicó él con una sonrisa. En aquel momento me parecía más joven de lo que recordaba, y tal vez se debiera al hecho de que, por una vez, no estaba perdido en las laberínticas profundidades de su mente formidable.

Estaba sentado allí junto a mí, simplemente, disfrutando de su cacao.

Por mi parte, miré la hora en el viejo reloj de péndulo colgado en un rincón del café y dije:

—Será mejor que no le dé a Horace un buen motivo para darme una regañina.

Sherlock asintió, vació su taza y nos levantamos para irnos. Buscamos inútilmente mi fular en la silla de al lado y, cuando nos acercamos al mostrador para preguntar si lo habían visto, descubrimos que alguien había pagado nuestras consumiciones.

—¿Quién? —preguntó Sherlock, asombrado.

El chico de detrás del mostrador miró a su alrededor.

—Estaba aquí hace un instante. Un tipo con bigote, creo que extranjero…

—¿Con una chistera azul oscuro? —le pregunté yo.

—¿Abrigo largo con cuello de piel? —añadió Sherlock.

El chico dijo que sí. Nosotros también lo habíamos visto, era un tipo alto y de aspecto bastante extravagante que nos había observado de reojo un par de veces.

Cruzamos una mirada de duda. ¿Quizá no era completamente cierto que el estallido de los disparos no se oyera en la superficie,

como sostenía Sherlock? ¿Nos habría oído aquel hombre? Sin embargo, no tenía aspecto de policía y además… ¿qué sentido tenía invitarnos a dos tazas de cacao?

La voz del chico del mostrador interrumpió el río de preguntas de mi cabeza.

—¡Miren, allí! —exclamó, y nos señaló una figura larguirucha que caminaba ya fuera de la Shackleton Coffee House y que vimos a través de los cristales empañados—. ¿No es él?

Sherlock no lo dudó ni un segundo y salió como una flecha del café, más decidido que nunca a preguntarle a aquel desconocido el porqué de su gesto. Suspiré, renunciando a recuperar el fular para seguir a mi amigo.

En cuanto estuvimos en la calle, el desconocido se percató de nuestra presencia, se puso una mano sobre el sombrero y echó a correr.

—¡Eh, tú, alto! —le gritó Sherlock.

El otro no hizo caso: tomó la primera bocacalle y se escabulló. Sherlock lo siguió sin pensárselo y yo me vi haciendo lo mismo, pensando por un momento en si sacar la pistola del libro que Sherlock me había entregado. En noviembre oscurecía pronto y las callejuelas de Londres estaban llenas de peligros.

Decidí que no y llegué a la altura de Sherlock en la persecución del hombre con chistera azul. Doblamos una esquina, dos, tres… y al final, sin aliento, acabamos los tres en un callejón sin salida.

El otro todavía no se había dado la vuelta. Miraba a todas partes, como buscando una vía de escape, y Sherlock, como un domador de tigres, se movía cautelosamente a su espalda tratando de adivinar su siguiente movimiento.

—¿Se puede saber por qué ha salido huyendo de ese modo? —le preguntó.

El hombre se quedó quieto como una estatua largo rato. Mientras tanto, yo colé la mano entre las páginas del libro y apreté el hierro de la pistola.

—¿Y se puede saber, acaso, por qué me habéis seguido? —replicó el otro, que se volvió con un giro de bailarín al tiempo que se tapaba la cara con una larga bufanda. Luego nos interrogó—: ¿Es que tenéis algo que esconder?

Sherlock y yo nos miramos. A mí me parecía que el tipo aquel

tenía bolitas de caucho en la boca, como ciertos actores cuando quieren alterar su voz.

—Por ahora, el único que se esconde detrás de una bufanda es usted —rebatió Sherlock, observando con atención a aquel hombre —. Y, con toda franqueza, la manera en que va vestido huele a disfraz más bien torpe —concluyó, confirmando mis sospechas.

—¿Torpe? —reaccionó el desconocido, casi enfadado por aquella apreciación—. Pues, si yo soy torpe, vosotros, en cambio, sois un tanto distraídos, queridos míos…

Mientras decía aquellas palabras, sacó del bolsillo del abrigo mi fular y lo agitó en el aire.

Vi que los labios de Sherlock se fruncían en una mueca y por un momento temí que fuera a arrojarse sobre el desconocido.

Sin embargo, para mi inmenso estupor, lo vi golpear el suelo con el pie, echar la cabeza hacia atrás y estallar en carcajadas.

—Pero… —balbucí yo, quedándome pasmada en mitad del callejón con el libro en la mano. Intentando saber de qué iba todo aquello, clavé mis ojos desorbitados primero en el desconocido y luego en Sherlock.

—Venga… —se hartó mi amigo, mirando al hombre de la chistera azul—, ¿quieres acabar ya con esta payasada, Arsène?

Capítulo 4

EL TIMO

Un lunar. Un minúsculo lunar en el arranque mismo del dedo meñique le había bastado a Sherlock Holmes para descubrir la verdadera identidad de aquel extravagante personaje con chistera azul. Por un momento me irrité por no haber reconocido yo también a Arsène, pero se me pasó enseguida, ¡lo que de verdad contaba era que nuestro amigo estaba en la ciudad! Porque era la única manera de que un día tan especial como aquel pudiera volverse incluso memorable. Fue así, pues, cómo el chico del mostrador de la Shackleton Coffee House nos vio entrar de nuevo, abrazados y alegres, y comprendió que la persecución del desconocido había llegado a buen puerto. Se veía a kilómetros que nos sentíamos contentos por estar allí y habernos reencontrado: Arsène me quitaba el fular del cuello todo el rato y se lo lanzaba a Sherlock, que me lo devolvía. Lástima que aquel maldito y ennegrecido reloj de péndulo del rincón estuviera allí, como un

centinela, para recordarme el poco tiempo de que disponía. De todos modos, estaba determinada a saber cómo es que Arsène estaba en Londres, cuánto tiempo pensaba quedarse y si todo aquello haría peligrar mi propósito de volver a dedicarme al canto.

Tal vez nunca llegara a ser una auténtica cantante, pensé. O bien tendría que conformarme con cantar acompañada por mis amigos, Holmes al violín y Lupin, quién sabe, a lo mejor al piano. Les conté aquella cómica idea y ellos cruzaron una mirada burlona.

—¡No creo que nuestro Holmes, al violín, fuera capaz de ceñirse a la partitura sin lanzarse continuamente a inspirados desvaríos! —comentó Arsène.

—Puede que no, en efecto. Pero es igual de cierto que *monsieur* Lupin no podría estar sentado en la banqueta del piano más de media hora —replicó Holmes.

—Si con eso ganara algo de dinero, igual sí podría —rebatió Arsène—. El trío de la Dama Negra… —proclamó luego, haciendo como si leyera el cartel que anunciaba el espectáculo—. ¡Concierto de música funambulesca interpretado por un trío internacional de jóvenes talentos!

—¿Y quién se supone que es esa Dama Negra? —le pregunté yo después de haber soltado una larga carcajada.

—A lo mejor la que me persigue, chicos… —me contestó Arsène, que se ensombreció de pronto—. La mala suerte.

Sherlock y yo lanzamos miradas interrogativas a nuestro amigo.

Lupin se arregló el bigote falso, se peinó hacia atrás su espléndido pelo negro y se inclinó sobre la mesa.

—Me buscan —dijo directamente.

Sherlock emitió un silbido de sorpresa. Pero su mirada, más que preocupada, parecía divertida, como si nuestro amigo nos acabara de decir que se había embarcado en algún extravagante empeño deportivo.

Yo reaccioné de otra manera. Quise agarrarle el brazo a Arsène, pero él interceptó mi mano y la cogió entre las suyas para luego mirarme con sus grandes ojos oscuros.

—No temas… ¡esto no comprometerá nuestra carrera musical! —bromeó.

Sherlock se rio y yo retiré la mano, molesta.

—¡Ah, vaya dos, casi se me olvida lo mucho que os detesto

cuando os portáis así! —estallé. Luego, decidida a irme de allí sabiendo *de verdad* qué le había ocurrido a mi amigo, le pregunté —: Entonces, Arsène, ¿todo es una broma, como ese ridículo bigote?

—¿No te gusta? —dijo él, riéndose y acariciándoselo con cara complacida—. ¿Y a ti, Holmes? ¿No crees que me aporta un cierto no sé qué?

—Si te refieres a un no sé qué que te hace parecer un comerciante de perfumes o de joyas, entonces estoy de acuerdo —dijo sarcásticamente.

—¡Ah, eso significa que funciona! —comentó Lupin, que volvió a su tono misterioso—. De hecho, ha llegado el momento de que os presente a…

Sherlock y yo leímos las tarjetas de visita que nos dio Arsène.

—¿*Auguste Papon*?

—¡¿*Viajante de comercio*?!

Sherlock dejó la tarjeta sobre la mesa.

—Un nombre muy gracioso, por no hablar de toda la puesta en escena… Y ahora, ¿te importaría explicárnoslo? —preguntó, divirtiéndose cada vez más.

—Era lo único que podía hacer —contestó Lupin, abriendo los brazos.

—¿Tu padre lo sabe? —dije yo.

—¡No saquemos el tema de la familia, os lo pido! ¡Mejor os cuento, si queréis, cómo he llegado a convertirme en *monsieur* Papon!

Sherlock y yo cruzamos una mirada.

—Solo si puedes contarlo en menos de cinco minutos.

—¡Antes del toque del Big Ben! —prometió Arsène—. Los hechos son los siguientes. ¿Habéis oído hablar alguna vez del timo americano?

—No —contesté.

—Sí —dijo Sherlock, en cambio. Y, volviéndose hacia mí, añadió —: Es un tipo particular de estafa…

—Eso es. Pues yo tampoco lo sabía, como Irene —dijo Lupin, que se acomodó mejor en su butaca—. Y lo he aprendido de una manera bastante accidentada. Para llevar a cabo un timo, hay que ser dos: el «gancho» y el «rey de oros». La labor del gancho es la de entrarle al «primo»…

—Es decir, aquel al que se le quiere birlar el dinero —explicó Sherlock en voz baja.

—Exacto, amigo mío, exacto. Y da la casualidad de que, en los últimos tiempos, cada vez hay más agitación en la ciudad. No se sabe quién tiene el poder para hacer qué, hay mucha gente que parece haber aprovechado la guerra para enriquecerse sin que se sepa cómo y demasiados pobres que siguen siendo pobres. En suma, la ciudad de París está revuelta, y en el revuelo hay sitio para todos: pillos, ganchos, reyes de oros y primos. Y también para una manada de conocidos míos, los Vagabundos de la Calle Planquette.

—Vagabundos bípedos, espero —dijo Sherlock, paladeando ya la continuación de la historia.

Arsène se rio y cruzó las manos bajo la barbilla.

—Sí, los *Errants de rue Planquette*, un grupo de artistas al que le gusta llamarse así.

—Ah, ¿y qué artes cultivan tus amigos vagabundos? —pregunté, fascinada por aquel nombre.

—Digamos que pintan y escriben un poco, montan muchas juergas y, sobre todo, encuentran maneras muy imaginativas de procurarse el dinero que una sociedad injusta y vulgar les niega…

—Ladrones y estafadores, en pocas palabras —atajó Sherlock.

—Ladrones y estafadores, si quieres. ¡Pero con ideales! —replicó Arsène con firmeza, si bien con una sonrisa en los labios.

—De acuerdo, pero a mí me interesa mucho más el timo americano que los ideales de los vagabundos… ¡Sigue! —lo apremió Sherlock.

—Bueno… —continuó entonces Lupin—. Hacía tiempo que andaba buscando trabajo, un trabajo cualquiera, para tener algo de dinero y no ser una carga demasiado pesada para mi viejo. Un día llamé al portalón de un almacén en la calle Planquette y tropecé con los Vagabundos. Congeniamos casi desde el primer momento y… ¡en cierto sentido, encontré trabajo! Se trataba, precisamente, de un timo que estaban planeando por esos días.

—Espero que no te ofrecieran el papel de primo —comentó Sherlock.

—Muy gracioso, Holmes, pero no… No me tocó hacer de primo, y tampoco de rey de oros. Aunque enseguida nos hiciéramos amigos, me conocían poco y me ofrecieron una labor menos

delicada: tenía que ayudar al gancho a terminar el golpe.

—En todo caso, notable, Arsène, realmente notable… —comentó Sherlock.

—¡Espera a oír el resto de la historia, amigo mío! Porque, por extraño que pueda parecer, la verdad es que bajo sus coloridas corbatas de artista laten nobles corazones de Robin Hood… De hecho, los Vagabundos de la Calle Planquette tenían la vista puesta en un tal Liscard, un horrendo usurero que ha arruinado a muchas familias ya en dificultades por la guerra.

—¡El primo! —exclamé.

—Justamente, Irene —asintió Lupin—. Un primo al que sería especialmente agradable desplumar bien desplumado.

—¿Y qué ocurrió luego?

—La idea era simple. Aprovecharíamos el punto débil de Liscard: su avaricia. Así que Marchal, el jefe de los Vagabundos, con experiencia como actor, planeó rápidamente una pequeña representación que tuvo lugar en el Bœuf Rouge, el mesón al que iba Liscard —siguió contando Lupin—. Dicho en pocas palabras, Marchal, el rey de oros, tenía que presentarse todo elegante cuando Liscard estuviera en el local y fingir que recibía de Goullier, el otro del grupo que hacía de gancho, un saquito de monedas que le devolvería al día siguiente con la cantidad duplicada. No creo que haga falta que os diga que el saquito estaba lleno de tornillos y trozos de hojalata, pero funcionó de maravilla para atraer la atención del horrendo usurero.

—El primo cae en la trampa… —comentó Sherlock.

—Así fue. Y en aquel punto Goullier le explicó a Liscard el método milagroso para duplicar las monedas de oro: bastaba con entregárselas al tipo elegantón, buen amigo suyo y organizador de peleas de perros clandestinas en el Bois de Boulogne. ¡Peleas ilegales, totalmente amañadas y por eso fuente de ganancias seguras! Aquello le puso los dientes largos a Liscard, que pidió poder participar en el negocio.

—¡Ja! Y apuesto a que vuestro gancho tenía instrucciones de hacerse el remolón entonces, y conseguir así que Liscard insistiera para entrar en el negocio —dijo Sherlock, dando un puñetazo en el reposabrazos de cuero.

—Pues claro —asintió Lupin—. De ese modo, todo adquiría una

apariencia más creíble. Al final, obviamente, Goullier cedía ante la insistencia del usurero, que le entregaba un buen saquito de auténticas monedas de oro para que lo juntara con el suyo lleno de chatarra. Y en ese momento llegó mi breve pero fulgurante entrada en escena: salté desde un rincón oscuro con la cara tapada y fingí que asaltaba a Goullier y le robaba los dos saquitos después de una teatral puñalada y un pequeño derrame de sangre de buey.

—Ah… ¿y eso para qué? —le pregunté yo.

—Se llama «despiste» —dijo Sherlock. Me explicó—: De ese modo, el usurero Liscard se persuadía de que el negocio había fracasado a causa de un feroz ajuste de cuentas entre criminales, ¡y se largaba a toda prisa maldiciendo su suerte!

—Sí. Parecía que todo estaba saliendo a la perfección, pero en cambio… —murmuró Arsène Lupin—. Cuando salí del Bœuf Rouge fui recibido por los silbatos de la policía…

—¿Quieres decir que el primo los había avisado? —pregunté incrédula.

Arsène sonrió.

—No, el primo había salido pitando más deprisa que yo. El problema es que en aquella maldita trampa había también un animal: el topo.

—¿Un espía? —dijo Sherlock, adelantando el cuerpo sobre la mesa.

—Sí —confirmó Lupin—, por lo que he podido saber por una carta que Marchal me hizo llegar al gimnasio de mi padre, fue un tal Jolivet, que había entrado hacía poco en los Vagabundos. Es muy probable que la policía estuviera sobre la pista del grupo desde hacía algún tiempo y hubiera infiltrado a aquel tipo para recabar información y luego cogerlos con las manos en la masa.

—Una masa en la que tú también habías metido las manos —dije yo.

—Me temo que sí —reconoció Lupin—. Pero, afortunadamente, en cuanto a correr y a conocer las callejas de Montmartre estoy más facultado que los señores agentes de la Sûreté —añadió, retorciéndose las guías de los falsos bigotes y exhibiendo una de esas resplandecientes sonrisas suyas que dan ganas de abofetearlo.

—¿Y el botín? —le preguntó Sherlock.

Yo, que no había pensado en aquel importante detalle, sentí un

pequeño escalofrío y luego miré a Lupin con preocupación.

—En mis bolsillos, evidentemente —respondió él—. Y el buen Marchal me decía en la carta que me lo quedara para resarcirme de los apuros por los que estaba pasando y para que escapara a la espera de que se calmaran las aguas. Me pareció un consejo sensato, así que me acordé de un tipo apodado El Garduña, un viejo amigo de mi padre y excelente falsificador, que me hizo un pasaporte a nombre de Auguste Papon, viajante de comercio de veinticuatro años. En ese momento, le escribí unas líneas a mi padre para tranquilizarlo, me compré ropa nueva, me puse este bigote y tomé el tren para Calais, donde cambié el resto del dinero antes de embarcarme para Inglaterra. —Al llegar al final de su historia, Arsène abrió los brazos—. Y aquí estoy ahora, con la intención de disfrutar de Londres, estándome tranquilito en un bonito apartamento hasta que las cosas en París se hayan calmado.

Después de aquellas palabras, se hizo el silencio.

Yo estaba, por decir poco, trastornada por lo que Lupin había contado: extravagantes artistas estafadores, timos, topos, falsificadores y, como remate, una huida a Londres bajo nombre falso. No sabía si estaba contenta porque Arsène hubiera salido indemne o tremendamente desilusionada. Y la verdad era que me sentía demasiado cansada para emitir un juicio.

Era hora de volver a casa, ya lo pensaría después de la cena y de un baño caliente.

—Estáis locos de atar… —dije nada más—. Pero, en el fondo, me gustáis así.

Me levanté, cogí mis pocas cosas y quedé con ellos para el día siguiente, justo después de la visita que tenía pensado hacer a la señorita Langtry para hablar de la reanudación de las clases de canto. Clases que mis amigos habían conseguido que me parecieran poco más que un fastidioso estorbo.

Capítulo 5

UNA DECISIÓN INEXPLICABLE

A mi regreso a Aldford Street, la casa estaba insólitamente silenciosa y, cosa más insólita aún, fue mi padre quien me abrió la puerta.

Su cara, en la que en las últimas semanas había visto una expresión sombría, de aflicción, aquella tarde me pareció dominada por una extraña inquietud.

—¿Has visto a Horace? —me preguntó mientras yo me quitaba el abrigo.

—¿Al señor Nelson? —pregunté a mi vez, no del todo segura de haber oído bien—. No. ¿Por qué lo buscas?

—No lo sé —me contestó—. Le ha dejado una nota a la señorita Fowler diciendo que tenía que salir de casa por un asunto muy urgente y todavía no ha vuelto. Le tocará servir la mesa a la señorita Fowler… ¡Una negligencia impropia de él!

Pasamos al comedor, donde, de todos modos, todo estaba

preparado a la perfección.

—Pensaba que sabrías algo.

—No, no sé nada —respondí mientras me sentaba en mi sitio.

A sugerencia del propio Horace, habíamos cambiado la gran mesa de comedor por una más pequeña, de modo que mi padre y yo comiéramos frente a frente, pero más cerca, y sintiéramos menos la ausencia de mi madre. Siempre eran cenas más bien silenciosas, con intercambio de preguntas amables pero poco profundas. Aquella noche, en cambio, tuvimos la pequeña distracción de Horace y su misteriosa salida. La conversación, pues, fue más animada que de costumbre y versó casi por completo sobre él, nuestro mayordomo.

Leopold recordó cuando lo había contratado, hacía ya más de dieciséis años, pese a sus insólitas referencias. Había prestado servicio en los buques transoceánicos que cruzaban el Atlántico y le había caído bien enseguida. Los dos hombres habían hablado de motores y cascos de hierro como dos viejos compañeros de un curso de ingeniería. Y luego había llegado yo.

O al menos era así como a mi padre le gustaba contar aquella historia.

—Ahora que lo pienso… —murmuré al final de la cena—. Cuando he salido para dar un breve paseo esta tarde, Horace estaba revisando la correspondencia. Y me ha parecido especialmente preocupado.

Mi padre se limpió los labios con la servilleta.

—Nada de lo que yo he recibido merecía una atención particular.

—Ni mi correspondencia tampoco —dije—. ¿Le habrá llegado a él algo… imprevisto?

—¿Y por qué no decírnoslo? ¿Qué clase de imprevisto? ¿Tenemos modo de saberlo?

—Quizá —dije—. Espera aquí un momento.

Y me levanté de la mesa.

Leopold me miró mientras atravesaba todo el comedor y abría la puerta destinada a la servidumbre, que llevaba a la cocina. Luego, cuando examinaba el cubo de la basura, oí gritar a la señorita Fowler:

—¡Señor Adler! ¡Señor Adler! ¡Haga algo! ¡Su hija está hurgando en la basura! Dios mío…

He de reconocer que era, no hay duda, un procedimiento poco elegante, y pese a que la señorita Fowler hubiera entrado a nuestro servicio como cocinera solo días antes, allí en Londres, yo tenía muy claro que no era la clase de persona que admite excepciones a los buenos modales. Así que hice caso omiso de sus chillidos y conté con el aplomo de mi padre. Que, en efecto, no se movió de la mesa.

Como había supuesto, encontré lo que estaba buscando.

Con un trapo de cocina limpié todo lo posible el sobre arrugado y lo puse sobre la servilleta de mi padre.

—*Al señor Horace Nelson, entregar en mano*… —leyó mi padre en el sobre.

La carta no llevaba remite y Horace debía de haberse llevado la hoja del interior. El matasellos, me fijé, era de Londres, pero con un código que no reconocí. Lo anoté mentalmente, segura de que, cuando se lo diera a mi amigo Sherlock, aquel número enigmático se convertiría en una indicación precisa.

Mi padre volvió a observar el sobre unos segundos y luego asintió con aire pensativo.

—Estoy seguro de que, si el señor Nelson se ha entretenido tanto tiempo fuera, tendrá algún motivo válido —dijo al fin, levantándose para acercarse a la ventana y servirse un dedo de jerez—. En todo caso, no deja de ser extraño…

Todo nos pareció aún más extraño cuando llegó la hora de acostarse sin que Horace hubiera dado señales de vida.

Yo pasé la noche dando vueltas en la cama, cayendo solo a ratos en un sueño ligero e inquieto, torturada también por un viento molesto que silbaba en la chimenea y que ningún almohadón lograba atenuar. Me encontraba por enésima vez con los ojos abiertos en la oscuridad de mi habitación cuando me pareció oír, muy lejano, el sonido de la cerradura de la puerta de casa. «¡Horace!», pensé con gran alivio.

En ese instante me sentí más tranquila y, vencida por el cansancio, me dormí por fin profundamente y tuve un sueño en el que resonaban los disparos de la pistola de Sherlock y el ruido de las latas al caer al suelo en la vieja estación abandonada.

Pero al día siguiente, al despertarme, descubrí que quien había abierto la puerta de casa aquella noche no había sido Horace, de vuelta de sus asuntos, sino mi padre, que, insomne y fastidiado por

el silbido del viento, había salido con su pipa para pasear y fumar.

En el desayuno, como era inevitable, se palpaba la preocupación, aunque yo traté de aminorar la tensión hablando de esto y de lo otro.

La señorita Fowler, a la que la ausencia de Horace mantenía en estado de auténtico pánico, no sabía en qué momento exacto debía entregarle el ejemplar matinal de *The Times* a mi padre y permanecía parada junto a la puerta del comedor con el periódico en la mano, como si fuera un escudo.

Mi padre destrozó el huevo pasado por agua por emplear demasiada fuerza y maldijo en voz baja, diciendo que aquello no le cabía en la cabeza.

—¿Usted no sabe nada, señorita Fowler? —le preguntó a nuestra cocinera.

—¿Yo? ¿Y qué voy a saber yo, señor? Nada, nada de nada… —farfulló la mujer. Y, dejando el *Times* sobre la mesa antes de volver a la cocina a toda prisa para evitar más preguntas, concluyó, patosa —: ¡Ah, pero aquí está el periódico!

Leopold la miró mientras se iba y meneó la cabeza con aire contrariado. Yo estaba segura de que iba a hacer una observación poco halagadora referida a la cocinera, pero en ese momento sonó la campanilla de la puerta.

—¡Ah, por fin! —exclamó mi padre y, tirando la servilleta junto a la huevera de plata, se levantó para ir él mismo a abrir la puerta. Yo fui detrás y también la señorita Fowler, con un trapo en las manos, asomó de la cocina y aguzó sus oídos de cotilla.

La expresión sonriente de Leopold duró solamente hasta que abrió la puerta, porque al otro lado, en vez del señor Nelson, había un delgado cochero de expresión desconsolada. Como si conociera lo que decía la nota que entregó.

—¿Cómo? ¿De parte de quién? —le preguntó mi padre, sin escucharle siquiera. Agarró el sobre que le daba, lo rasgó con impaciencia y leyó la nota con el ceño fruncido. Yo pasé por su lado con una moneda para el cochero, que se despidió llevándose la mano a la gorra.

—¡¿Que se despide?! —se asombró mi padre—. ¿Qué quiere decir con que se despide?

A la señorita Fowler se le cayó el trapo de las manos.

—¿Horace? —murmuré.

Mi padre me pasó el papel y reconocí enseguida la letra del señor Nelson.

Estimadísimo Sr. Adler

Circunstancias imprevistas de mi vida me obligan a presentar la renuncia a mi servicio con efecto inmediato, por cuanto, durante un lapso de tiempo que no me es dado prever, no estaré en condiciones de cumplir adecuadamente con mis tareas.
Con inmenso pesar y aún mayor gratitud por lo que siempre ha hecho por mí,

Horace Nelson

Miré a mi padre, que cruzaba el pasillo como un endemoniado, y lo oí exclamar:

—¡Ahora él también! ¡Él también me deja!

Y comprendí que, después de todo lo sucedido, la renuncia de Horace debía resultarle, más que incomprensible, totalmente insoportable.

También lo era para mí y en mi fuero interno, en efecto, la había rechazado; nunca me resignaría a aquella lacónica y misteriosa nota. Era evidente que había algo increíblemente extraño, e incluso misterioso, en aquella decisión repentina de Horace. Aún no podía saber de qué se trataba, pero no renunciaría en absoluto a descubrirlo. De hecho, tenía dos ases en la manga: mis amigos Holmes y Lupin, con los cuales ningún misterio me parecía irresoluble.

Capítulo 6

UN DÍA DE VISITAS

Ya no cabía duda: el canto, pese a que lo amaba sinceramente, tendría que esperar aún un poco. Escribí una nota de disculpa para cancelar mi cita con la señorita Langtry y se la di a un cochero junto con una moneda para que la entregara cuanto antes.

No conseguía pensar en nada que no fuera Horace y aquel mensaje suyo, que a mis ojos no era ninguna carta de renuncia sino, acaso, una disimulada petición de ayuda. Busqué a mi padre y lo encontré sentado al escritorio de su estudio, dando vueltas entre sus dedos al mensaje de nuestro mayordomo.

—¡No podemos quedarnos aquí mano sobre mano! —Dije sin rodeos lo que pensaba—. El señor Nelson podría necesitar nuestra ayuda…

Leopold alzó los ojos hacia mí y me hizo seña de acercarme. Cuando estuve junto a él, me cogió las manos entre las suyas y me sonrió con ternura.

—¡Tú no eres una chica, eres un auténtico ciclón, mi pequeña

Irene! Pero también por eso es una dicha estar a tu lado…

Yo también sonreí.

—Y tienes razón —siguió diciendo mi padre—. Tenemos que hacer algo, pero… Normalmente, sería el propio Nelson quien hiciera de tu ángel de la guardia y yo me sentiría seguro, mientras que ahora…

—Solo quiero saber qué le ocurre a nuestro Horace, papá, nada más. Y te prometo que no correré riesgos —dije.

No había sido raro que a los señores Adler les hiciera promesas que sabía que no iba a cumplir, pero no aquella vez. Me sentía más unida a Leopold que nunca y no tenía ninguna intención de hacer que se preocupara.

Un pequeño apretón de sus manos a las mías y un leve ademán de la cabeza fueron todo lo que necesitó mi padre para darme su consentimiento para poder ir en busca de Horace. Yo le di un gran beso en la mejilla y salí corriendo, pensando ya en lo que hacer.

Reunir a nuestro trío era, desde luego, el primer movimiento, pero, como faltaba mucho para la hora de nuestra cita, fui directamente a casa de Sherlock o, al menos, a la dirección que creía recordar.

Por suerte para mí, en aquella ocasión mi memoria se portó magníficamente y llegué a una modesta pero decorosa casa de ladrillo en cuya puerta lucía una placa con el apellido Holmes. Llamé y, mientras esperaba, me arreglé un poco la ropa, por si me abría la puerta la madre de Sherlock. Había salido de casa de forma impulsiva, con el primer vestido que había encontrado en el armario. De todos modos, no fue la señora Holmes quien apareció en el umbral. Me abrió Sherlock con una niña en brazos.

No sé cuál de los dos puso cara de mayor asombro.

—¿Irene?

—¿Sherlock?

La niña nos miró, y mi amigo, bastante cohibido, dejó en el suelo a su hermanita. En la ropa de ambos había inconfundibles rastros de harina.

Me agaché junto a la niña y le sonreí.

—Hola —le dije—. Supongo que tú eres la pequeña…

—Violet —masculló Sherlock en voz baja—. Como mi madre. Que ahora está en casa de la señora Pimley, cosiendo.

Lo miré y me di cuenta de lo mucho que aquella faceta doméstica suya, protectora y vagamente torpe, desentonaba con la imagen que me había hecho de él. Lo que vi, sin embargo, me gustó y aún hoy aflora una sonrisa a mis labios al pensar en aquellos días; hasta dos veces el gran Sherlock Holmes me había dejado entrever aspectos más íntimos y humanos de su carácter, que solían ocultarse bajo su deslumbrante ingenio.

—¿Ocurre algo? —me preguntó. Y luego, al darse cuenta de que yo seguía en la puerta, me invitó a entrar—. ¿Un té?

Percibí en sus palabras, no obstante, cierta vacilación y preferí no entrar en la casa. Dije que tenía prisa, le hablé de la carta que habíamos recibido del señor Nelson y le enseñé el sobre que había rescatado de la basura. Como había imaginado, Sherlock identificó inmediatamente el matasellos, que era el de Whitechapel.

—Muy bien —dije—, entonces puedo ir echando un vistazo por allí mientras tú…

—No —me detuvo—. No es buen barrio para recorrerlo uno solo, sobre todo una chica. Y aunque no te apartaras de High Street, la calle más frecuentada y segura…, ¿dónde crees que vas a encontrar a Horace?

Obviamente, no tenía ni la menor idea, y ese era el motivo de que quisiera implicar a mis amigos en las pesquisas.

—Has dicho que la carta de renuncia de esta mañana os la ha entregado un cochero, ¿no?

—Sí, así es.

—Entonces prueba en la parada de carruajes más cercana a tu casa. Normalmente, las empresas se reparten los barrios de la ciudad y, si tenemos suerte, podrías encontrar al cochero que llevó a tu mayordomo a Whitechapel y descubrir algo.

Apreció que mi amigo hubiese dicho «si tenemos suerte»; aquella no era solamente mi búsqueda, sino la nuestra.

—Pasa a avisar a Arsène si no quieres ir sola… —añadió Holmes, y me escribió las señas del apartamento de Lupin—. Y luego esperadme allí. Yo iré en cuanto…

En el interior de la casa se oyó el inconfundible ruido de vajilla cayendo al suelo, seguido por el llanto de una niña; sin lugar a dudas se trataba de Violet, que instantes antes se había escurrido entre las piernas de su hermano.

—Nos vemos allí —me despedí para que mi amigo pudiera volver a cuidar de su hermanita. Imaginé a Sherlock poniéndose a trajinar con mantequilla y harina para preparar galletas con el fin de entretener a la pequeña. La idea me arrancó una sonrisa mientras me alejaba a paso rápido para proceder con mis pesquisas. Arsène Lupin, muy convenientemente, había encontrado apartamento en un primer piso, en una calle tranquila no lejos de Carnaby Street, donde se hallaba la Shackleton Coffee House. Como las señas escritas por Holmes decían precisamente «primer piso», empujé una puertecita maltrecha y subí por una empinada y crujiente escalera de madera. Por el hueco de la misma me llegaron los ruidos de platos de la trasera de un pub y olor a cebolla frita, y de arriba unas voces animadas.

Me aproximé al rellano justo a tiempo de oír a Arsène despidiéndose de alguien:

—Espero que vuelvan a visitarme. Será un placer ofrecerles un té, *mes demoiselles*. Cuando quieran…

Un par de «adiós» pronunciados por voces femeninas, acompañados de risitas agudas, pusieron fin a aquella conversación.

—*Monsieur* Papon —dije, apareciendo a espaldas de mi amigo.

Lupin, o, mejor dicho, el estrafalario personaje que interpretaba, llevaba una camisa oscura con puños blancos y pantalones negros de excelente confección, y calzaba un par de babuchas de raso tan refinadas como inusitadas, de color rojo cardenalicio.

—¡Mi querida amiga *Irène*! —exclamó, pronunciando mi nombre a la francesa—. Pero ¡qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

Las pisadas en la escalera se interrumpieron, señal de que las dos *demoiselles* se habían parado a escucharnos.

—Puesto que me haces el honor de considerarme tu amiga, ¿puedo llamarte Ars…? —empecé a decir, acompañando mis palabras con una mirada semejante a una estocada de florete.

Lupin me agarró por un brazo y me arrastró al otro lado de la puerta, tapándome la boca con una mano. Mi intención había sido provocarlo y esperaba alguna reacción, pero su gesto fue tan rápido que me quedé con el corazón en un puño. Me encontré aplastada entre él y la pared, y solo su gran sonrisa me convenció para no gritar.

—¿Te has vuelto loca? —me preguntó, retirando la mano de mis

labios, pero sin retroceder, al contrario, apretándose un poco más contra mí.

—¿Qué ocurre, Arsène? ¿Tienes miedo de que arruine tu vida social londinense? —dije, y luego me eché a reír.

Él también se rio.

—Dos gemelas que viven en el piso de arriba, ¿te lo crees? —me preguntó—. Y, por lo que parece, se les ha terminado el azúcar.

—Y qué no harías tú por una buena vecindad, ¿eh, Arsène? —me burlé. Pero las palabras que pronuncié y las que aún habría podido pronunciar perdieron de repente toda importancia…

Qué maravillosos ojos tenía Lupin. Ojos que invitaban a dejar de pensar en otra cosa para poder perderse en ellos. Iba a suceder, y sentí un estremecimiento parecido al que nos sacude cuando estamos a punto de sumergirnos en el sueño. Nosotros éramos amigos, igual que lo éramos de Sherlock, pensé. Aunque había habido un beso. Es más, había habido más de uno… Pero eso no significaba que también aquella vez…

En cambio, sí.

Arsène puso sus labios sobre los míos.

Y yo lo besé, lo besé como pensaba que hay que besar a un chico. Como en el *Don Juan* de Lord Byron, un libro que, como tantos otros, había leído a escondidas. No obstante, solo un segundo más tarde, en uno de aquellos cambios de ánimo tan propios de la más temprana juventud, aquel abandono mío me pareció nada más que una tonta debilidad.

—¡Basta, Arsène! —susurré, pero no conseguí dar a mis palabras un tono guasón. Porque, en el fondo, a mí aquellos besos robados me gustaban. Bajaban por mis venas y las hacían arder de vida. Pero quería que no se convirtieran en algo más que unos extraños y locos momentos de felicidad que no cambiaban nada entre nosotros tres. Al reabrir los ojos, me encontré delante del increíble *monsieur* Papon con su atuendo casero, que me hizo reír. Y, tras aquella risa, me recompuse.

—No he venido a tu casa para… —empecé a decir.

Lupin me miró divertido y se llevó el dedo índice a la boca para indicarme que me callara; luego desapareció en el dormitorio y cerró la puerta a su espalda. Reapareció vistiendo un chaleco gris de cuyo bolsillo asomaba un pañuelo de seda, un elegante *redingote*

también gris y un par de mocasines lustrosos. Lo miré mientras me ofrecía el brazo y me decía:

—¿*Mademoiselle* Adler?

Quise convencerme de que también Arsène pensaba lo mismo que yo de aquellos besos y que nada sería nunca más fuerte que nuestra amistad. Me agarré a su codo, pues, con una cómica reverencia y respondí:

—*Monsieur* Papon, deje que le ilustre sobre la agenda del día…

En el tiempo que tardamos en bajar a la calle puse a Lupin al corriente del asunto de Horace y de la tentativa que Sherlock me había sugerido. Arsène se consideró inmediatamente parte del grupo, sin que yo tuviera necesidad siquiera de pedírselo. Otra media hora y nuestra investigación hizo sus primeros progresos: descubrimos que Sherlock tenía razón y que los carruajes que esperaban en la esquina junto a mi casa pertenecían todos a la misma empresa, la James

Wadsworth & Co.

Tuvimos que preguntarles a cuatro o cinco cocheros y esperar un par de cambios de turno antes de lograr algo.

Por fin, un cochero de vuelta de una carrera, un hombre de edad bastante avanzada, corpulento y con la cara aún lozana ornada con una barbita blanca, pareció tener alguna información para nosotros.

—¿Puede decirme, señor, si ayer llevó en su vehículo a un hombre de color que vestía librea de mayordomo? —le pregunté, como había hecho con los demás cocheros.

Por toda respuesta, el hombre abrió mucho los ojos. Pareció que una luz se encendiera en su memoria. Por desgracia, aquella luz se apagó con idéntica rapidez y el extraño cochero volvió a mirar frente a él, como si mi amigo y yo no estuviéramos allí.

—Eh, pedazo de maleducado… —lo amonestó Lupin con aire amenazador.

En ese momento, sin embargo, oímos una voz detrás de nosotros:

—Tienen que ser más comprensivos…

Nos volvimos. Quien había hablado era un chico de nuestra edad más o menos, no muy alto, con una maraña de rizos castaños por cabello y la mirada despierta. Tenía un lápiz en la oreja y una libreta en la mano, y resultaba claro que trabajaba allí, en la parada

de coches de punto.

—Son sus últimas carreras —nos explicó, señalando al viejo cochero de aire desorientado—. Desde que se dio el golpe en la cabeza, Rudyard ya no es el mismo. Pero mi tío no quiere despedirlo, así que, cuando puedo, procuro echarle una mano. Mucho gusto, yo soy Billy, Billy Wadsworth, y ayer acompañé al viejo Rudyard en sus carreras de la tarde. Me acuerdo bien de la persona por la que preguntan. ¿Cómo puedo ayudarlos?

Primero pasamos a recoger a Sherlock y después Billy nos condujo hasta una sórdida pensión en una calleja del corazón de Whitechapel. Durante el trayecto, el chico nos contó que prefería con mucho los carruajes al colegio. Demostró tener una excelente memoria al recordar el destino de Horace; también nos dijo que parecía muy nervioso y que había aconsejado varias veces a Rudyard un itinerario distinto para llegar antes.

Solo Dios sabía para qué. Decididos a descubrirlo cuanto antes, Arsène pagó la carrera y le dimos las gracias a nuestro joven informador.

Nos cruzamos de brazos y miramos la pensión ante la que nos había dejado el coche. Se llamaba The White Swan, «el cisne blanco», pero de blanco no tenía siquiera ni la pintura del letrero.

En el arranque de la escalera había un pequeño mostrador de madera; tras él, una señora sentada que, tras echarle un rápido vistazo, saqué la conclusión de que debía de ser la mujer más anciana que había visto en mi vida. Era un manojo de arrugas coronado por los rizos plateados de una inmensa peluca y en los dedos de ambas manos lucía vulgares anillos de bisutería. Encogida sobre sí misma como estaba, nos miró de arriba abajo con expresión interrogativa.

—Buenos días, señora —la saludé—. Mis amigos y yo buscamos…

Pero me interrumpí inmediatamente por temor a decir algo inapropiado.

—¡Al hombre negro! —vino en mi ayuda Lupin, sonriendo embaucadoramente a la vieja. Luego, gesticulando, lo describió—: Alto, corpulento, negro.

Al oír lo cual la anciana asintió, subiendo y bajando ligeramente la cabeza unos momentos, pero sin decir nada. Al menos parecía

que lo conocía.

—¿Podemos subir? —preguntó entonces Arsène, haciendo brillar, aparte de su sonrisa, un chelín que depositó en el pequeño mostrador de madera. A la vista del dinero, la viejita se animó cómicamente por un instante, como un muñeco de cuerda. La moneda desapareció entre las baratijas que adornaban sus dedos y nos dispusimos a subir.

—¿En qué piso crees tú? —le pregunté a Sherlock mientras nos encaramábamos por la crujiente escalera cubierta por una alfombra de terciopelo salpicada de manchas de quemaduras.

—Las únicas llaves que faltaban en el casillero que había detrás de la señora eran la 3, la 12 y la 14 —me contestó él—. Así que propongo que probemos con esas tres habitaciones.

Nos detuvimos delante de la 3, titubeantes. Pero el sonido de una guitarra, acompañado por un quejumbroso canto en español, nos hizo comprender que aquella no era la habitación de Horace. Subimos luego hasta las buhardillas, donde las habitaciones 12 y 14 eran contiguas.

Sherlock fue a llamar a la primera cuando el huésped de la habitación de al lado, la 14, le ahorró la molestia.

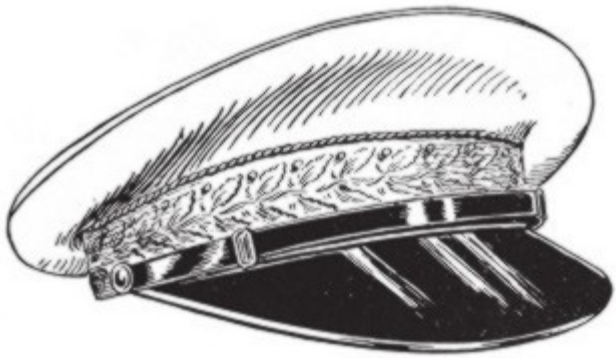
La puerta se abrió con un movimiento brusco.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —nos preguntó el señor Horace Nelson, todavía con la camisa y los pantalones del uniforme de mayordomo puestos.

Tal vez me equivocaba, pero, pese a que su expresión fuese sin duda de sorpresa, creí notar en el rostro de Horace un asomo de sonrisa. Y, a mis ojos, aquella sonrisa parecía decir que nuestra visita no era, después de todo, tan inesperada.

Capítulo 7

DOS VIEJOS AMIGOS



El señor Nelson nos invitó a pasar a su mísera habitación. Pese a que tenía la ventana entreabierta, sentí que me asfixiaba por el olor a tabaco que impregnaba el papel pintado. Nosotros tres nos sentamos en el borde de la cama, que era poco más que un viejo jergón, y el señor Nelson a horcajadas en una silla. La chaqueta de su uniforme estaba colgada en el respaldo, fuera del armario.

—¿Y bien? ¿Se puede saber cómo me han encontrado?

—Gracias al matasellos del sobre que tiró a la basura y a la ayuda de un cochero con buena memoria —le contesté. Pero era de otras cosas de lo que quería hablar y, mirándolo a los ojos, le dije—: Horace…, mi padre está preocupado. Preocupado y también bastante enfadado, para ser sincera. Veamos, ¿se puede saber qué ha ocurrido?

Se le ensombreció la cara. Apoyó los codos en la silla y juntó las manos delante de la boca sin decir nada. Sabía lo que Horace estaba pensando sin necesidad de preguntárselo: fuera cual fuese aquel asunto, se veía claramente que lo atormentaba la idea de ponernos en peligro a mis amigos y a mí.

—Miren, chicos… —nos contestó al fin—. Todos tenemos alguna deuda de gratitud con alguien. Y cuando llega el momento de

corresponder, simplemente es justo hacerlo sin preocuparse demasiado por las consecuencias.

—Es por el huésped de la habitación 12, ¿no es cierto? —le preguntó Sherlock.

El señor Nelson lo miró y, después de un instante de vacilación, hizo un leve gesto con la cabeza.

—Ah, *cherchez la femme* —dijo maliciosamente Arsène.

Horace lo fulminó con la mirada, deteniéndose sobre todo en su ridículo bigote postizo.

—No es una cuestión de mujeres —explicó luego, con sequedad —. La razón por la que me encuentro aquí tiene que ver con otro tipo de fidelidad. La fidelidad a un hombre que puso en juego su honor por ayudarme. Y que ahora está en dificultades y necesita mi ayuda.

De pronto me sentí mejor y todos los malos pensamientos que había tenido aquella noche fueron borrados por la sencillez de aquella respuesta. De todos modos, no llegaba a imaginar con quién pudiera tener Horace una deuda de gratitud más fuerte que la que lo ligaba a nuestra familia. Y quizá, en cierto modo, me sentía traicionada.

—Podía habérnoslo dicho —le recriminé—. Podía haberle dicho a mi padre lo que nos está diciendo a nosotros. Y estoy segura de que Leopold habría hecho todo lo posible por…

—No es tan fácil, señorita Irene —me interrumpió Horace, posando en mí una mirada llena de dulzura—. Y, ante todo, no podía permitir de ningún modo que su familia se viera envuelta en este asunto. Porque, verá, el amigo al que estoy ayudando es el capitán William Hirst…

Aquel nombre no me decía nada, pero un centelleo brilló en los ojos de Sherlock e hizo aumentar su atención.

—Y lo estoy ayudando porque tengo con él una gran deuda de gratitud. Él me salvó la vida hace mucho tiempo, cuando era marinero de buques, y ahora…

—¡Tendría que haberlo llevado a casa! —insistí yo, testaruda—. Le habríamos encontrado un alojamiento más digno que esta…

No podía decir «mugrienta ratonera» sin ofender también al señor Nelson, y este puso una mano sobre la mía para que me calmara.

—Le repito que no es tan fácil, señorita —siguió diciendo el mayordomo—. Porque al capitán Hirst lo busca la policía de Scotland Yard.

—Oh… Me gustaría conocer a ese capitán Hirst. ¡Tenemos cosas en común! —bromeó Lupin.

Horace Nelson exhibió su habitual ceño fruncido y se abstuvo de aclarar las circunstancias del joven Lupin. Sherlock le preguntó:

—E imagino que usted lo cree inocente, ¿verdad?

Horace se quedó callado un momento antes de responder. Luego sonrió con amargura.

—Y, por lo que parece, soy el único. Él mismo está tan abatido que ya ni cree en su inocencia —dijo al fin—. Por suerte, he podido convencerlo al menos de que me dé un poco de tiempo para intentar probar que fue totalmente ajeno a los hechos…

—Pero… ¿qué hechos? —le pregunté con un hilo de voz.

—El motín en el *Madras Moon*, señores —dijo entonces una voz nueva—. He oído que alguien hablaba y, con estas paredes de papel de fumar, no he podido evitar seguir la conversación… Horace, ¿serías tan amable de decirme quiénes son tus amigos?

De aquella manera se presentó el capitán William Hirst en la habitación.

El capitán era un hombre de juventud ya lejana, pero de espléndidos ojos claros y luminosos. Tenía la piel oscurecida por el sol, una rala barba blanca, el pelo perfectamente peinado hacia atrás y manos grandes, a la vez fuertes y bonitas. Todavía llevaba puesto el uniforme de capitán, con los galones de la Compañía Británica de las Indias Orientales. El apretón de su mano era decidido pero suave, y el besamanos que me hizo fue digno de un perfecto caballero. Se veía muy bien que era un hombre acostumbrado a las mejores compañías. Ahora, sin embargo, ya a primera vista aparecía triste y deprimido, y su uniforme, por mucho que lo hubiera cepillado con esmero, estaba sucio y lucía más de una mancha. Y, ante todo, en su manera de hablar había algo grave y fatídico que lo asemejaba a un condenado a muerte.

En el curso de aquella tarde me enteré de que era justo así como se sentía el capitán Hirst, y con razón.

—Era mi último viaje —empezó a contar en el extraño silencio de aquella habitación, pequeñísima y abarrotada—. Mi último

regreso a Inglaterra, a casa. Y hasta embocar el canal de la Mancha nada había hecho presagiar el infierno que se desencadenaría poco después. Un infierno… —repitió el capitán con los ojos desencajados—… que se desencadenó en mi barco, el *Madras Moon*, en el momento de atracar, mientras yo…, yo… todavía dormía profundamente en mi camarote.

No era difícil percatarse de cuánto le había costado al capitán Hirst pronunciar aquellas palabras.

—Su relato está incompleto, capitán —intervino Horace en ese punto, con esa mezcla de firmeza y delicadeza que suena a menudo en la voz de un amigo—. En realidad, al capitán Hirst lo habían drogado, y esa es la única razón de que estuviera durmiendo en el momento de la llegada al muelle.

—¿Drogado? —dije yo, impresionada por aquel detalle.

El capitán del *Madras Moon* asintió con gravedad.

—Después de cenar empezamos a notar una fuerte somnolencia…

—¿Ha dicho «empezamos»? —observó Sherlock.

Hirst se volvió hacia mi amigo. Por un momento temí que el capitán, teniendo en cuenta nuestra edad, se retrajera, como a menudo les sucede a los adultos, convencido de que hablar con jovencitos no es más que una pérdida de tiempo. Pero aquella vez no fue así. El capitán parecía demasiado conmocionado para fijarse en cosas así.

—Advirtió los mismos síntomas *lady* Grenville, que yo tenía el privilegio de tener a bordo de mi barco y que me honraba con su presencia todas las noches en la cena —contestó.

Lady Margaret Grenville, completé en mi cabeza. Una gran dama de la aristocracia inglesa que sentía debilidad por Oriente y los largos viajes a ultramar, creía recordar.

—Dos comensales, ambos intoxicados… —comentó Lupin—. Resulta difícil no sospechar del cocinero, ¿no creen?

Aquellas palabras, que a mí me parecieron totalmente razonables, turbaron mucho al capitán, en cambio.

—¡Jovencito! —exclamó con rabia—. Muestre más respeto hacia quien…

Le tocó a Sherlock poner paz.

—Debe disculpar a mi amigo, capitán. No lee habitualmente la

prensa inglesa y, por ello, no está al corriente de los detalles de lo ocurrido en el *Madras Moon* —se apresuró a decir. Después, dirigiéndose a Lupin, añadió—: El cocinero de a bordo, el señor Collins, al igual que el segundo oficial, el teniente Preston, resultaron muertos en el terrible tiroteo que tuvo lugar hace tres días en el muelle 19 de los West India Docks londinenses. Y, a la luz de lo que acaba de contarnos el capitán, es legítimo suponer que ellos también fueron drogados de la misma manera.

Después de más de un año de conocer a Sherlock Holmes, el hecho de que pudiera recordar con pelos y señales todo un artículo publicado en *The Times* días antes no me sorprendía nada.

En cambio, en el rostro del capitán Hirst era evidente el estupor.

—Horace… —dijo después de lanzar una ojeada a aquel chico de rostro afilado que hablaba como un inspector de policía encargado de la investigación—, todavía no me has dicho quiénes son tus jóvenes amigos.

El señor Nelson nos presentó a los tres y luego hizo una larga pausa.

—Son tres jóvenes de gran valía, capitán, aunque a veces actúen de una manera un poco demasiado impulsiva —añadió, echándonos una ojeada, sobre todo a mí.

El capitán fue mirándonos uno a uno y al final asintió con lentos ademanes de la cabeza.

—Está claro que la señorita Adler estaba preocupada por tu desaparición, Horace. Y creo que deberías mostrarte merecedor de sentimientos tan gentiles volviendo a casa de su familia, donde tal vez pasen por alto tu falta y te tomen de nuevo a su servicio. Por lo demás, aquí no haces más que perder el tiempo —dijo, con el tono y el vocabulario de un caballero del pasado.

Había hecho alusión a mí y determiné decir lo que pensaba, o lo que el corazón me dictaba entonces.

—Tiene razón, capitán Hirst. La improvisada renuncia del señor Nelson ha hecho que mi padre y yo nos preocupáramos mucho. Pero ahora que sé cuál es la razón, no soy capaz de reprobarla. Es más, para mis amigos y para mí sería un honor que nos permitiera con tribuir a demostrar su inocencia.

Holmes y Lupin asintieron sin dudarlo y Horace me miró de una manera muy particular que me hizo pensar que estaba orgulloso de

mí.

El capitán Hirst sonrió con amargura.

—Tiene un alma realmente gentil, señorita. Pero, vea… No sé de qué inocencia habla. Perdí el control de mi barco y a dos hombres con los que había compartido diez años de mi vida en el mar… Así pues, ¿qué inocencia quiere que…?

El capitán Hirst se llevó una mano a la frente. Estaba muy alterado. El señor Nelson dio un paso hacia él y le puso una mano en el hombro.

—Dos días, capitán. Solo le pido dos días para descubrir quién ha hecho todo esto. ¿Cree que puede concedérselos a un viejo amigo? —dijo, tendiéndole una silla a Hirst.

—De acuerdo, Horace… Sé lo testarudo que puedes ser, para bien y para mal —concedió el viejo hombre de mar, calmándose un poco—. Pero, pasado ese tiempo, me presentaré ante las autoridades y que crean lo que quieran… Lo único importante es que no se diga que el capitán Hirst quiere eludir su responsabilidad.

Se cerró así el trato entre aquellos dos viejos amigos. No obstante, quedaba por desliar una madeja muy enredada y no era mucho el tiempo de que disponíamos.

Capítulo 8

EL DESTINO DE UN HOMBRE

Desde hacía unos minutos, los ojos de Sherlock habían empezado a brillar con aquella luz especial que se encendía en ellos cada vez que tropezaba con un rompecabezas que estimulara su mente. Estaba completamente segura de que el hecho de que se tratara de un asunto terrible, del que dependía la vida de un hombre, no tenía demasiada importancia para mi amigo. Pero era así como funcionaban las cosas con Sherlock Holmes, y era algo que ya había aprendido a aceptar.

En Arsène Lupin, en cambio, la historia del *Madras Moon* y de su capitán parecía suscitar la curiosidad de un chiquillo que acaba de empezar a escuchar las conversaciones de los adultos.

—¿Le molestaría contarnos algo más de ese viaje? —preguntó.

El capitán Hirst se apoyó en el respaldo de la silla, respiró hondo y asintió.

—El *Madras Moon* es un pequeño barco mercante, un *sloop* —

empezó a contarnos—. Lo compré hace diez años, cuando decidí establecerme por mi cuenta para dedicarme al comercio marítimo en la India. Transportaba pequeños cargamentos entre los distintos puertos de nuestras colonias y mi actividad me reportó ganancias nada despreciables. Consideré, así, que había llegado el momento de retirarme y organicé un último viaje con destino a Londres, donde quería vender el barco e ingresar una última suma. De ese modo podría retirarme a mi casita de Plymouth y vivir tranquilamente los años que me quedasen. En el puerto de Bombay embarqué un pequeño cargamento de té recién llegado de Ceilán, los pocos enseres que quería traerme a Inglaterra desde la India, el equipaje de *lady* Grenville y sus cajas…

Aquella nueva alusión a *lady* Grenville me dio que pensar. ¿Por qué motivo una noble con sus medios había viajado así en vez de embarcarse en uno de los rápidos buques de pasajeros que hacían la ruta a través del nuevo canal de Suez y de los que tanto se hablaba?

Expresé mis dudas al capitán Hirst.

El viejo marino me sonrió y pareció olvidar por un momento sus angustias.

—*Lady* Grenville es una persona extraordinaria, señorita Adler. Nos conocimos en una recepción que daba el gobernador de Bombay y me contó que ella también estaba a punto de regresar definitivamente a Inglaterra. Me confesó que le gustaría hacer un viaje a la manera de nuestros padres, pasando por el cabo de Hornos, con el viento en las velas… No pude dejar de invitarla a viajar a bordo de mi modesta embarcación y ella me hizo el honor de aceptar.

También Sherlock parecía sorprendido.

—Y, perdone, ¿la baronesa Grenville viajaba sin servidumbre ni damas de compañía?

El capitán volvió a sonreír.

—Las dimensiones del *Madras Moon* no dan para grandes lujos. La baronesa, con todo, fue feliz llevando consigo solo a su criada personal, la señora Sherwood. Naturalmente, yo les cedí mi camarote para hacerles el viaje lo más cómodo posible. La decisión de *lady* Grenville, no obstante, fue de una gran valentía para una mujer de su rango.

Era unos decenios más joven que *lady* Grenville, pero no dejé de

aprobar su decisión, tan llena de romanticismo y espíritu independiente.

Mi amigo Sherlock, por el contrario, no tenía ningún interés por ese tipo de detalles.

—Bien, capitán —dijo, de hecho, para retomar el hilo de la conversación—. ¿Podría decirnos ahora si durante el viaje se produjo algo insólito?

—Pensándolo ahora, parece una broma pesada, pero ¡lo cierto es que en esa última travesía tuve el mejor viento de toda mi larga vida en el mar! —respondió Hirst—. Un viaje tranquilo y sin tropiezos, pese a que no llevara a bordo a mis hombres de siempre.

Aquel detalle despertó la curiosidad de los presentes.

—¿Quiere decir que no empleó a su tripulación habitual? —le preguntó Horace.

—Así es —confirmó Hirst—. Desde luego, no fue por elección mía. Un gran buque recién construido iba a zarpar poco después que nosotros y la compañía de navegación enroló a todos los mejores marineros ingleses que estaban disponibles en el puerto de Bombay. Entre ellos, los hombres que solían formar mi tripulación. La paga que ofrecían era principesca y yo, ciertamente, no quería impedirles a los marineros que aprovecharan una ocasión como aquella. Así que…

—¿Así que qué, capitán? —dije yo.

Hirst se puso serio de golpe.

—¡Así que confié en aquel gusano! —exclamó.

Cuatro miradas interrogativas cayeron sobre él.

—Les ruego me perdonen… —dijo entonces Hirst, tratando de recobrar la compostura—. No suelo lanzar acusaciones cuando no tengo pruebas de lo que digo, pero considerando lo ocurrido a nuestra llegada a Londres… ¡me parece claro que aquel hombre llenó mi barco de malditos delincuentes!

—¿Podría explicarse mejor? —le pidió Sherlock.

Al ver que su viejo amigo estaba otra vez muy alterado, el señor Nelson cogió una jarra, sirvió un poco de agua en un vaso y se lo tendió.

El capitán Hirst se la bebió de un trago y siguió contándonos.

—Se trata de un tal Jim Hawke, un compatriota. Lo conocí en un café cercano al círculo de los oficiales ingleses, en el puerto de

Bombay. Se presentó diciéndome que había oído hablar del problema que tenía yo con la tripulación y se ofreció a ayudarme. Dijo que trabajaba para una agencia marítima y demostró ser muy eficaz. En un par de días consiguió encontrar a seis marineros con bastante experiencia. Tres portugueses, dos holandeses y un indio… —Una sonrisa amarga volvió a curvar los labios del capitán—. Cuando pienso en que di las gracias al cielo por haberme enviado a mi buen Jim Hawke… ¡Menudo estúpido fui!

—No debe culparse, capitán. Aunque fuera como dice, usted estaba a oscuras de todo —intervine.

—Es verdad —me apoyó Sherlock—. Por otro lado, además, su suposición es bastante sensata, lo sucedido en el *Madras Moon* habría sido imposible sin cómplices a bordo. Y, excluyendo a sus gentiles pasajeras y a los pobres Collins y Preston, solo quedan esos marineros, encontrados para usted por el tal Hawke con una solicitud realmente sospechosa.

En ese punto, Lupin empezó a toser.

—Perdone, capitán, pero, como decía mi amigo Sherlock Holmes, no he tenido oportunidad de leer los periódicos ingleses estos últimos días —dijo Arsène—. ¿Cree que podría contarnos qué es lo que ocurrió a su llegada a los muelles?

—Por supuesto, jovencito —respondió Hirst, arrugando la frente —. Aunque recuerdo esos momentos mucho peor de lo que quisiera. Cuando arribamos a la embocadura del Támesis, bajo la guía, me imagino, de esos malditos marineros del señor Hawke que habían tomado el control del barco, yo estaba aún bajo los efectos de la droga que me habían puesto en la comida y no tengo del todo claro lo que sucedió. Muy al contrario… Lo primero que recuerdo es un gran estruendo. Explosiones que me parecía oír en sueños…

—El tiroteo —afirmó Sherlock.

—Sí, muchacho. Aunque… Todo lo que sé he tenido que leerlo en los periódicos —reconoció Hirst con un suspiro—. Por lo que parece, esos bribones de la tripulación, ayudados por cómplices en tierra, abrieron fuego y organizaron un verdadero pandemónium. Y luego robaron el cargamento del barco, incluido el equipaje de *lady* Grenville y las tres cajas llenas de objetos preciosos que llevaba consigo.

—¿Qué clase de objetos preciosos? —preguntó Arsène.

—Desde luego, no fui a husmear en los efectos personales de una señora, chico —puntualizó secamente el capitán—. Pero, conociendo la pasión de *lady* Grenville por el arte indio, imagino que se trataba de estatuillas de marfil y otras artesanías valiosas reunidas en el curso de sus viajes.

—Un auténtico tesoro, en suma, capaz de atraer a gente dispuesta a organizar un delito así con tal de apoderarse de él —comentó Lupin.

—Lamentablemente, parece que sí. Y si pienso en cómo debe de sentirse ahora *lady* Grenville… Todo por culpa de mi ligereza en la preparación del viaje a Londres… ¡Es imperdonable!

La cara del capitán se inflamó y su labio inferior empezó a temblar.

—Es evidente que usted mismo fue víctima de ese delito odioso, capitán Hirst… —intervine yo—. Y creo que también *lady* Grenville lo piensa, es más, ¡estoy segura!

—¿Eso cree, mi joven muchacha?

Había un no sé qué tan ingenuo, casi infantil, en el fondo de la mirada de aquel viejo lobo de mar que casi me conmoví.

—Sí, capitán, estoy convencida.

Y miré a mis amigos en busca de su aprobación. Para mí había sido suficiente con oír a Hirst y saber que era una persona por la cual Horace estaba dispuesto a renunciar a su impecable hoja de servicios para persuadirme de su inocencia, pero a mis dos amigos no les gustaba sacar conclusiones tan apresuradas.

—¿Puedo preguntarle, capitán, qué sucedió después de que oyera los ruidos del tiroteo? —preguntó Sherlock.

—En cuanto pude sostenerme sobre las piernas, salí de mi camarote y subí a cubierta —siguió contando Hirst, que en ese momento desencajó los ojos como si volviera a tener delante la escena—. Todavía no había amanecido, estaba oscuro y había una niebla espesa. Los disparos habían cesado hacía ya rato, pero el olor acre de la pólvora flotaba aún en el muelle. Distinguí los cuerpos sin vida de Collins y Preston… Mi mente estaba tan borrosa que durante un buen rato pensé que se trataba de una pesadilla… Luego vi a *lady* Grenville y a la señora Sherwood. Gritaban aterrorizadas. Entonces reuní todas mis fuerzas y, todavía aturdido, ayudé a las dos mujeres a desembarcar del *Madras Moon*. Solo comprendía que

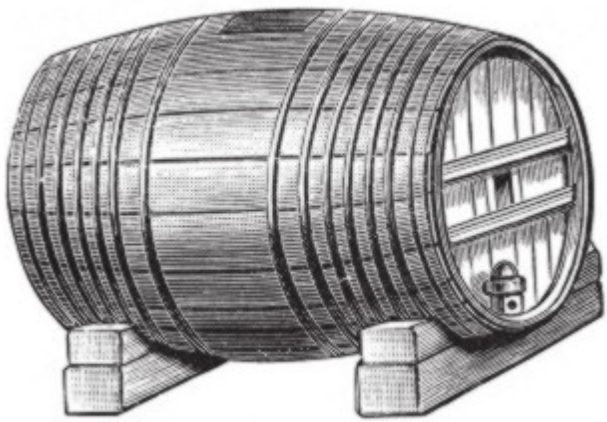
había ocurrido algo horrible, aunque se me escapaban los pormenores… Pero, puesto que el *Madras Moon* estaba atracado, mi único pensamiento, lo admito sin vergüenza, no fue para el barco, sino para *lady* Grenville. Creo conocer esos sucios muelles mejor que nadie y, pese a mi mente nublada, conseguí localizar una callejuela por la que la baronesa y su cría da alcanzaron el primer carruaje y en él se pusieron a salvo. Y luego… —La voz del capitán Hirst se redujo a casi un murmullo—. Luego oí los gritos de los aduaneros, los silbatos de los primeros policías que habían acudido al muelle… E hice lo que un comandante no debería hacer nunca: me alejé del barco sin decir nada, como si marchándome pudiera borrar todo lo sucedido. Media hora más tarde el efecto de la droga ya se había pasado y me di cuenta de que me había comportado como un estúpido sin honor. En ese momento ya no sabía realmente qué hacer y fue entonces cuando escribí a mi amigo Horace.

Cuando terminó de contárnoslo, el rostro del capitán estaba lívido y su mirada puesta en el suelo. La historia de aquel hombre hizo aparecer un nudo en mi garganta y las lágrimas brillaron en mis ojos.

También Sherlock, a su manera, quedó impresionado por el relato del capitán Hirst. De hecho, vi que se levantaba de sopetón y nos dirigía una mirada impaciente a Lupin y a mí. Conocía bien el significado de aquella mirada: quería decir que Holmes tenía ya en mente el primer movimiento de la que para entonces se había convertido en nuestra siguiente investigación. Una investigación sobre los oscuros hechos del *Madras Moon*.

Capítulo 9

UN PASEO POR LOS MUELLES



Si no os gustan los bocadillos de anguila, no os gustarán los muelles de Londres, sobre todo los de la ribera norte del Támesis. Los establecimientos tienen cristaleras sucias en las que se exhiben anguilas sobre rebanadas de pan crujiente. Dentro, el olor ya os lo podéis imaginar. Por eso preferí quedarme fuera cuando Sherlock y Arsène entraron para tomar un tentempié. Habíamos decidido empezar allí, en la gran dársena construida en el meandro del Támesis que albergaba los West India Docks a un lado y los East India Docks al otro. No sabíamos exactamente qué debíamos buscar, pero coincidíamos en que sería útil visitar los lugares en que se habían producido los acontecimientos que nos había contado el capitán Hirst.

En los muelles, lo primero que me impresionó fueron los olores: en un rincón percibía, hasta casi aturdirme, el hedor de las pieles y de los bidones de huesos de animal, y pocos pasos más adelante el aire estaba saturado de los aromas del café y las especias. Amontonados fuera de los depósitos, a la espera de que los recogieran, había bidones amarillos de azufre, montones de corcho

y pieles, cestos colmados de cristales de cobre y otros minerales. Fuera de los depósitos, el suelo estaba tan pegajoso como si acabaran de alquitranarlo, pero en realidad se trataba de la melaza que rezumaba de las duelas de los toneles. Bajo los cobertizos oscuros de los atraques que daban al río se veían los bulbos de las luces de gas, semejantes a ojos luminosos que vigilaran el trasiego de gente y mercancías. Fuertes vaharadas de vino y carbón agredían de improviso la nariz de los transeúntes, alternándose con los más agradables olores del té y la canela.

A lo largo de los muelles y fuera de los depósitos, una humanidad muy variada y pintoresca estaba en continuo movimiento: lozanos estibadores fuertes como toros, es tirados aduaneros con sus largas varas con punta de latón que iban a controlar el nivel del alcohol en los toneles, grupos de marineros con el pelo abrillantado con aceite de lino, un barbudo oficial indio con un pañuelo de algodón rojo enrollado como un turbante en la cabeza, un carnicero con mandil de cuero que se abría paso entre el gentío con un barreño lleno de carne fresca y, poco más allá, un chico con grandes zapatos rotos que cargaba un enorme cesto de coles al hombro. Y aún había más, como un gigante con sombrero de paja que llevaba loros verdes en una jaula de madera o una mujer de piel ambarina y expresión triste que se arrebujaba en un chal oscuro, con los ojos rebosantes de nostalgia por su lejana tierra.

Entramos en aquel río latente de vida y oímos voces que hablaban en alemán, holandés, italiano, mezclando sus acentos con el olor del ron y el tabaco.

—Esa cosa que estáis comiendo despide un hedor inmundo… —le dije a Arsène mientras recorríamos la serie de muelles, cada uno con su número escrito en blanco al final del amarradero.

—¡Mejor, en todo caso, que esa anguila que aún se movía y a la que un marinero danés le estaba hincando el diente con gusto dentro del local! —repuso él, haciendo sonreír a Sherlock.

Yo puse los ojos en blanco y no añadí nada. Me encantaba picarme con mis amigos, pero habíamos ido allí para intentar descubrir algo útil y exculpar al capitán Hirst, y quería concentrarme en aquella labor.

Llegamos, así, al muelle número 19, que el 13 de noviembre

había sido escenario del sangriento tiroteo en el *Madras Moon* (acontecimiento que, entre tanto, Sherlock nos había descrito según las noticias de los diarios londinenses) y lo encontramos cerrado por una hilera de vallas de madera, junto a la cual estaban de guardia algunos policías de uniforme.

Observé de lejos el *Madras Moon*. Era un barco de casco alargado, con un solo mástil, y tenía las velas arriadas. Tratamos de acercarnos al muelle, pero nos lo impidió un corpulento agente, que nos echó de allí de malas maneras.

Sherlock se detuvo entonces al borde del agua para hacerse una idea de lo sucedido. Lupin y yo lo vimos subirse de un salto a una caja de madera abandonada en un rincón para tener mejor visión y empezar a mirar en torno suyo con aire absorto.

Ante él estaba el feo edificio de ladrillo oscuro de la aduana y, detrás, los almacenes donde se apilaban los cargamentos provenientes de la colonias del imperio.

—El *Madras Moon* —dijo mientras se movía como un director de orquesta sobre el podio— llegó aquí cuando aún era de noche y gran parte de los funcionarios estaban durmiendo. Los que estaban de servicio lo vieron aproximarse al muelle en la niebla y fueron a comprobar el cargamento.

En ese punto, Sherlock se pasó una mano por el pelo, barajando febrilmente varias hipótesis, antes de proseguir con su reconstrucción.

—Los cómplices de la tripulación de Hawke debían de estar ya por aquí, sin duda se hacían pasar por personal portuario listo para ayudar a los marineros en la maniobra de atraque —siguió diciendo.

Puesto que las normas de navegación por el Támesis me resultaban desconocidas, había algo que no entendía.

—¿Y cómo sabían, tanto los aduaneros como los ladrones, que el *Madras Moon* arribaría precisamente a este muelle? —le pregunté. Sherlock hizo un gesto afirmativo, y me consoló saber que la mía no era una pregunta demasiado tonta.

—Los barcos que vienen del estuario del Támesis deben pararse a la entrada de la dársena, donde un faro le comunica al capitán del barco el número del muelle que le han asignado —nos explicó—. Esa información se transmite luego a la aduana por telégrafo y, de

ese modo, todo está listo para el amarre. Puede que entre los cómplices hubiera precisamente un aduanero, o bien los malhechores se habían escondido entre los mendigos que duermen en estos depósitos, aguzando el oído cada vez que los funcionarios salían de su oficina. Una sencilla pregunta a los aduaneros fue todo lo que necesitaron para saber adónde dirigirse y preparar el golpe.

—Sí… —dijo Lupin—. Y esos bribones ayudaron a sus cómplices del barco a amarrar el *Madras Moon* y luego sacaron los revólveres y abrieron fuego, ¿no es cierto?

Sherlock hizo una mueca.

—Imagino que no inmediatamente —conjeturó—. Era mucho más cómodo trasladar antes el cargamento del barco al muelle. Y cuando los aduaneros se acercaron para hacer su inspección, algunos empezaron a disparar mientras los demás cargaban el botín en un carro.

—Debió de ser entonces cuando el segundo oficial y el cocinero de a bordo, con la cabeza aún bajo los efectos del somnífero, salieron de sus cabinas y… —intervine. Pero no terminé la frase, porque todos sabíamos lo triste que había sido la continuación.

—Cierto, es probable que los acontecimientos se desarrollaran así —confirmó Sherlock—. Y, después de cargar el botín en el carro, los atracadores se dieran a la fuga y desaparecieran en la niebla —dijo para concluir, bajando de la caja de madera.

La reconstrucción de Holmes estaba ya completa y, por lo que a mí respectaba, la encontraba muy verosímil. En la cara de mi amigo, no obstante, era evidente la expresión de insatisfacción.

—¡Es como conocer todos los movimientos mecánicos de un reloj sin saber qué hora marca! —soltó.

Comprendía lo que quería decir Sherlock: ya teníamos una idea bastante clara de cómo podían haberse desarrollado los hechos aquella tenebrosa noche en el muelle 19, pero todas las preguntas realmente importantes seguían sin respuesta. ¿Quién era el tal Jim Hawke? ¿Y sus cómplices en la ciudad? ¿Qué contenían las cajas de *lady* Grenville que fuera tan valioso? ¿Quién había urdido un plan criminal que comenzaba en Bombay para acabar en Londres? Era de tanta magnitud como para tener ocupada a toda Scotland Yard, pero mis amigos y yo nunca nos habíamos dejado asustar por las misiones difíciles.

—Este lugar… —dijo Lupin, echando una mirada dubitativa a su alrededor— bulle siempre de gente. Y me extrañaría que incluso de noche estuviera desierto. ¿Quién sabe?, quizá alguien viera algo. Algo importante.

—No hay que excluirlo —admitió Sherlock—. Pero, en cuanto a encontrar a ese alguien, me temo que se trate de la aguja en el pajar del dicho —comentó, señalando el confuso trajín de personas que nos rodeaba.

Temía que Sherlock tuviera razón, pero, al mirar yo también alrededor, vi algo que me chocó. O, mejor dicho, a alguien. Un hombre con un largo abrigo negro que estaba imitando a lo grande lo que Sherlock había hecho poco antes, se había construido una especie de pequeño podio con cajas de madera y ahora estaba encima con un trípode, una tela negra y una de aquellas voluminosas máquinas de fuelle que por entonces eran el último grito en el campo de los aparatos fotográficos. Aquel extraño tipo se movía sin parar allí arriba y tomaba un gran número de fotos de la gente del puerto que pasaba bajo él.

—¿Y si fuera él nuestra aguja? —sugerí, señalándoselo a mis amigos.

Era, evidentemente, solo una intuición que se me había pasado por la cabeza. Pero, como escaseaban las alternativas, decidimos acercarnos a aquel fotógrafo.

—¿Señor? ¿Le molestaría decirnos qué está haciendo ahí arriba? —le preguntó Lupin de aquella inconfundible manera suya, a la vez afable y guasona.

Por suerte, nuestro fotógrafo no era de carácter iracundo. Todo lo contrario.

Asomando la cabeza por debajo de aquella tela negra tras la enésima instantánea, se echó a reír y, dirigiéndonos una mirada divertida, se acuclilló junto a su máquina para no estar demasiado alto respecto a nosotros.

Tenía una treintena de años, un poblado bigote castaño que le llegaba a la barbilla y un pelo desgreñado bajo un sombrero de ala ancha.

—Una curiosidad legítima la tuya, amigo mío —respondió—. Que tiene una respuesta muy sencilla: pretendo contar la vida de este puerto por medio de fotografías y, si el granuja del editor no se

echa atrás en el último momento, ¡el resultado será un libro que se llamará *La vida en el Támesis* o algo parecido!

—¡Demonios! Con todas las que hace, ¡va a ser un tomo de mil páginas por lo menos! —observó Lupin.

El fotógrafo volvió a reírse.

—Si usara todas las fotografías que hago, ni mil páginas serían suficientes —dijo luego—. Pero esto no funciona así, mi joven amigo. Mi método consiste en disparar, disparar, disparar sin cesar… Y al final me quedo con una de cada veinte, o incluso menos. En fin, con solo las que tienen ese *je ne sais pas quoi* que las hace especiales, si entiendes a lo que me refiero.

—Lo entiendo perfectamente, *monsieur* —asintió Arsène.

Después de aquel jovial diálogo llegó el momento de las presentaciones y el joven fotógrafo nos dio una tarjeta de visita en la que leí:

Mr. John Thomson
Photographer
18 Templar Street, Brixton, London

—Aunque no me encontraréis nunca en esas señas. Hace ya dos meses que vivo por aquí, nada más salir de los muelles, en la pequeña y en modo alguno limpia pensión de la señora Hackman —bromeó Thomson.

Vi enseguida cómo se le levantaba una ceja a Sherlock.

—Entonces, estaría aquí hace tres noches, cuando se produjo el tiroteo en el muelle 19 —comentó sin perder tiempo.

—Vaya que si estaba, amigo mío —contestó Thomson—. Un asunto muy feo ese.

—Y usted… ¿no vio nada? —le pregunté, esperanzada.

—Ni pizca, mi querida muchacha. Yo solo voy por ahí cuando hay luz… Para un fotógrafo, la noche es como si no existiera —me respondió.

Así era en aquel lejano 1871, mucho antes de que los fotógrafos empezaran a hacer pruebas de exposición nocturna.

Y pude constatar, a mi pesar, que no era uno de esos días especiales en que las intuiciones se convierten instantáneamente en algo concreto. No, había que arremangarse y reanudar las pesquisas

en otra dirección.

Capítulo 10

UNA MUJER FUERA DE LO COMÚN

Como aún teníamos algo de tiempo, Lupin, en su caracterización del generoso Auguste Papon, invirtió una parte de su dinero de discutible proveniencia en un carruaje que nos llevara lo más rápidamente posible a la Shackleton Coffee House, en Carnaby Street. En ella tendríamos oportunidad de intercambiar ideas y reflexionar sobre lo que hacer.

Todavía ahora, al intentar rememorar la imagen de Sherlock Holmes, ocurre que lo vuelvo a ver tal como era aquella tarde, con el rostro velado por las espiras de vapor que se alzaban de la taza de cacao hirviente, las largas piernas cruzadas y una sonrisa vagamente burlona curvando sus labios.

—No me parece que quepan dudas —dijo cuando los tres estuvimos sentados a la mesa de siempre—. *Lady* Grenville es nuestro próximo movimiento.

—¿Ah, sí? ¿Y que esperamos conseguir de esa excéntrica mujer de la nobleza? —le preguntó Lupin, metiéndose en la boca unas pasas que le había comprado a un vendedor ambulante fuera del

café.

—Dos ojos más… Dos ojos distintos a los del capitán y que podrían haber notado algo que nos sea útil, durante el viaje o en el momento del tiroteo. ¿Digo bien? —contesté yo, volviéndome hacia Sherlock.

—Sí —asintió él—. ¡Sin olvidar la posibilidad de que *milady* puede desempeñar en este asunto un papel, digámoslo así, más significativo!

—¿Ser una víctima a la que le han birlado tres cajas llenas de objetos preciosos de un golpe no es lo bastante «significativo» para ti? —bromeó Lupin.

Por lo que a mí respectaba, la hipótesis que acababa de insinuar Sherlock Holmes me dejó boquiabierta.

—¡Pero el capitán Hirst no alimenta ni la menor sospecha hacia *lady* Grenville, y juntos, codo con codo, hicieron la travesía de Bombay a Londres! —me asombré.

—Eso no tiene ninguna importancia —rebatió Sherlock—, porque la capacidad de juicio del capitán está ofuscada claramente por ese extraño síndrome que se conoce por el término «amor», o incluso «encaprichamiento». Si queremos hacernos una idea de quién es ella, es esencial establecer un contacto directo. Y de paso podemos echarle un vistazo a su criada, *miss* Sherwood, otra persona que se encontraba en el *Madras Moon* —concluyó, dando otro sorbo al cacao.

Me enteré así, quizá sin sorprenderme demasiado, de que para mi amigo Sherlock «amor» y «encaprichamiento» eran sinónimos, pero tuve que admitir también que la idea de intentar saber más sobre *lady* Grenville no era nada peregrina.

Y como en nuestro trío teníamos una especie de código no escrito según el cual yo era la principal depositaria de los buenos modales, así como la más hábil cuando se trataba de ganarse la confianza de alguien, igual que Sherlock lo era de los complejos razonamientos lógicos y Lupin de cualquier audaz forma de acrobacia, estuvimos de acuerdo en que sería yo quien a la mañana siguiente le hiciera una visita a *lady* Grenville y luego, lo antes posible, les informara a mis amigos del resultado de la conversación.

No puedo negar que aquella tarde, al salir de la Shackleton

Coffee House, sentí un gran orgullo por la confianza que, una vez más, habían demostrado tener en mí mis amigos. El clima londinense, en cambio, pareció haber agotado sus reservas de benevolencia para mí y me acogió con un viento persistente y una lluvia finísima, de esa que se te mete en los huesos. De ahí que entrara con placer en nuestra casa de Aldford Street y me acurrucara en un sillón delante de la chimenea encendida, al lado de mi padre, que estaba sumido en la lectura.

—¿Novedades? —me preguntó, bajando el periódico, al oírme llegar.

Yo le conté lo que había descubierto respecto a Horace y la difícil situación de su amigo, el capitán Hirst. Me alegró ver que la cara de Leopold se distendía en una amplia sonrisa mientras exclamaba:

—¡Demonios con Horace, esto sí que es propio de él!

Enseguida tuve claro lo que mi padre quería decir: la lealtad y el valor demostrados por el señor Nelson al acudir en ayuda de un amigo casaban bien con todo lo que sabíamos de él.

Después de aquella breve conversación, mi padre y yo nos sentamos a la mesa para cenar de un humor bastante alegre, como no ocurría desde hacía tiempo. También la señorita Fowler, con la que últimamente la teníamos tomada, aquella noche nos hizo callar con una soberbia pierna de ternera guisada *à la bechamel* y un inigualable *cabinet pudding*.

En el curso de aquella agradable velada, Leopold no frunció el ceño más que cuando le anuncié que mis amigos y yo habíamos decidido echarle una mano a Horace para exculpar al capitán Hirst. Afortunadamente, su cara volvió a relajarse cuando le dije que mi cometido consistía simplemente en hacerle una visita a una aristocrática señora de la ciudad.

Me desperté después de una noche de buen descanso y enseguida empecé a pasar revista a la ropa de mi armario. Había decidido que la mejor manera de que *lady* Grenville me recibiera consistía en hacerme pasar por una sobrina del capitán Hirst y, por ello, elegí una *toilette* adecuada: un vestido sobrio color gris paloma, digno pero no demasiado elegante, conjuntado con un lindo sombrerito bajo el cual escondí mis rizos cortos. Para nuestra suerte, Sherlock colaboraba en calidad de autor de pasatiempos con el *Globe*, un

diario de la ciudad, y gracias a sus conocidos entre los periodistas de Fleet Street no le fue difícil enterarse de la ubicación de la residencia londinense de *lady* Grenville. Encontré una nota suya con la dirección bajo la puerta de casa, tal como habíamos acordado antes de separarnos en la Shackleton Coffee House.

Número 5, Holland Park leí. Y, sin pensármelo más, salí de casa y me dirigí a la parada de carruajes de la esquina de la calle.

En el número 5 de Holland Park vi un edificio blanco con columnas en la fachada y una gran tímpano sobre la entrada. La casa daba a un vasto y cuidadísimo jardín privado rodeado por una verja de hierro forjado. Una vivienda de gran lujo en uno de los nuevos barrios elegantes del West End londinense. Como tenía planeado, me hice anunciar con el nombre de Mary Hirst por un joven mayordomo de pelo negro y penetrantes ojos azules. Tras una breve espera, fui conducida por el mismo mayordomo, cuya cortesía me pareció más bien gélida, a un saloncito decorado en estilo colonial: un Buda de piedra oscura adosado a una pared, estatuillas de jade sobre la chimenea, alfombras en el suelo, marcos de bambú y mesitas bajas. Cada detalle de aquella casa, incluso el aroma a incienso y sándalo que flotaba en las habitaciones de techos altos, recordaba a Oriente.

Lady Grenville apareció minutos después con un libro bajo el brazo cuyo título no pude leer. Era una mujer espléndida, de cabello azabache, mirada profunda y nariz muy pronunciada. Vestía un vestido de color naranja chillón cuya forma recordaba la de los saris de la India. A diferencia de su mayordomo, la baronesa se mostró increíblemente afable.

—Gracias por recibirme, *milady* —fueron mis primeras palabras, mientras me inclinaba—. Le traigo los saludos del capitán Hirst.

—¡Oh, el pobre capitán Hirst! —se lamentó la baronesa—. ¡Se lo ruego, háble me de él! ¿Cómo está? ¿Dónde se encuentra?

Antes de que yo pudiera responder, *lady* Grenville se acomodó en un bonito diván y me invitó a hacer otro tanto.

—Está bien, muy contrito y apenado, y se encuentra en un lugar que preferiría mantener en secreto, *milady* —le confesé cándidamente—. Parece que Scotland Yard está más determinada que nunca a atribuirle la culpa por todo lo sucedido en los muelles la otra noche.

—¡Oh, pero eso es una tontería! —comentó ella, moviendo los brazos con teatralidad—. ¡Yo ya he dicho que el capitán no tiene ninguna culpa!

—¿Eso es, pues, lo que declaró ante…? —insinué tímidamente.

—¡Ante Scotland Yard, por supuesto! —asintió la baronesa—. Insistí en el hecho de que el capitán Hirst se comportó de una manera absolutamente impecable también en esa ocasión. Y que fue él quien me salvó.

—Es un gesto muy generoso por su parte, *lady* Grenville. Sobre todo considerando el gravísimo robo del que ha sido víctima —dije.

—Por supuesto, me disgusta en demasía, querida… Pero no tengo intención de poner una denuncia por la desaparición de mis efectos personales, ¡y mucho menos de inculpar al pobre capitán! ¡Ambos fuimos víctimas de un infame atraco! —afirmó la baronesa con tanto énfasis que me pareció una diva del teatro que acabara de conquistar la fama escénica.

Puesto que la naturaleza del valioso contenido de las cajas de *lady* Grenville era uno de los puntos oscuros de aquel asunto, insistí aún.

—Ni siquiera puedo imaginar lo valiosos que debían de ser los objetos que le han sustraído, *milady*… —dije entonces con un suspiro.

—Mi joven amiga, cuando haya alcanzado mi edad y haya vivido muchos años lejos de casa, se dará cuenta de que una parte de usted está representada por una serie infinita de objetos que cree ha de tener siempre a mano: joyas, estatuas, pequeños adornos… Cosas que me acompañaron en mis días en la India y que el capitán conocía muy bien, porque varias veces estuvo invitado en mi casa. Pero, para serle sincera, querida, ahora que esas cajas han desaparecido, es como si me sintiese aligerada de golpe de todo mi pasado.

El monólogo de *lady* Grenville casi me aturdió y volví a pensar que, para una mujer como ella, cualquier lugar terminaba por convertirse al final en su escenario.

—¡De todos modos, lo que esos criminales han hecho es algo terrible! —repliqué, tratando de reconducir la conversación al tema que más nos interesaba a mis amigos y a mí.

—Un acto feroz, sencillamente feroz —coincidió conmigo *lady*

Grenville.

La ferocidad en cuestión, no obstante, parecía algo tan alejado de la baronesa y de su mundo que hablaba de ella como si se tratase de un hecho ocurrido a otra persona.

—Cuando pienso en los pobres señores Collins y Preston, no puedo evitar que se me haga un nudo en la garganta… —susurré.

En ese momento, *lady* Grenville me cogió la mano con delicadeza.

—La entiendo, pequeña mía… ¡Esos pobres hombres, asesinados de una manera tan brutal!

Sentí que, si quería descubrir algo relevante, debía ser más audaz.

—Y usted estaba allí, *milady*… —insistí, apretándole a mi vez la mano—. Qué horroroso debió resultar…

—Fue verdaderamente horrible, mi joven amiga —reconoció la baronesa—. Esos delincuentes nos habían drogado la noche anterior y yo me sentía tan confundida, tan perdida… Y luego todos aquellos disparos… Por suerte, *miss* Sherwood y yo encontramos enseguida al capitán, su tío, que mostró su valentía para ponernos a salvo. Y esté segura de que todas estas cosas las ha oído el inspector de Scotland Yard que vino a verme el otro día, querida.

No dudaba de que las cosas hubieran sido así, pero me resultaba igual de fácil imaginar lo que Scotland Yard pudiera pensar del testimonio de *lady* Grenville, es decir, que se trataba de las palabras de una noble de ánimo delicado que, precisamente por eso, habría podido ser engañada con facilidad por un avieso criminal. Y, por desgracia, eso era justamente lo que la policía sostenía que era el capitán Hirst, un avieso criminal.

Pese a que no podía evitar la sensación de haber disparado en falso, intenté no desanimarme y me dediqué a recabar la máxima información posible sobre *lady* Grenville en el tiempo que me quedaba.

Un punto que no tenía claro, por ejemplo, era si existía en algún lugar un lord Grenville, pues en los pocos retratos y fotografías que había podido ver en aquella casa no había ni rastro de él. En cambio, atrajo mi atención una imagen que se encontraba sobre una mesita lacada junto al diván. Era una fotografía con un bonito marco de plata en la que creí reconocer a *lady* Grenville del brazo

de un dignatario de rasgos indudablemente indios y con una profunda cicatriz bajo el ojo izquierdo que no conseguía afear sus bellas facciones.

Lady Grenville siguió mi mirada y se fijó también en la fotografía. Vi que sus ojos se cerraban de repente y sus labios se retorcían en una mueca. Un instante después había vuelto ya a sonreírme con una expresión más bien condescendiente.

—Ah, he ahí un buen recuerdo que nadie me robará… El príncipe Mahariv, un amigo muy querido que lamentablemente nos dejó demasiado pronto… ¡Pero a su juventud no le hacen ninguna falta estas historias tristes, amiga mía! Es más, creo que debe levantar la moral. Muy pronto Scotland Yard se dará cuenta de la pifia garrafal que ha cometido con su tío y todo se arreglará.

Tal vez me equivocara, pero me pareció que en aquellas palabras, pese a su gentileza, había algo expeditivo, y también la sonrisa de *lady* Grenville me pareció entonces un poco fría y tensa. Una sonrisa que parecía decir: «Me disgusta todo por lo que está pasando el capitán, tu tío, pero tú no eres más que una chiquilla que ha irrumpido en mi casa de una manera bastante descarada y yo no dejo de ser la baronesa Grenville». Casi para coronar aquella invitación tácita a que me marchara, en la puerta de la gran terraza que se abría en un lado del salón aparecieron el mayordomo que me había recibido a la entrada y una criada que, supuse, era la señora Sherwood de la que había oído hablar. La mujer tenía el cabello rubio recogido en un moño, perfil austero y una mirada dura que cayó directamente sobre mí. La postura y la actitud de los dos daban a entender claramente que reclamaban la atención de la señora de la casa, cosa incompatible con mi presencia. Casi embrujada por la intensidad anormal de la expresión de aquellos dos sirvientes, me levanté y farfullé una torpe fórmula de despedida. Encajada la enésima sonrisa cortés de la baronesa, volví a ser acompañada hasta la puerta por el mayordomo de ojos azules y, con él, por una patente sensación de incomodidad. Por ello, sentí un extraño alivio al salir de la mansión de *lady* Grenville y cuando, antes de doblar la esquina de la calle, me volví una última vez hacia el elegante edificio blanco, estuve casi segura de distinguir, detrás del reflejo de los cristales, las siluetas de los dos sirvientes, que me seguían con la mirada.

Capítulo 11

LA CONCIENCIA DEL CAPITÁN

Cuando llegué a la cita con Sherlock y Lupin en la Shackleton Coffee House, a las once en punto, descubrí que mi visita a *lady* Grenville había quedado relegada por una clamorosa noticia que presidía la primera plana de todos los periódicos londinenses: ¡el capitán Hirst se había entregado a la policía!

En cuanto Lupin me comunicó la novedad, me dejé caer en una butaca sin poder creérmelo. Sherlock me leyó entonces la parte más sobresaliente del artículo de la primera página del *Times*:

—*… según fuentes cercanas a Scotland Yard, el capitán Hirst se ha declarado inocente, pero ha aseverado también que tiene intención de asumir toda la responsabilidad que le ataña como capitán del* Madras Moon.

Repliqué a aquellas palabras con un largo suspiro.

—El capitán y su sentido del honor… Al final Horace no ha

conseguido detenerlo —dije.

—Habida cuenta del estado en que se encontraba cuando hablamos con él, esto no me sorprende nada —observó Lupin.

—Sí —asintió Sherlock, dejando el periódico sobre la mesa—. Se trata de un hecho previsible, que por lo menos nos sirve de algo.

—¡Ah! Por el amor de Dios, ¡¿de qué nos puede servir que un inocente se arriesgue a acabar como culpable?! —estallé.

—Es sencillo —me respondió Sherlock con toda calma—, hasta ahora nada nos permitía descartar que el capitán Hirst no estuviera representando una astuta farsa propia de un criminal audaz.

—Pero los criminales montan farsas para librarse de la cárcel, no para terminar en ella. Así que ahora sabemos con certeza que Hirst es de verdad inocente —intervino Lupin, completando el razonamiento.

Puesto que para mí la inocencia del capitán nunca había estado en entredicho, escuché todas aquellas cavilaciones con cierto fastidio.

—Vale, entonces ahora podemos dedicarnos a *demostrar* la inocencia del capitán, ¿no? —pregunté con bastante sequedad.

—Con mucho gusto —dijo Holmes—. Y, a tal propósito, ¡precisamente en el periódico que tienes delante de las narices hay algo interesante!

Esa última frase la pronunció como una especie de pequeño reto. Reto que acepté sin la menor vacilación.

Pasé varias veces las páginas con olor a plomo de *The Times* en busca de aquel «algo interesante» al que se había referido Sherlock, pero sin éxito. Luego, de improviso, lo encontré. O al menos creí encontrarlo.

—¡La llegada a Londres del marajá! —exclamé.

En efecto, de acuerdo con lo que afirmaba el artículo que había atraído mi atención, Mokham Chand, marajá de Jalandhar, estaba a punto de llegar a la ciudad.

—Bien visto, señorita Adler, bien visto… —aprobó Sherlock, socarrón. Y, para prolongar aquel pequeño juego entre nosotros, imitó la voz de un preceptor que examinara a su alumna—: Y, en particular, ¿qué es lo que la ha sorprendido de esta noticia?

El juego, lo admito, me divertía. Así que, tras lanzar una rápida mirada a Sherlock, doblé el periódico y leí:

—… el marajá Mokham Chand llegará a Londres en visita oficial a lord Sainsbury, nombrado en días pasados lugarteniente gobernador de Punjab. Esa es la región de la que proviene el propio marajá y que recientemente ha sido escenario de revueltas y tumultos contra la Corona británica, lo cual da a la visita un significado especial…

Las implicaciones políticas del asunto no me interesaban, así que me salté unas líneas y llegué al punto que me parecía importante:

—… Mr. Chand, como corresponde a un marajá, arribará a Inglaterra en su suntuoso navío, al que se espera en los muelles de Londres. Desde medios diplomáticos nos llega la noticia de que el alto dignatario indio viaja con tres cajas que contienen otros tantos regalos para lord Sainsbury. El marajá entregará sus valiosos regalos, en señal de respeto y sumisión al imperio, durante la recepción que tendrá lugar en su honor mañana, 18 de noviembre, en Mullingdale Hall, residencia del nuevo gobernador.

—Aquí está —dije, alzando los ojos de la página del periódico—, una conexión clara entre la India, los muelles de Londres y exactamente *tres* cajas que contienen objetos valiosos. Estas son las cosas que me llamarían la atención si sintiera una profunda aversión por las coincidencias, como cierta persona que conozco —concluí, lanzando otra mirada a Sherlock.

Mi amigo dio una palmada en el reposabrazos de la butaca y se echó a reír.

—¡Tres de tres! Confirma usted su excelente puntería, *miss* Adler —exclamó, haciéndome reír a mí también.

»En cuanto a la escasa simpatía por las coincidencias, quizá lo único que puedo decir es que me la ha transmitido mi hermano Mycroft… —añadió con una carcajada—. Él sostiene que creer en las coincidencias es una imperdonable forma de pereza, porque el universo, por su parte, rara vez es tan perezoso.

Aquello me pareció fruto de una mente brillante y sonreí al pensar que incluso alguien como Sherlock pudiera tener rival en el papel del más inteligente de la familia.

Arsène, por su parte, se estiraba los bigotes con aire de perplejidad. Reflexionaba sobre la noticia del marajá y su barco cargado de presentes.

—¡Un momento! Por casualidad no estaréis diciendo que… ¡esos carne de horca se equivocaron de barco! —exclamó.

Holmes se bebió de un trago lo que le quedaba del cacao, dejó la taza en la mesa e hizo un gesto vago con la mano.

—Se podría llegar a sospechar, pero…

—¿Pero?

—Lo ocurrido en el muelle 19 fue una acción criminal… de buena factura, por decirlo así. Mientras que cometer un error parecido habría sido de perfectos idiotas.

Arsène y yo convinimos en que Sherlock tenía razón. Llegó al fin el momento de que yo contara mi visita a *lady* Grenville. En resumen, lo que había obtenido era un montón de dudas e impresiones inciertas, y lo único seguro era que, de un modo u otro, había que profundizar las pesquisas en aquella dirección.

—¿No creéis que, llegados a este punto, sería oportuna una segunda visita a la dársena? —añadí cuando terminé de contar.

—Por supuesto —aprobó inmediatamente Lupin—. ¡Tengo auténticas ganas de comerme otro de esos deliciosos bocadillos de anguila!

—En tal caso, prepárese también para un buen chapuzón en el Támesis, *monsieur* Papon, ¡porque lo tiraré personalmente como se atreva a acercarse siquiera a uno de esos horrores! —bromeé.

Riéndonos los tres, nos levantamos, pero justo en aquel momento vino hasta nosotros el chico que atendía en el mostrador.

—¿Alguien de ustedes es Irene Adler? —preguntó. La pregunta carecía tanto de sentido que ambos, Arsène y Sherlock, alzaron la mano al mismo tiempo.

—Hay un mensaje para usted… —dijo el chico con la cara colorada por el ridículo que acababa de hacer.

Me tendió un sobre, que acepté titubeando.

¿Quién podía conocer nuestro refugio para pensar? ¿Y mi nombre?

Abrí el sobre y reconocí al instante la letra del señor Nelson. El buen Horace había comprendido que incluso un local público era un lugar más discreto que nuestra casa, gobernada por la

curiosísima señorita Fowler.

Horace me escribía:

Imagino que se habrán enterado por los periódicos de la decisión del capitán Hirst. Esta me apena, pero no tengo el poder (ni, por lo demás, sería justo) de impedirle a nadie que obedezca a su conciencia. Ahora ya no hay ninguna razón para que siga en el White Swan, pero le confieso que sigo sospechando que mi amigo es víctima de una maquinación mucho más grave y siniestra de lo que piensa, y por eso tengo intención de hacer algunas indagaciones al respecto. Apelo a su sensatez, señorita Irene, para que usted y sus amigos no hagan lo mismo y de ahora en adelante permanezcan apartados de este asunto. Le haré llegar noticias mías lo antes posible.

Suyo,
Horace

Capítulo 12

FUEGOS DE ARTIFICIO

—Una maquinación mucho más grave y siniestra… —repetí las palabras leídas en la nota de Horace—. Me gustaría que me hubiese explicado a qué se refería.

—Tu señor Nelson tiene buen olfato —comentó Lupin, encogiéndose de hombros—. Nosotros mismos lo decíamos hace poco: el golpe al *Madras Moon* fue obra de criminales hábiles y decididos.

Resoplé, precisamente porque sabía que Arsène tenía razón. ¡Por lo que parece, las situaciones demasiado sencillas se avienen mal con nuestro trío! De todos modos, si algo había seguro era que teníamos la intención de declinar cortésmente la invitación del señor Nelson de apartarnos del asunto.

El dinero del espléndido *monsieur* Papon se utilizó, pues, en otro trayecto en carruaje y, después de una media hora, nos encontrábamos inmersos de nuevo en el bullicio de los muelles londinenses.

Caminamos hasta llegar a la zona de los amarraderos y nos detuvimos a pocos pasos del agua espesa y oscura del Támesis. A lo largo de los muelles había la acostumbrada multitud de marineros y la misma agitación vibrante de la tarde anterior.

Bajo los soportales de uno de los almacenes junto al río se apilaban grandes sacos de yute que despedían un intenso olor a café.

Y precisamente de entre los sacos salió una voz:

—¡Eh, usted, señorita pelirroja!

Me volví de sopetón. Oí un rumor de tela y, en la penumbra, entre las altas pilas de sacos, me pareció ver un reflejo.

Abrí de par en par los ojos, asustada, y al oír un breve sonido metálico dejé escapar un gritito.

Instantes después, librándose de la tela oscura, de la penumbra surgió el rostro sonriente del señor Thomson, el fotógrafo.

—Perdone si la he asustado —dijo, quitándose el sombrero y haciéndome una profunda reverencia—. Pero, para un fotógrafo como yo, ¡la intensidad del miedo es mucho más interesante que cualquier sonrisa!

—Está perdonado si nuestra amiga aparece en su libro… ¿Qué me dice? —bromeó Lupin.

—No puedo prometer nada… —contestó Thomson—. Pero, quién sabe, ¡este podría muy bien ser uno de los disparos «buenos»!

Íbamos a despedirnos del excéntrico fotógrafo, pero él siguió hablando.

—Lástima que no hayáis venido hasta ahora, mis jóvenes amigos. ¡Si hubieseis sido más madrugadores habríais disfrutado de un notable espectáculo pirotécnico!

Mis amigos y yo nos volvimos y clavamos en él tres miradas intrigadas.

—¡Lo digo de veras! Fuegos artificiales al otro lado del río… Había un montón de gente aquí en los muelles y nadie se lo esperaba, ¿sabéis? Así que ahora tengo varias fotos de gente sorprendida, con la cara levantada, que confío hayan salido bastante bien —nos contó Thomson con aire divertido.

Lupin y yo vislumbramos un centelleo en los ojos de Sherlock.

—Y dígame, señor Thomson, ¿sabe por qué había tanta gente en ese momento si los fuegos artificiales no habían sido anunciados?

El fotógrafo abrió los brazos como para decir que no tenía la menor idea.

—Y ahora… ¡disculpadme! —dijo luego, y corrió a recoger su equipo fotográfico.

Al volverme, vi que, poco más allá, de una jaula de madera recién descargada se había escapado un majestuoso pavo real que ahora desplegaba sus plumas para deleite de un vocinglero grupo de trabajadores portuarios. Era una escena graciosa y sugestiva a la vez, y el señor Thomson, despidiéndose a toda prisa, corrió hasta allí para no perdérsela.

Nuestro trío echó a andar otra vez por los muelles y pronto vimos algo que, con gran verosimilitud, podía responder a la pregunta formulada poco antes por Sherlock. Al lado mismo del *Madras Moon*, todavía vigilado por Scotland Yard, había atracado un nuevo y espléndido navío.

—Mira, mira… —dijo Lupin nada más verlo. Era un velero de casco negro, alargado e imponente, con remates dorados en los costados. Un tres palos impecable que lustraban un par de grumetes en tierra y una decena a bordo. Su nombre, estampado en la proa con brillantes letras doradas, era *Singh Flower*. No cabía duda, se trataba del barco del marajá de Jalandhar.

—Qué curioso, ¿verdad? —comentó Sherlock—. El señor Mokham Chand ha atracado en el muelle número 18, justo al lado del *Madras Moon*…

—¿Y creéis que solo nosotros tres nos hemos dado cuenta de la coincidencia? —pregunté, incrédula, mirando las velas y jarcias del barco, que ondeaban suavemente.

—Te recuerdo que el puerto de Londres es el de mayor tráfico del mundo —respondió Sherlock—. Y que un barco atraque al lado de otro es totalmente normal, a menos que se haya declarado una alarma sanitaria.

Suspiré. Así pues, ¿en aquella dirección nuestra investigación estaba destinada a terminar en un agujero de dudas e incertidumbres? Estaba desanimada. Quizá no estábamos de verdad capacitados para ayudar al pobre capitán Hirst.

Lupin, por suerte, reaccionó de una manera muy distinta.

—Esos fuegos artificiales de los que hablaba Thomson… —dijo con aire pensativo—, ¡habría que saber más acerca de ellos! Y no

debería resultar difícil conseguirlo transformando al viejo Auguste en un periodista del *Le Figaro* parisino… ¡Dadme unos minutos y estaré de vuelta! —dijo, y ocultó la cara detrás de la solapa del abrigo para volver a colocarse, con un movimiento rapidísimo, el ridículo bigote de *monsieur* Papon.

Antes de que Sherlock y yo pudiéramos decir nada, Arsène se había intercalado en el trasiego de personas de la orilla y había desaparecido de nuestra vista.

Así que no pudimos hacer otra cosa que quedarnos a esperar su regreso en el embarcadero, sin saber bien de qué hablar. Al final fui yo la que rompió el silencio y hablé precisamente de Arsène.

—Me alegra que esté aquí —dije.

Sherlock me miró.

—A mí también, aunque…

No dijo nada más. Me puse a observar una pareja de gaviotas que se disputaban un lugar en la misma verga de un barco. Sabía que también él se alegraba de ver a Arsène. No obstante, con su llegada Sherlock había vuelto a ser Holmes, genial y cáustico, frío y lógico, y esas fisuras en su racionalidad que había podido entrever en días precedentes, en los que habíamos estado solos, se habían vuelto a cerrar enseguida. Me pregunté si él sabría lo atrevido que había sido Arsène conmigo. Y yo con él, dado que, después de todo, me había dejado besar.

¿Era algo tan grave? A decir verdad, solo me lo preguntaba cuando estaba en compañía de Sherlock, porque tenía la sensación de estar portándome mal con él, como si aquel pequeño secreto que compartíamos Arsène y yo pudiera arrojar una sombra sobre nuestra amistad. Me sentía confundida… ¿Nos arriesgábamos de verdad a arruinar el perfecto equilibrio que había entre los tres? ¡Cuanto más me lo preguntaba, menos me parecía poder dar con la respuesta! Miré a Sherlock, perdido en sus pensamientos (se había vuelto tres cuartos de perfil para observar a los estibadores y marineros que paseaban por los muelles) y me hice otra pregunta: ¿qué sentíamos el uno por el otro? La verdad era que el alma de Sherlock era un misterio para mí, y sus emociones, inasibles. Aquel único y brusco beso que nos habíamos dado mientras yo lo cuidaba a la cabecera de la cama y él deliraba a consecuencia de los puñetazos recibidos al salir en mi ayuda, estaba como encerrado en

una burbuja fuera del tiempo, tenía el sabor de los sueños. ¿De verdad era yo a quien Sherlock había apretado contra sí entre la vigilia y el sueño? Nunca habíamos hablado de ello después y sabía que nunca lo haríamos.

Sabía que me quería mucho, que era su mejor amiga. Pero no me hacía la ilusión de que todo fuera tan sencillo. Por sus momentos de vergüenza, intuía que yo era también algo más que su mejor amiga. Y no me refiero como su hermana. Pero tampoco como…

Suspiré.

Ni siquiera podía pensar en la palabra.

Luego me obligué a hacerlo: ¿novia?

En el momento mismo en que la pronuncié en mi mente, me entraron ganas de reír y me asusté a la vez. Fue casi como si hubiera herido nuestro especialísimo vínculo. Sabía perfectamente que Sherlock se preocupaba por las personas. Y por mí en particular. Aunque me llevara a disparar con una pistola a un túnel abandonado…

Él parecía haberse olvidado de mí, no me miraba, y eso me permitió atreverme a pensar más. Ya había comprendido que, a diferencia de la misteriosa sofisticación de mi amigo inglés, la audacia y el descaro de Arsène solo eran consecuencia de un juego entre nosotros dos, un juego un poco prohibido que me cogía por sorpresa (pero ¿de verdad, Irene?, ¿de verdad verdad?) y que al mismo tiempo me trastornaba. Pero que, siempre, me divertía. Él se había metido en el papel del pirata galante de un folletín y a veces era como si aquel personaje se le hubiera quedado pequeño. Un poco, en fin, como el de Auguste Papon, solo que…

Solo que, debía admitirlo, yo no había besado a un personaje. Lo había besado a él.

Y lo había besado de nuevo.

Y nada me hacía pensar que no volvería a hacerlo otra vez.

Oí un aleteo y alcé la mirada. Al término de su lucha, las dos gaviotas habían decidido irse cada una hacia un lado y la verga, al final, había quedado libre. Sonreí. ¿Acaso era un mensaje para mí?

—*Et voilà*… ¡os traigo novedades, obtenidas en el meollo del puerto de Londres! —me sorprendió en ese momento una voz osada, salida de la nada a mi espalda. Siempre me olvidaba de que

Arsène cambiaba de voz cuando interpretaba al estrafalario *monsieur* Papon.

En aquel momento arribaron barcazas cargadas de alpacas de heno en su travesía desde el campo a las puertas de Londres y el vocerío de los estibadores hizo imposible la conversación entre nosotros.

—¿Anguila? —dijo Lupin, mirándome con una expresión de burlona amenaza mientras señalaba las tascas de más allá de los almacenes.

—Tengo una idea mejor… —propuso Sherlock.

Y nos llevó a coger sitio en la Pérgola de Calígula, la mejor peluquería italiana del puerto de Londres, que ofrecía barba y pelo a la italiana pero «según el sistema de Oxford».

Arsène Lupin, bajo la falsa apariencia de Auguste Papon, había descubierto un detalle que no carecía de interés: los fuegos artificiales de los que había hablado Thomson habían estallado justo a la llegada del marajá. Nada más contarlo Lupin, Calígula en persona nos lo confirmó. El peluquero era un señor de bigotes en forma de interrogación y andares un tanto amanerados, y su verdadero nombre, me reveló Sherlock algún tiempo después, era Ugo. No supe hasta más tarde por qué Sherlock había elegido precisamente aquel lugar para cortarse el pelo.

En cualquier caso, este fue el descubrimiento de Arsène: pocas horas antes, en el instante exacto del atraque en el muelle número 18 del *Singh Flower*, el navío del marajá, había habido una gran explosión. Una serie de estallidos en rápida sucesión, que en un primer momento habían alarmado a todo el mundo, en especial a los aduaneros, sobre todo después de los hechos de días atrás.

—¡Pues claaaro! Había corrido la voz de que venía el marajá y todos corrieron al embarcadero a mirar, luego… ¡Si los hubierais oído! ¡Parecían cañonazos! —nos explicó Calígula mientras recortaba con mucho cuidado las patillas de Sherlock.

El peluquero de la Pérgola nos contó que, después de un pequeño desconcierto, todos se habían dado cuenta de que no se trataba de cañonazos, sino simplemente de fuegos artificiales: un espectáculo pirotécnico notable, por decir poco, que había deleitado a los presentes durante casi un cuarto de hora.

—¡Ni siquiera para la reina los había visto tan bonitos! —

apostilló Calígula, haciendo restallar la toalla. Luego, ante los bigotes falsos de Arsène, añadió—: ¿Quién te ha vendido ese asco?

—Escúchame bien… —empezó a protestar Arsène bajo la mirada divertida de Sherlock.

Pero el barbero Ugo estaba completamente lanzado.

—¿Por qué no le echas un vistazo a nuestro surtido? —le preguntó a Arsène con voz chillona. Y después, dirigiéndose a Sherlock, bromeó—: ¿Seguro que el francesito es amigo tuyo?

—Enséñaselos tú, Calígula… —respondió Sherlock, que, insólitamente, me guiñó el ojo.

El barbero le acarició el rostro a Arsène con la punta de la navaja de afeitar y luego alargó el brazo hacia la trastienda, sobre cuya puerta se leía un cartel:

¡PELUCAS Y BIGOTES DE TODAS LAS FORMAS Y COLORES!
Castaños, negros, del color del queso Cheshire,
de todos los colores bajo el sol, incluido el gris perfecto
para el pelo del abuelo.
¡Visite la colección del gran Calígula!

Y, apartada la cortina, vimos aparecer una serie interminable de bigotes y pelucas que me arrancó un gritito de sorpresa y me hizo entender qué le resultaba tan interesante a Sherlock en un lugar tan extravagante.

—¿Qué tal me queda? —nos preguntó Arsène por lo menos diez veces cuando por fin eligió un nuevo bigotito postizo, finísimo e increíblemente perfecto.

—¡Magníficamente! —contestó Sherlock con gran énfasis.

—Es precioso… —reconocí yo—. Pero ¿no crees que exageras?

—En realidad no es el nuevo bigote de Arsène lo que me pone de buen humor —repuso Holmes, saliendo casi a la carrera de la Pérgola de Calígula—, sino el hecho de que ahora tenemos por fin algo nuevo… ¡e interesante!

—¿Ah, sí?

—Por supuesto… Los fuegos artificiales, ¿no?

Miré a mi amigo, estupefacta.

—No te creía aficionado a los espectáculos pirotécnicos…

—¡De hecho, me importan un pimiento! —exclamó con una gran

sonrisa—. A excepción de una remarcable característica: mientras están lanzándose, ¡la gente tiene los ojos alzados al cielo y no se fija en lo que sucede ante sus propias narices!

Capítulo 13

UNA FRÍA CORTESÍA

Como era previsible, Sherlock se zambulló en el torbellino de sus pensamientos: la extraña circunstancia de que aquellos fuegos de artificio hubieran empezado a estallar precisamente en el momento de la llegada a puerto del marajá Mokham Chand y cerca de donde estaba el *Madras Moon* era un acicate para su mente, y su bien conocida desconfianza hacia las coincidencias hacía el resto.

Yo también esperaba que la intuición y la agudeza analítica de Holmes pudieran dar con algo importante. Al término de nuestra segunda jornada de indagaciones, teníamos, de hecho, muy poco entre manos: un capitán de barco a punto de retirarse y seguramente inocente que se arriesgaba, sin embargo, a ser condenado a muerte, una dama de la nobleza inglesa que había perdido objetos muy valiosos en circunstancias poco claras y la llegada del barco del marajá de la peculiar manera que acabábamos de conocer.

Yo seguía pensando que era demasiado poco para ayudar al pobre capitán Hirst.

Estaba ya a la puerta de mi casa, después de haberme despedido de mis amigos, cuando me di cuenta de que no tenía ganas de estar en mi habitación mano sobre mano.

Así que salí de nuevo, me subí a un carruaje y, tras comprobar que llevaba unas monedas en el bolso, le pedí al cochero que me llevara a Holland Park, a casa de *lady* Grenville. No sé por qué me había venido la idea de volver allí. ¿Quizá porque éramos las únicas mujeres en todo aquel asunto, o sería porque no lograba olvidar la desagradable impresión que me habían causado los criados de la baronesa? Con certeza, sentía curiosidad por saber si también ella estaba invitada a la recepción de lord Sainsbury en honor del marajá, sobre la que habíamos leído en *The Times*. El hecho es que me bajé delante del número 5 y, cometiendo un error del que más tarde me arrepentiría, despedí el carruaje.

Subí los peldaños blancos, hice sonar la campanilla y tuve que esperar un rato hasta que el joven mayordomo de la otra vez, el de los ojos azules, me abriera la puerta y me preguntase, muy seco, la razón de mi presencia allí.

—Desearía hablar con *lady* Grenville si es posible —le contesté —. No me espera, pero creo que solo será cuestión de unos minutos.

El hombre me miró como para asegurarse de que hablaba en serio y yo le devolví la mirada con toda la altivez de la que fui capaz. También en aquella ocasión se mostró imperturbable, casi glacial. Me hizo pasar, pero me pidió que esperara en el vestíbulo.

—Desde luego —dije mientras él desaparecía en el interior de la casa. Aproveché para mirar a mi alrededor y, en aquella segunda visita, más que la profusión de fruslerías orientales, me impresionó si acaso la total ausencia de objetos personales en la casa. No había paraguas, ni abrigos, ni guantes, nada de nada, tan solo objetos preciosos, rebuscados, amontonados unos sobre otros, que habrían podido llenar tranquilamente la sala de un museo de arte oriental. Faltaba el toque personal. Pero ¿sería precisamente aquel toque personal lo que se había perdido en las famosas cajas robadas del *Madras Moon*?

Avancé un paso, creyendo distinguir unas voces procedentes de la sala interior donde nos habíamos sentado la última vez. Me acerqué lo bastante para echar un vistazo a través de la rendija que el mayordomo había dejado entre la puerta y el marco, y vi, en

efecto, a *lady* Grenville con los dos criados.

—Señores Sherwood, todo en orden, ahora se pueden marchar —me pareció oír decir a la baronesa.

Había dicho «señores Sherwood», en plural. Eso significaba que aquellos dos criados, tan inquietantes a mis ojos, eran marido y mujer. Por alguna razón, no había pensado en aquella posibilidad y me quedé estupefacta. Me pregunté si mi imaginación no se estaría desbocando. ¿Qué era lo que tanto me chocaba de aquellos dos? ¿Es que mis ansias de progresar en la investigación me hacían ver algo sospechoso en lo que, a fin de cuentas, podían ser simplemente las maneras ásperas de una pareja de criados de carácter un poco sombrío?

Sumida como estaba en mis dudas, la llegada de *lady* Grenville me sorprendió.

—¡Querida! —me saludó la baronesa, elegantísima. Llevaba un largo vestido verde esmeralda y una tiara centelleante. Tenía las manos enguantadas y una expresión de vaga perplejidad, como la de quien se encuentra por equivocación en una situación que no la concierne.

—Lamento haberme presentado así, sin avisar, pero…

—No se atormente, querida. Mi casa siempre está abierta… —me dijo afable, con una sonrisa. Pero mostrándose también firme en no querer que diera ni un paso más hacia el interior de su casa—. He leído lo del capitán Hirst… Un hombre como los de antes, como ya no quedan. ¡No entiendo a qué espera Scotland Yard para pedirle excusas y dejarlo libre! —me dijo.

No pude evitar notar que su expresión no había cambiado en modo alguno: mantenía una sonrisa cortés y las cejas arqueadas de quien espera que la conversación termine muy pronto. Comprendí que debía ser yo quien la prolongara.

—Nosotros, los de su familia, no desistimos de todos modos. Todavía estamos convencidos de que hay algún modo de demostrar su inocencia… —dije.

—Yo también estoy completamente convencida, querida —aprobó ella.

—Y, con tal propósito, le estaríamos muy agradecidos por… todo lo que usted pueda hacer.

—Oh, pero… lo haré, mi joven amiga, por supuesto que lo haré.

No dejaremos solo al capitán, ¿no es verdad? —respondió *lady* Grenville con cierta afectación.

La miré. Volví a tener la impresión de que aquella mujer estaba siempre sobre un escenario, la misma impresión que había tenido por la mañana, en mi primera visita.

—No me considere una impertinente, se lo ruego —añadí entonces, reuniendo valor—, pero sé que usted conoce a hombres poderosos… ¿No podría hablarle del caso de mi tío a lord Sainsbury en la recepción que dará en honor del marajá…? —solté, tratando de captar su posible reacción.

La baronesa dio muestras, en efecto, de una casi imperceptible vacilación, pero las razones para aquella indecisión podían ser dos: el fastidio que le causaba mi petición o bien el hecho de que yo supiera que *lady* Grenville estaría presente en el encuentro entre los dos personajes.

—Las cosas se arreglarán pronto, querida, estoy se gura. Y gracias por la visita —dijo, tratando de disimular su irritación bajo una sonrisa cada vez más tensa. Su frase, en todo caso, no había sido una verdadera respuesta, sino más bien una despedida.

—Muy bien, entonces… —le dije, cogiendo mi sombrerito para irme.

El señor Sherwood, el mayordomo, pareció salir de la nada para abrirme la puerta, pero, en cuanto sentí el aire fresco en las mejillas, me volví de sopetón hacia *lady* Grenville y le pregunté:

—Una última cosa, *milady*… ¿Puedo preguntarle si, por casualidad, en las cajas que le robaron estaban… los regalos que el marajá iba a ofrecerle a lord Sainsbury?

Aquella vez mi pregunta provocó una reacción más evidente. Pero fue en el mayordomo, que tuvo la osadía de empujarme ligeramente por la espada para que saliera.

Lady Greenville, en cambio, conservó la compostura y me contestó:

—¡Qué pregunta más extraña, chiquilla mía! Los regalos… ¿los regalos del marajá? —Y entonces la baronesa se rio con una risita nerviosa parecida al sonido de una cuerda de violín a punto de romperse—. No sé cómo se le ha podido ocurrir una cosa así, querida… Por desgracia, dentro de esas cajas solo había cosas que me pertenecían a mí. Y ahora perdone, pero mis criados me

reclaman para despachar unos aburridos asuntos caseros…

Habría apostado a que no era así y, de todas formas, uno de los dos criados, el señor Sherwood, se ocupó antes de nada de acompañarme hasta fuera con unos modales bastante rudos y cerrar luego la puerta a mi espalda. Yo me quedé en lo alto de la escalera y me llené los pulmones con el aire frío de noviembre. Volvió a invadirme aquella sensación de inquietud y desagrado que había sentido la otra vez que había salido de aquella casa y bajé a toda prisa los peldaños hasta la acera, decidida a irme de allí lo antes posible.

Entonces me di cuenta del error que había cometido. Holland Park es un barrio residencial bastante nuevo, para londinenses ricos, y las empresas de coches de alquiler no habían organizado aún un servicio como es debido para que siempre hubiera disponible algún carruaje. Sabía que debía haberlos en las inmediaciones, pero, como por la calle no había nadie a quien preguntar, no podía saber con precisión dónde. Por tanto, tuve que elegir una calle al azar.

Crucé el jardín privado al que daban las casas de la plaza. Pero tampoco al otro lado del parque, de grandes árboles, sin hojas en esa época, había rastro de carruajes. Para colmo de mi mala suerte, después de muchos días de cielo despejado, empezó a caer una llovizna impertinente y fría. Si no hubiera sido una señorita de buenos modales, habría maldecido.

Me encaminé por la calle que me pareció más larga, siguiendo la dirección que creía me conduciría al centro de la ciudad, mientras una serie de espectrales farolas de gas se encendían bajo la lluvia.

Me cerré el abrigo en el cuello y seguí andando, tranquila y pensando aún en las reacciones de *lady* Grenville a mis preguntas. La baronesa había adoptado una actitud nerviosa y expeditiva que contrastaba decididamente con su acogida en nuestro primer encuentro. ¿No era cierto, acaso, que la señora de la casa había imitado las maneras glaciales de sus criados? Además, ¿por qué no me había invitado a entrar? ¿Es que en su casa había algún huésped que yo no debía ver?

Turbada por todas aquellas preguntas, que me habría gustado compartir cuanto antes con mis amigos, no me había fijado en la calle que recorría y, de repente, descubrí que no tenía ni la menor

idea de dónde me encontraba.

—Muy bien, Irene… —me dije en voz alta. Y maldije mi tendencia a desorientarme en el momento menos oportuno.

Pero estaba decidida a mantener la calma, así que borré de mi cabeza todas las preguntas que me estaba haciendo y me concentré en la calle. Las farolas tenían de verdad algo de siniestras entre las ramas de los árboles. Y las casas blancas de los lados, levemente iluminadas, no hacían más que aumentar mi sensación de extrañeza. Ni sombra de carruajes, pero ¡es que tampoco se veía un alma! Proseguí, con la respiración cada vez más jadeante. Y cuando oí unos ruidos detrás de mí, me volví de golpe. No vi nada, pero tuve la desagradable sensación de que alguien me seguía.

Aceleré el paso, dejé atrás un cruce a oscuras caminando sobre barro y salté a la acera. Oí de nuevo un ruido, como de hojas secas pisadas. La sensación se volvió más fuerte y empecé a correr.

Y luego, mientras me volvía para escudriñar las sombras de la acera, una mano me agarró y tiró de mí. No pude gritar, porque los dedos enguantados me tapaban la boca.

Después me levantaron literalmente del suelo y me hicieron girar en el aire como una peonza. Pero mi susto fue muy inferior a mi alivio cuando reconocí, a pocos centímetros de la mía, la cara de Horace Nelson y sus grandes ojos muy abiertos.

—¿Qué hace aquí, señorita Irene? —me preguntó, dejándome con delicadeza en el suelo. Pero vigilando también él la calle a mi espalda.

—Horace… ¡Qué alivio! —exclamé, llevándome una mano al pecho. Por fin vislumbraba, en la esquina de una calle, un carruaje parado bajo la lluvia.

—Soy yo, sí. ¡Y usted no ha contestado a mi pregunta!

—He ido… Mejor dicho, he vuelto a casa de *lady* Grenville —le contesté, señalando un punto impreciso a nuestra espalda.

El señor Nelson me miró con severidad.

—Le pedí que se mantuviera apartada de este asunto, señorita Irene.

—¡Pero yo no le dije que lo haría! —rebatí con la impertinencia de mis trece años.

Y solo entonces me percaté de que Horace iba vestido de un modo muy raro: con viejas ropas gastadas y remendadas, y un

gabán desastrado de lana basta, como los que les había visto a los trabajadores de los muelles.

El señor Nelson se dio cuenta de mi estupor.

—La pequeña indagación de que le hablaba… —me aclaró Horace.

—¿Ha estado en los muelles? —intuí.

Horace asintió.

—Buscaba a esos malditos marineros del *Madras Moon*.

—¿Y los ha encontrado?

—No, pero puede que haya descubierto algo.

—¡Venga, Horace, hable! —exclamé, muerta de curiosidad.

—No hay muchos lugares donde los marineros extranjeros puedan salir a trasnochar una vez en Londres. Así que me he dado una vuelta por las fondas de los alrededores de los muelles y me he mezclado con los parroquianos…

—¿Y?

—Ya estaba casi resignado a no sacar nada en claro cuando, tras darle unas cuantas propinas, una camarera del Thames Pike me ha hablado de dos holandeses. Habían llegado hacía poco con los bolsillos repletos de dinero. Bebían mucho y dejaban propinas incluso mejores que las mías, según me ha dicho la chica.

—¡Pues claro, podía ser el dinero logrado con el golpe del *Madras Moon*! —dije yo.

—Eso mismo he pensado yo, señorita Irene. Así que le he preguntado en qué habitación estaban alojados esos dos… y he descubierto algo: por lo que parece, alguien *se ha ocupado ya de ellos*.

Palidecí.

—¿Quiere decir que los han…?

—No piense en nada sangriento, señorita. Hoy al amanecer, me ha contado la camarera del Thames Pike, alguien les ha llevado ropa limpia para que se cambiaran, les ha quitado la borrachera y los ha metido en un barco de pasajeros con destino a Bombay.

—Alguien que no quería correr el riesgo de que callejearan por los muelles con todos esos policías por ahí… —supuse.

—Sí —me confirmó Horace—. Y alguien en condiciones de gastar dinero. Los billetes para esa clase de barcos no son nada baratos.

Casi sin darnos cuenta, el señor Nelson y yo nos encontramos mirando ambos en dirección a la casa de la baronesa Grenville.

—Entonces, usted piensa que… —dije, casi alarmada.

—¡Pienso que he sido demasiado deslenguado! —masculló Horace—. Y que usted debe dejar, de una vez por todas, de interesarse por esta historia. Suba a ese coche y vuelva a casa con su padre…

Pero yo no di ni un paso.

—¿Y usted, Horace? ¿Adónde irá?

—Cualquier pensión de la ciudad me irá bien.

—¿Una pensión? ¡Oh, no! No voy a irme de aquí sin usted.

—Eso es imposible, señorita Irene. Su padre…

—Mi padre se pondrá contentísimo al volver a verlo —atajé, sabiendo que no decía más que la verdad. Y, mientras la lluvia me pegaba la ropa a la piel y el cochero se volvía para mirarnos con curiosidad, insistí—: Usted es parte de nuestra familia, Horace Nelson. Y además, ya sabe… que ahora nos hemos quedado solos. Usted, mi padre Leopold y yo.

Le señalé las desoladoras filas de farolas bajo la lluvia.

—No hay nada más que pueda hacer por el capitán Hirst esta noche, aquí. —Le tendí la mano—. Pero puede hacer mucho por la familia Adler volviendo a casa conmigo.

Horace suspiró profundamente y, por un instante, no me pareció el invencible gigante negro junto al que había crecido, sino un niño grande e indeciso.

Al final, aquel señor Nelson tan distinto del habitual cogió mi mano, le dio una orden al cochero y se sentó a mi lado en el carruaje.

Me refugié en sus brazos y, aunque ambos estábamos empapados y era muy posible que nos aguardara una memorable reprimenda por parte de mi padre, me sentí más feliz de lo que me había sentido desde hacía días.

Capítulo 14

UNA CASA REVUELTA

—¡Un comportamiento verdaderamente censurable, Horace! ¡Y tú, señorita, cada día te vuelves más rebelde! —nos riñó mi padre, de pie y en bata, pasándonos revista de arriba abajo, descalzo, con maneras militares.

Estábamos en la cocina, donde la señorita Fowler trataba de convencerme para que metiera los pies en un barreño de cobre con agua y mentol, en su opinión mi única salvación posible. Y, por toda respuesta, yo solo podía estornudar. El señor Horace, a mi lado, goteaba sobre el suelo y mantenía la cabeza gacha.

—¿Son horas estas de volver a casa, y con esta lluvia? —dijo aún mi padre, pero todos, salvo quizá la señorita Fowler, teníamos claro que estaba interpretando un papel, igual que Horace estaba interpretando el de servidor sumiso.

Y también resultaba claro que mi padre estaba contento y que, cuando nos había visto aparecer juntos en el rellano, había tenido que contenerse para no abrazarnos a ambos.

—¿Puedo irme, ya, señor? —preguntó Horace, contrito.

—¡Por supuesto! Váyanse los dos y cámbiense de ropa… ¡Y después, usted, Horace, pase por mi estudio!

Yo estornudé muy fuerte.

—¡Oh, virgen santísima! ¡Qué calamidad! —cloqueaba la señorita Fowler mientras trataba de envolverme en una toalla caliente.

—Y en cuanto a ti… —me dijo mi padre—, creo que vas a tener que explicarme con pelos y señales qué es lo que ha sucedido.

Pero yo solo pude soltar otro estornudo.

—¡Ah, por todos los santos del paraíso! —remachó la señorita Fowler.

—¡Y si este resfriado no consigue hacer que te quedes en casa, ya daré yo con algún modo de que lo hagas!

—¡Ahora no, papá, por favor! —le supliqué—. ¡Necesito poder

salir!

Él conocía bien a mis amigos y nuestra pasión por la aventura, y aunque no podía aprobarla, me quería demasiado para cortarme de verdad las alas. Pero sentía verdadera preocupación por lo que podía ocurrirme y le aterrorizaba que pudiera repetirse algo parecido a lo de París.

—Esto significa, Irene, que durante un mes no podrás salir de casa sin el señor Nelson, ¿me has entendido?

Lo miré, sonriendo con los ojos. Comprendí que mi padre sentía la necesidad de darme a entender que se preocupaba por mí. Y adiviné que esperaba que yo reaccionara como debía.

—¡Oh, no, papá! ¡No puedes hacerme esto! —lloriqueé, interpretando mi papel.

—¡Al señor Adler no se le contesta! —me recriminó inmediatamente la señorita Fowler, principal espectadora de aquella improvisada escena familiar—. ¡Escuche lo que le dice su padre!

—¡Exacto! Y lo que dice tu padre es: ¡ve ahora mismo a darte un baño caliente! —rugió Leopold.

Obedecí sin rechistar y subí a la planta de arriba.

Fue un baño maravillosamente reconfortante, que acabó con los estornudos y las inquietudes posteriores a la visita a la baronesa Grenville.

Cuando salí de la bañera era de noche y todas las luces de la casa estaban apagadas. Todas salvo la del estudio de mi padre.

Me acerqué y, como la puerta estaba entornada, asomé la cara para mirar dentro.

—Me ha tenido preocupado, señor Nelson… —le estaba diciendo mi padre a Horace, de pie delante de él.

—Lo siento mucho, señor. No se repetirá. Pero debo pedirle unos días más libre de mis funciones, porque…

No oí el resto de la frase. Pero vi que mi padre servía dos dedos de jerez en dos minúsculos vasos, cogía uno para él y le ofrecía el otro a Horace.

Cuando oí el tintineo del cristal, volví velozmente a mi habitación y me dormí casi enseguida.

A la mañana siguiente, mi padre estaba de excelente humor. Aunque había aceptado prolongar unos días la ausencia en su

servicio, esperó de todos modos que Horace le llevara *The Times* en el momento oportuno y lo leyó con la avidez de los mejores tiempos.

El mayordomo y yo evitamos mirarnos, y mi padre hizo una serie de comentarios sobre las principales noticias del día. Mientras lo hacía, dio cuenta de un gran plato de huevos escalfados con salchichas de Cumberland.

Después de un último sorbo de té negro, Leopold dejó finalmente el periódico junto al plato y, levantándose de la mesa, me miró a mí y luego a Horace con sorna.

—Ahora he de ver a alguien en la City y me voy sabiendo que ninguno de los presentes tiene intención de cometer ninguna tontería. ¿Estoy en lo cierto?

—Totalmente, señor —asintió Horace.

Yo contesté con un gran abrazo y un sonoro beso en la mejilla de mi padre, que olía a colonia.

Cuando terminé de desayunar a mi vez, volví a mi habitación, me lavé la cara, me puse un abrigo turquesa y un sombrero de lana y después bajé y esperé a Horace junto a la puerta de casa. El mayordomo me miró con complicidad y me rodeó el cuello, a la fuerza, con una larguísima bufanda.

—¿Es que tengo que estar pendiente de usted como si fuera una niña, señorita Irene? ¡Abríguese antes de salir! —dijo en voz muy alta. Pero luego, mientras él se ponía el abrigo y el sombrero, me susurró al oído—: ¡Sus amigos nos esperan en la Shackleton!

Después abrió la puerta y exclamó de modo que la señorita Fowler pudiese oírlo:

—¡El doctor Williamson nos está esperando, señorita Irene! ¡Convendría que le prescribiera algún medicamento para la garganta si quiere retomar sus clases de canto!

Y después de haber salvado así las apariencias, salimos de casa. Lupin y Sherlock (a esas alturas un virtuoso en el poco noble arte de hacer pellas) ya estaban en la Shackleton Coffee House. Cuando nos vieron llegar, le ofrecieron a Horace la butaca más grande del local.

Yo describí rápidamente las circunstancias en que el mayordomo y yo nos habíamos encontrado, recalcando el hecho de que también el señor Nelson había decidido tener vigilada la casa de la baronesa Grenville.

En ese punto tomó la palabra el propio Horace, que primero repitió para mis amigos lo que había descubierto sobre los dos marineros holandeses, muy probablemente miembros de la tripulación criminal enrolada por el misterioso Jim Hawke y ahora reenviados aprisa a Bombay.

—En cuanto a *lady* Grenville, la verdad es hasta demasiado simple —siguió diciendo Horace—. Es una respetable dama de la nobleza de la que no tengo ninguna razón para sospechar. No obstante, si puede decirse así, es el único punto ciego en esta historia. Tan ciego como la devoción que el capitán Hirst siente por ella.

Holmes, al oír aquellas palabras, no dijo nada, pero nos lanzó a Lupin y a mí una mirada complacida, parecida a la de un médico que acabara de ver confirmado su diagnóstico por parte de un colega.

Arsène, en cambio, sabedor del respeto que el señor Nelson le tenía al capitán, titubeó un poco antes de hablar.

—Veamos… —dijo al fin—, ¿qué relación hay entre *lady* Grenville y el capitán?

—De amistad y de estima mutua, señorito Lupin —le contestó Horace—. Mis preguntas jamás han sobrepasado el límite que la discreción impone a un caballero, pero, por mis conversaciones con Hirst, creo que se trata de esto: una afinidad espiritual entre un hombre de cierta edad, viudo desde hace muchos años, y una señora con un pasado marcado por acontecimientos dolorosos.

—¿Acontecimientos dolorosos? —repetí, intrigada.

—Por cuanto me ha dicho, ni siquiera Hirst sabe con exactitud qué sucedió. Me refirió una frase que le encantaba repetir a la baronesa: «He sufrido mucho, capitán. Tanto, que puede decirse que tengo una cicatriz en lugar de corazón».

—¡Así que hubo alguien en la vida de *lady* Grenville! —murmuré.

Horace siguió contando entonces que, después de que los marineros holandeses se le hubieran escapado por un pelo, se había apostado fuera de la mansión de *lady* Grenville a la espera de que sucediera algo que, sin embargo, no había sucedido.

Para nosotros fue una pequeña desilusión, porque, dada la conexión que habíamos aventurado entre las cajas de *lady* Grenville

y los tres regalos del marajá, habríamos esperado cierto movimiento en torno a la casa. Pero, según parecía, aparte de los criados nadie había salido del número 5 de Holland Park ni se había acercado a él.

Cuando el señor Nelson terminó de hablar, fue Sherlock quien tomó la palabra.

Nos informó de que había vuelto al pub que frecuentaban los periodistas del *Globe* y había recogido información sobre lord Sainsbury.

—Su historia es bastante común —nos dijo, y empezó a beberse el cacao que entre tanto le habían servido—. Sin tacha, ni errores ni ningún elemento que pueda ligarlo a los hechos del *Madras Moon*. Estudió en Eton, se enroló de joven en la Royal Navy, fue funcionario de la Compañía de las Indias y, después de haber frustrado un intento de revuelta en el puerto que tenía a su cargo, destacó por su fiabilidad e intransigencia, que le valieron al fin el nombramiento de lugarteniente gobernador de la región de Punjab. Una carrera en apariencia irreprochable, en suma, y un nombramiento sin oposición. El único hecho de alguna relevancia fue un incidente durante su última estancia en la India: fue desmontado cuando viajaba a lomos de elefante. Se trató, casi sin duda, de un atentado urdido por un grupo de rebeldes locales, pero lord Sainsbury salió ileso. Por lo demás, está casado desde hace quince años, tiene dos hijos, ambos matriculados en Eton, y reside en una finca a las afueras de Londres llamada Mullingdale Hall.

Una vez más, nuestro botín de información resultaba más bien escaso y cruzamos miradas de perplejidad. Sin embargo, en los ojos de Lupin noté un extraño e inesperado relampagueo.

—¿Y tú, Arsène? —le pregunté entonces—. ¿El bigote del señor Calígula te ha dado alguna idea?

Lupin se rio con ganas.

—Bueno, os parecerá raro, ¡pero así es!

Se puso en pie de un salto y corrió a un rincón del local para coger un gran saco de yute en el que nadie se había fijado.

—Más que el nuevo bigote, ha sido el ruido proveniente de la taberna que hay debajo del apartamento de *monsieur* Papon lo que anoche me tuvo despierto y pensando hasta tarde… —nos explicó —. Y, a fuerza de pensar, me volvieron a la cabeza el señor

Thomson, el fotógrafo de los muelles, y su método para llegar a las instantáneas «buenas». Y al final me dije: ¿por qué no probar?

Dicho aquello, Lupin volcó el saco y vació su contenido delante de nosotros: una auténtica cascada de fotografías que se desparramaron incluso por el suelo e hizo que todos los clientes de la Shackleton Coffee House se volvieran hacia nosotros.

—Demonios, ¿se ha vuelto loco? —lo increpó Horace.

—No, Horace —replicó Sherlock—, ¡mi amigo no solo no se ha vuelto loco, sino que ha tenido una idea excelente!

—¿Serían tan amables de explicarme…?

Yo también había comprendido por fin la idea de Arsène y pude darle explicaciones al señor Nelson.

—En los muelles conocimos a un artista, un fotógrafo llamado John Thomson, que lleva casi dos meses tomando instantáneas para un libro en el que quiere retratar la vida del puerto. Y estas son las fotos que Thomson ha hecho, ¿tengo razón?

Lupin asintió.

Nos abalanzamos inmediatamente, con auténtico ímpetu, en busca de cualquier cosa en aquellas imágenes que pudiera resultar útil a nuestras pesquisas. Dicho ímpetu, no obstante, cesó muy pronto.

Caras, miradas, manos, espaldas, chaquetas, capas, rincones del puerto, instantes de vida fijados en el papel fotográfico pasaron a centenares bajo nuestros ojos sin que viéramos nada interesante a los fines de nuestra investigación. Contemplar las fotografías del señor Thomson habría sido sin duda un placer si no hubiéramos necesitado desesperadamente, y pronto, algo a lo que agarrarnos para demostrar la inocencia del capitán Hirst.

Así, cuando la búsqueda duraba ya más de media hora sin dar resultado, Sherlock tiró sobre la mesa la última foto que había examinado.

—¡Estamos perdiendo demasiado tiempo! —exclamó—. Creo que deberíamos dividirnos: que unos vayan a los muelles en busca de los otros marineros de Hawke y otros a vigilar la residencia de *lady* Grenville. Estas fotos me las llevo yo a casa y las veré con calma es ta noche.

Todos estuvimos de acuerdo con Holmes y nos apresuramos a meter en el saco las fotografías de Thomson. Casi habíamos

terminado cuando un puñado de fotos se me escapó de las manos y cayó al suelo.

—¿Cómo me las apañaré para ser siempre tan torpe? —bufé mientras me agachaba a recogerlas.

Pero el corazón me dio un vuelco al ver una de ellas.

—Oh, Dios mío… —murmuré.

—Pero ¿qué sucede?

—¡Este hombre! Este hombre es… ¡el señor Sherwood! El mayordomo de *lady* Grenville… —murmuré, golpeando varias veces con la punta del dedo un rostro que aparecía en una instantánea.

Las miradas de Horace, Lupin y Holmes se clavaron en mí.

—¿Estás completamente segura?

—Oh, sí… es una cara difícil de olvidar. ¡No tengo la menor duda, es él!

Y así era. Aquel hombre alto, de pelo y tez oscuros, con aquellos profundos ojos claros que contrastaban tanto, era indudablemente el señor Sherwood. Y en aquella foto no vestía librea de mayordomo, sino una humilde chaqueta oscura, y parecía estar hablando con algunos trabajadores del puerto que formaban un corrillo en torno a él.

Holmes se acercó y me arrancó la fotografía de las manos y luego fue hasta el ventanal del local para examinarla con buena luz. Clavó su intensa mirada en la misma.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! ¡Mirad esto! —dijo al volver con nosotros, señalando un punto preciso en la fotografía.

Igual que Horace y Arsène, me incliné para mirar y, allí donde apuntaba el dedo de Sherlock, vi un delgado pilar de madera en el cual, esforzándose un poco, podía leerse el número 19 escrito con pintura blanca.

Sherlock, presa de uno de sus momentos de auténtico furor deductivo, se puso a caminar alrededor de nuestra mesa, gesticulando como si estuviera colocando en su sitio los distintos elementos sobre los que iba poniendo su atención.

—El mayordomo de *lady* Grenville se encontraba en las cercanías del muelle número 19, al que, como sabemos, llegó el *Madras Moon* hace cinco días… Pero esta foto, y se sabe por la ropa ligera que vestían las personas, fue hecha hace más de un mes,

cuando nadie podía ni siquiera adivinar el muelle que le asignarían al barco del capitán Hirst. Quienquiera pensar en casualidades, es libre de hacerlo, so pena de pasar por idiota… Porque me parece evidente que la escena captada fortuitamente por el señor Thomson es la de una visita de reconocimiento, ¡hecha en previsión de un delito que tendría que consumarse precisamente en ese lugar!

Sherlock aceleró el ritmo de sus pasos.

—El delito, en efecto, se produjo según lo establecido. Y precisamente en el muelle número 19, cuando se desencadenó un sangriento tiroteo en un barco que llegaba de la India y en el que viajaba, ¡qué casualidad!, la mujer del hombre retratado en esta foto. Y lo extraño no termina aquí, porque no es difícil darse cuenta de la insistencia con que se presentan en este asunto las colonias indias del Imperio británico… Por ejemplo, que el barco del señor Mokham Chand, un marajá indio, amarre precisamente en el muelle contiguo al que está atracado el *Madras Moon*. Y lo más raro de todo quizá fueran…

Holmes interrumpió bruscamente el flujo de su razonamiento. Hubo entonces un momento un tanto curioso, en el que vimos cómo le centelleaban los ojos a mi amigo, que parecía abstraído en la contemplación de algo por encima de nuestras cabezas.

—¡… los fuegos artificiales! —exclamó al fin.

Como alcanzado por la furia de un rayo, mi amigo se sobresaltó y corrió a coger un ejemplar de *The Times* abandonado en un antepecho.

—¡Tal vez no sea demasiado tarde! —dijo, deteniéndose en una página del periódico—. ¡La recepción en honor del marajá tendrá lugar hoy!

—Dios mío, muchacho… —se asombró Horace—. ¿De qué van todos estos delirios?

—Oh, es fácil de entender en cuanto se despereza uno el cerebro.

—¡¿Por ejemplo?! —lo acucié.

—Por ejemplo, habría que pensar que lo ocurrido en el *Madras Moon* no es en absoluto un caso de robo, sino la preparación de… ¡un intercambio!

—¡¿Un intercambio?! —estalló Lupin.

—Eso mismo —afirmó Sherlock—. ¡Un intercambio de tres

cajas, las cargadas en el *Singh Flower*, por otras tres cajas, las robadas en el *Madras Moon* y escondidas hasta ese momento en un almacén! Intercambio que hicieron posible esos inexplicables fuegos de artificio que distrajeron la atención de los presentes.

El señor Nelson abrió de par en par sus profundos ojos negros.

—Pero ¿quién se tomaría la molestia de hacer algo así?

—¿Acaso no resulta obvio ya? —replicó Holmes—. Alguien que deseaba hacer llegar a Mullingdale Hall tres cajas diferentes de las recién desembarcadas del *Singh Flower*, que han sido debidamente comprobadas por los aduaneros. En concreto, tres cajas que, por el contrario, ¡NUNCA fueron inspeccionadas por funcionarios de la aduana inglesa, ya que fueron sustraídas del *Madras Moon* antes de que pudieran hacerlo!

El escenario bosquejado por Sherlock me dejó estupefacta.

—Pero…, pero… ¿con qué fin llevar a cabo una acción así? —balbucí.

Entonces Holmes hizo una mueca.

—Da vergüenza el no haberlo pensado antes, pues he sido yo mismo el que hace unos minutos ha hablado del atentado al que no hace mucho escapó lord Sainsbury… Suponía que todo el mundo estaba familiarizado con uno de los hallazgos más ingeniosos de la técnica moderna y que es conocido con el nombre de… ¡bomba de relojería!

Capítulo 15

UNA FIESTA SUNTUOSA

Alcé la voz, supliqué, imploré al señor Nelson. Tras su firme rechazo, me encolericé y dije cosas desagradables que realmente no pensaba.

No me di por vencida y busqué el apoyo de Arsène y Lupin, susurrándoles al oído para recordarles el pacto que habíamos hecho tiempo atrás en un cuartel abandonado de la costa bretona, un juramento por el cual nos comprometíamos a vivir juntos toda nueva aventura que el futuro nos deparara.

Hice todo eso, pero no sirvió de nada. Horace se mostró totalmente inflexible y puedo decir que nunca estuve tan cerca de odiar a aquel hombre, al que sin embargo quería con locura.

—Las conclusiones a las que ha llegado su amigo el señorito Holmes son audaces, desde luego, pero me temo que, por desgracia, en ellas puede haber más de un elemento verdadero —dijo el mayordomo con expresión seria en respuesta a mis cada vez más enérgicas protestas. Continuó—: Eso significa que Mullingdale Hall podría ser un lugar extremadamente peligroso. Me gustaría creer que informar a Scotland Yard de las sospechas del señorito Holmes serviría de algo, pero pienso más bien que me considerarían un loco o que incluso me meterían en una celda. Si quiero ayudar al capitán Hirst, debo hacerlo, pues, por iniciativa propia, lo cual significa ir a Mullingdale Hall. Estoy seguro de que lo mejor es que vaya allí mientras ustedes tres esperan mi regreso en la ciudad. Respecto a los señoritos Lupin y Holmes, esto solo es un consejo, mientras que en su caso, señorita Irene, es una orden.

—¡No es justo! —chillé mientras lágrimas silenciosas empezaban a resbalar por mis mejillas.

—Sí que lo es, señorita. La promesa que hice a su padre de velar por usted no era ninguna broma. Así que debe resignarse… ¡No se expondrá a este peligro!

—Irene, creo que el señor Nelson solo quiere decir que… —intentó aplacarme Arsène.

—¡Cállate! —lo fulminé—. Todo este parloteo no es más que una pérdida de tiempo. No soy una niña estúpida, al contrario de lo que alguno cree —dije, lanzando una mirada llena de rabia a Horace—. Sé, por ejemplo, que ciertos juramentos hay que considerarlos simples tonterías, igual que sé que en una situación como esta cada minuto puede ser importante… ¡Así que acompañadme a casa e id a esa maldita recepción!

Mi violento arranque de rabia, no obstante, se desvaneció tan deprisa como había llegado. Para mi sorpresa, cuando me encontré en la penumbra del compartimento del carruaje que nos transportaba a todos a Aldford Street, con la mirada puesta fuera, en las calles de Londres borrosas por un halo de niebla, sentí dentro de mí una gran calma, semejante a la que sigue a una gran tormenta estival.

Y, en aquella calma, todo me pareció singularmente claro: la discusión entre Horace y yo era simplemente inevitable, como lo es el choque entre dos trenes que circulen uno en dirección del otro por la misma vía. Mi voluntad me empujaba en una dirección, hacia Mullingdale Hall, donde quería descubrir si las espantosas conjeturas de mi amigo Sherlock habían dado en el blanco, mientras que la voluntad del señor Nelson lo impulsaba contra mí con el fin de mantenerme apartada de los graves peligros que podían haber agazapados en la mansión de lord Sainsbury.

Ya que Horace era un adulto y yo solamente una chiquilla, su voluntad tenía más poder que la mía, pero encontré consuelo en la idea de que no sería así siempre.

Cuando por fin llegamos a casa, sin que nadie hubiera proferido una sola palabra, me di cuenta de que mis amigos habían interpretado mi silencio como una señal de profunda ira contra ellos. Y para mí fue muy raro ver que tanto Arsène como Sherlock, ambos tan insolentes y seguros de sí, cada uno a su manera, bajaron los ojos como dos niños castigados cuando me volví hacia ellos antes de bajarme.

—Señorita Irene, ¿tendría la gentileza de informar al señor Adler de que estaré de vuelta por la noche? —dijo por su parte Horace mientras saltaba del carruaje antes que yo para ayudarme a bajar.

También Sherlock y Lupin se apearon. No había dudado ni por un momento que aquellos dos, haciendo caso omiso del consejo de

Horace, lo seguirían a Mullingdale Hall. Ahora, sus caras cohibidas me daban a entender que deseaban comunicarme su decisión.

Yo los saqué del apuro.

—Venga, id… —les dije simplemente—. Y que ninguno de los tres se atreva siquiera a hacerse un rasguño, ¿entendido?

Mis amigos se quedaron sorprendidos por mi reacción y cruzaron una mirada. Sherlock sacó del bolsillo una vieja saboneta y miró la hora.

—Tranquila. Haya lo que haya en ese sitio, tenemos todo el tiempo del mundo para descubrirlo y evitar que…

—Muy bien. Entonces, marchaos ya. Y que este sea el primer lugar en que paréis a la vuelta —les ordené, señalando la puerta de mi casa.

Holmes y Lupin asintieron sonriendo antes de montar de nuevo en el carruaje. Yo entré en casa sin tan siquiera volverme. Estar en condiciones de darles órdenes a Sherlock y Arsène sin recibir como respuesta una mofa me había hecho experimentar una insólita sensación de poder y me pregunté si sería aquel el tipo de control que, según muchos, una mujer es capaz de ejercer sobre los hombres.

En cualquier caso, me pasé las horas siguientes en la quietud de mi casa y lo que voy a contar es fruto de la reconstrucción que hice en mi mente, con colores y formas nacidas de mi imaginación, cuando oí el relato que Arsène y Sherlock me hicieron horas después de los hechos ocurridos en Mullingdale Hall.

Mientras se espesaba la niebla que poco antes había bajado sobre la ciudad, Horace y mis amigos viajaron en carruaje en dirección noroeste para llegar a Mullingdale Hall. En el trayecto, los tres tuvieron oportunidad de aclararse las ideas sobre el modo más adecuado de actuar al llegar a la mansión de lord Sainsbury.

Según decía *The Times*, se esperaba la llegada del marajá Mokham Chand para las siete en punto, pero, puesto que iba a alojarse en Mullingdale Hall esa noche, era legítimo pensar que, como era norma cuando se trataba de gente de aquel rango, su criado personal y otros sirvientes de su séquito lo habrían precedido para preparar los aposentos del marajá.

—En una situación como esta —explicó Sherlock—, es de suponer que también los tres regalos para el señor de la casa hayan

sido ya traídos aquí y confiados al cuidado de un criado.

—Un momento —dijo Lupin—. Pero ¿no habíamos quedado en que el único «regalo» del marajá era una bonita bomba?

—Es exactamente lo que pienso. O, mejor dicho, pienso que las tres cajas fueron usadas de un modo u otro para transportar una bomba —explicó Holmes—. Tal vez las cajas contengan también regalos aparte del artefacto, o puede que este fuera desmontado y escondieran sus partes, y ahora deban recomponerlo.

—Pero, si es así, ¡un equipaje de ese calibre no puede viajar sin que alguien lo vigile a todas horas! Alguien que esté al corriente de su verdadera naturaleza, quiero decir —observó Horace.

—Precisamente, señor Nelson —corroboró Sherlock.

—¡En el séquito del marajá debe de haber un cómplice de toda esta maquinación! —reflexionó Lupin.

—Uno o quizá más… quién sabe —confirmó Sherlock—. O puede que todo parta de algún funcionario del séquito del señor Chand, que por su parte no sabrá nada de nada. En cualquier caso, es sin duda una de las cosas que hay que descubrir en nuestra pequeña incursión. ¡La otra, naturalmente, es dónde se encuentra la bomba! —concluyó Sherlock, tan alegre como un niño que acabara de aprender un nuevo y emocionante juego.

—Le sugiero que refrene su entusiasmo —le advirtió Horace, de todos modos—. El señor Gardner, el jefe de la servidumbre de Mullingdale Hall, es un viejo amigo mío, pero no sé lo dispuesto que estará a dejarnos pasar, dadas las circunstancias.

Y, con aquella incertidumbre flotando sobre sus cabezas, Sherlock, Lupin y Horace llegaron a la mansión de lord Sainsbury tras unos cuarenta minutos de viaje.

Se trataba de una austera y elegante residencia nobiliaria emplazada en medio de un gran parque arbolado. El edificio, de planta perfectamente cuadrada, era de piedra gris, con delgadas y airosas torrecillas en las cuatro esquinas.

El señor Nelson hizo que el carruaje se detuviera discretamente a cierta distancia.

—Espérenme aquí —fueron las únicas palabras que pronunció antes de echar a andar por un camino de grava para llegar a la puerta de servicio.

El mayordomo no volvió antes de veinte minutos y en su rostro

se notaba claramente que la conversación con el mayordomo jefe de Mullingdale Hall debía de haber sido bastante tirante.

—El señor Gardner teme que yo haya perdido el juicio, pero, de todos modos, ha decidido concedernos una hora de tiempo. Eso sí, a la primera señal de jaleo nos echará.

—Pero… —quiso protestar Lupin.

—Ningún pero —lo hizo callar Horace—. Este es quizá el día más importante en la carrera del señor Gardner y le estoy agradecido por lo que nos concede. Ahora es cosa nuestra aprovechar la oportunidad que tenemos —concluyó.

El tono del mayordomo no admitía réplica y a mis amigos no les quedó más remedio que asentir y dirigirse con él a la parte trasera de la gran casa. Allí, Sherlock y Lupin recibieron unas casacas de mozo para no llamar la atención.

—Yo trataré de descubrir todo lo posible sobre los criados del marajá; mientras, ustedes echen un vistazo al almacén, ahí detrás —sugirió Horace—. Dentro de una hora exacta nos encontraremos aquí y veremos qué hacer.

Ya estaban asignados los respectivos cometidos y el trío se dividió: Horace al edificio principal, Lupin y Holmes al almacén de la parte trasera.

El almacén de Mullingdale Hall estaba oculto por una fila de castaños y consistía en un edificio bajo de ladrillo que se usaba como despensa. Alrededor de él, a causa de la inminente recepción, había un continuo trajín de mozos que iban y venían de la cocina.

Fingiendo ser dos recaderos que habían ido para echar una mano a los sirvientes en aquella ocasión especial, Sherlock y Arsène comenzaron su exploración. Primero no vieron más que la confusión normal en una situación como aquella y se movieron entre cestas de verdura y de pan, cajas de vino y ramos de flores recién entregados. Nada llamó la atención de mis amigos hasta que vieron a un sirviente indio con turbante y una brillante levita de seda, que asomaba la cabeza en una pequeña cabaña de madera separada de la despensa.

El hombre estaba ocupado en sacar brillo con un paño a una espléndida estatuilla de marfil que representaba a Ganesha, el dios con cabeza de elefante, y a sus pies, en las sombras, se entreveían…

—¡Tres cajas! —susurró Sherlock.

Pero, desde el lugar en que se encontraban, mis amigos no podían ver mucho más. Lupin miró en torno suyo y, señalando una cesta de patatas, le dijo a Sherlock:

—Ayúdame a cogerla y luego déjame hacer a mí, ¿de acuerdo?

Holmes no se lo hizo repetir e instantes después pasaban por delante de la cabaña sosteniendo la cesta. Justo entonces Lupin simuló hábilmente que tropezaba y cayó al suelo, zarandeando la cesta de modo que las patatas rodaran hasta los pies del hombre del turbante.

El sirviente maldijo en su lengua, pero Sherlock y Lupin fueron lo bastante corteses, con excusas y reverencias, para aplacar su ira y luego se pusieron a recoger las patatas caídas a toda prisa. Lo que buscaban era, claro está, poder echar una ojeada a aquella cabaña, cosa que la artimaña de Arsène garantizó plenamente. Sherlock en concreto pudo dar un paso dentro y agacharse entre las cajas, para entonces abiertas y vacías, pudiendo así observar las tres muy de cerca.

Cuando, después de la enésima inclinación ante el criado indio, mis amigos agarraron la cesta y se alejaron, Lupin se volvió hacia Holmes y se percató enseguida del brillo intenso de sus ojos.

En cuanto doblaron la esquina, abandonaron la cesta de patatas y fueron hasta un lugar escondido para poder hablar.

—¡Si tienes la vista más aguda que la mía y has visto algo, entonces te ruego que me lo digas! —habló Lupin.

Sherlock compuso una de sus sonrisitas enigmáticas.

—Oigamos primero qué es lo que has visto tú.

—He visto que las cajas estaban abiertas y que los tres famosos regalos del marajá son, aparte de la estatuilla a la que el tipo estaba sacando brillo, un gran jarrón de plata cuajado de piedras preciosas ¡y una fabulosa piel de tigre que le encantaría a *monsieur* Papon!

—¡Excelente! Así pues, dejando a un lado la estatuilla de marfil, has visto un objeto, la piel de tigre, que, bien doblada, podría meterse fácilmente dentro del segundo objeto que has visto, es decir, del gran jarrón de plata.

—Vale… Tres regalos en solo dos cajas, y en la tercera… ¡Tal vez deberíamos cruzar unas serias palabras con el tipo del turbante!

Pero Sherlock lo detuvo.

—Podría ser un criado que no sabe nada, al que acaban de poner

ahí para preparar los tres regalos, y lo único que conseguiríamos es que nos echaran de aquí. Y no sería oportuno, entre otras cosas porque…

—¡¿Entre otras cosas porque qué?!

—Al agacharme al suelo he podido alargar el cuello y mirar el lateral de una de las cajas, y juraría que he visto… las iniciales MG grabadas a fuego.

—MG… ¡como Margaret Grenville!

—Exacto, amigo mío.

Hasta aquel momento, pues, todo confirmaba de la manera más clamorosa la teoría de Sherlock: las cajas que habían llegado a Mullingdale Hall parecían ser precisamente las descargadas del *Madras Moon* y no las transportadas en el barco del marajá. Los regalos para lord Sainsbury habían sido elegidos de tal manera que pudieran ser transportados en solo dos de las tres cajas y dejaran libre la tercera para algo mucho más peligroso y letal. Así pues, siempre según la teoría de Holmes, entre las antiguas piedras de aquella elegante mansión, en alguna parte, sonaba ya el tictac de muerte de una bomba de relojería.

Capítulo 16

HORAS DE INQUIETUD

—Pero… nada, señorita Adler. Absolutamente nada —fueron las desconcertadas palabras que dijo Horace para terminar a su vuelta de Mullingdale Hall.

Mi padre, tranquilizado por mi pacífica velada entre las paredes del hogar y por el regreso de Horace, no prestó mucha atención a nuestro pequeño conciliábulo en la sala de música.

Así que pudimos hablar con total comodidad del reconocimiento de la mansión de lord Sainsbury.

—¡¿Nada?! —repetí en el colmo de la sorpresa—. Pero creía haber entendido que…

—¡Pues no! —soltó Sherlock presa de un ataque de cólera—. ¡En ese lugar no había ninguna maldita bomba de relojería!

Busqué con la mirada los ojos del señor Nelson.

—Así es —confirmó—. Yo incluso llegué a pedirle al señor Gardner que inspeccionara él mismo todos los muebles y repisas del salón de gala donde tendrá lugar la recepción, pues tenía serios motivos para pensar que la vida de lord Sainsbury estaba en peligro, pero… nada.

—Y tampoco en el almacén, en las despensas, en los sótanos, en las habitaciones… —añadió Sherlock, meneando la cabeza.

—¿Y no es posible que se os haya…?

—¿Que se nos haya escapado algo? Lo excluyo —dijo Holmes, categórico—. Además, cuando nos marchábamos de Mullingdale Hall llegaba Scotland Yard, encargada de vigilar la recepción. Si alguien quería poner una bomba para matar a lord Sainsbury, debía de haberlo hecho ya. ¡Pero esa bomba, simplemente, no estaba!

Observé a mi genial amigo y sentí pena por él. El haber cometido un error le producía un sufrimiento casi físico. Su cara estaba contraída en una mueca y se acariciaba una sien con la punta de los dedos.

—Hay algo que no cuadra… —farfulló—. Y está además ese olor…

—¿Qué olor, Sherlock? —le pregunté con gentileza.

—Cuando estaba cerca de las cajas, percibí claramente un olor que salía solo de una de ellas. Un olor que por un momento me resultó familiar, en cambio…

—¿Podía ser… a explosivo? —le pregunté.

La mueca en el rostro de Sherlock se hizo más acusada mientras negaba con la cabeza.

—¡Al diablo! —soltó al fin, lanzando una ojeada a un pequeño reloj que había sobre una consola—. Necesito pensar de nuevo en todo este maldito asunto. Y si no quiero hacerlo en medio de la calle, ¡será mejor que vuelva a casa enseguida!

Esa fue la brusca despedida de Holmes aquella neblinosa tarde de noviembre que tan bien compaginaba con su tétrico estado de ánimo.

El señor Nelson acompañó a mi amigo a coger un coche de caballos e insistió en pagar la carrera. Más allá de sus sobrios modales, nuestro mayordomo le estaba claramente agradecido por sus esfuerzos en demostrar la inocencia del capitán Hirst.

Cuando Horace estuvo de vuelta, le hice la más obvia de las preguntas:

—¿Y Arsène?

—El señorito Lupin no ha atendido a razones y se ha quedado en Mullingdale Hall.

—¡¿Qué?!

Horace abrió los brazos.

—Sostenía que no podía marcharse de allí sin haber averiguado nada. Y como no tiene familia en casa que lo espere, ha dicho que nadie podía impedirle esconderse en algún sitio y quedarse para la recepción —me informó Horace.

—Pero usted le había prometido al señor Gardner… —empecé a decir.

—Es lo que le he recordado a su amigo. Ha replicado que él no le había prometido nada a nadie. Ha sido su última palabra.

Meneé la cabeza con fuerza. ¡Aquello era muy propio de Arsène! Testarudo y temerario hasta lo inverosímil.

Por eso, cuando me retiré a mi habitación tras darle las buenas noches a Leopold, sabía que me aguardaban unas horas de inquietud, y de hecho mil pensamientos me impidieron conciliar el

sueño. La teoría de Sherlock parecía errónea… pero, entonces, ¿por qué tantos detalles apuntaban precisamente en aquella dirección? Y, sobre todo, estaba preocupada por Lupin. De acuerdo, pensaba, parecía que en Mullingdale Hall no había ningún artefacto explosivo, pero ¿qué sería de Arsène en aquellos momentos?

No puedo decir que esperara lo que ocurrió aquella noche, pero lo cierto es que dejé las contraventanas abiertas y las cortinas descorridas, y mi mirada insomne estaba fija allí…

Y lo que ocurrió fue, en el fondo, muy simple.

Hacia medianoche se dibujó en el recuadro oscuro de la ventana el perfil de un rostro y no tardé más de un segundo en comprender que se trataba de Arsène, para el cual trepar por un canalón no era tan diferente a, digamos, subir por la escalera.

Salté de la cama y fui a abrir la ventana.

—¡Inconsciente! —le susurré como saludo.

Una risita ahogada fue su modo de devolvérmelo.

—¡Tan inconsciente que ahora estoy aquí, sano y salvo, sin haberme hecho ni un rasguño, como había prometido! —murmuró mientras salvaba el antepecho y entraba en mi habitación.

—Espero que tu bravata haya servido de algo al menos…

Lupin meneó amargamente la cabeza.

—Me ha servido para ver a un montón de pingüinos en frac, señoras enjoyadas y dignatarios indios con bonitos turbantes… Y para confirmar que nos hemos equivocado. ¡En la recepción no había ninguna bomba ni cualquier otra cosa extraña!

Me mordí un labio, pensativa.

—¿Y estaba *lady* Grenville?

Lupin asintió.

—Una camarerita a la que le he caído simpático me la ha señalado. La baronesa bebía champán, sonreía y conversaba, como todos los demás. Y, como todos los demás, se ha ido en su bonito carruaje sin que ocurriera nada.

Suspiré en la oscuridad de mi habitación. ¡Qué frustrante era ver cómo todo se nos escurría entre los dedos justo cuando creíamos haber descubierto la verdad! De todos modos, allí estaba yo, sola, en la oscuridad, frente a Lupin. Nos miramos a los ojos, reflexionando tácitamente sobre el callejón sin salida al que habíamos llegado en la indagación. Luego yo bajé la mirada. Él dio

un paso hacia mí y me puso una mano en el hombro. Sentí que el aire se electrizaba, como cada vez que…

Pero aquella vez Arsène no me estrechó contra él, ¡sino que se llevó la mano a la boca para tapar un gran bostezo!

—Lo creas o no, hasta el valeroso Papon está cansado ahora —musitó con una sonrisa—. Y como no tiene ninguna intención de rendirse, es hora de que vaya a echarse un buen sueño.

Aprobé aquel atisbo de sentido común en la desordenada conducta de mi amigo y lo acompañé a la ventana. Nos despedimos y yo me quedé mirándolo mientras resbalaba canalón abajo y se desvanecía en la noche tan ligero como una sombra. Cuando me acosté, en mi cara había aún una sonrisa que se resistía a desaparecer. Me gustaban los besos de Arsène, pero ¡me gustaba aún más su perfecta imprevisibilidad!

A la mañana siguiente, Horace me dijo que quería ir a la prisión de Clerkenwell para visitar al capitán Hirst y yo le comuniqué que iría con él.

—Señorita Irene, una cárcel no es… —empezó a decirme el mayordomo.

Pero bastó con mi manera de mirarlo y sonreírle para que comprendiera que estaba malgastando sus palabras. Corrí a mi habitación, metí unas cuantas cosas en un bolso de paseo, me abrigué bien y estuve lista para salir. Poco después nos encontrábamos ya bajo el plomizo cielo de Londres, en un carruaje que recorría una transitadísima Piccadilly en dirección a la cárcel de Clerkenwell.

Al llegar a nuestro destino, nos detuvimos delante de una oscura pared de ladrillo y una entrada de mármol ennegrecido coronada por una siniestra cara de piedra que, supongo, tenía el propósito de recordarle a quien cruzara la puerta lo que encontraría dentro. También para nosotros, simples visitantes, hubo miradas duras y modales bruscos, y el tiempo que nos concedieron fue brevísimo.

El capitán Hirst se sorprendió mucho al vernos, y a mí su aspecto me causó una fuerte impresión. Se le veía aún más cansado y delgado, y su sucio blusón de preso lo hacía parecer un triste espantapájaros. Su cara, no obstante, aparecía increíblemente serena, como si admitir culpas que no eran suyas lo hiciera sentirse por fin en paz consigo mismo.

Naturalmente, dejé que Horace saludara a su viejo amigo y se informara sobre su salud. Luego le pedí permiso para poder acercarme también a la mesa miserable que nos separaba del capitán y me senté junto al señor Nelson.

—Buenos días, señorita —me saludó el capitán con una sonrisa —. Es usted muy gentil al tomarse tantas molestias… Y le aseguro que ver una cara juvenil y amable entre estos muros es un verdadero alivio.

Yo le di las gracias y le sonreí. De todas formas, aquella visita mía no era solo de cortesía. Después del fiasco de Mullingdale Hall, había vuelto a pensar en nuestra investigación y había creído encontrar una pista segura en el hecho de que, de un modo u otro, el mayordomo de *lady* Grenville debía de haber desempeñado algún papel en todo el asunto. Quería saber, pues, si Hirst se había relacionado alguna vez con el señor Sherwood y llevaba conmigo la fotografía que Thomson le había hecho en los muelles sin que se diera cuenta.

—Perdone, capitán —dije, y la saqué del bolso—. ¿Sería tan amable de observar esta fotografía y decirme…?

El capitán Hirst no me dio tiempo a terminar la frase. Se puso en pie violentamente, haciendo caer su silla, y me miró a los ojos como si ya no fuese la gentil muchacha a la que había saludo poco antes, sino un demonio recién salido del infierno.

—¡Dios mío, chiquilla, ¿dónde ha conseguido una fotografía de esa víbora?! —gritó.

—Entonces, ¿lo conoce? —quise saber yo.

—¡¿Que si lo conozco, dice?! —se asombró Hirst—. Es el criminal que ha hecho que yo acabe aquí… ¡Ese es Jim Hawke!

Tragué saliva con trabajo, nerviosa.

—¿Está seguro, capitán? —insistí.

—¡Tan seguro como que el norte se opone al sur, muchacha! —rugió Hirst.

Mientras los carceleros, al oír las voces, se acercaban con aire amenazador, Horace se inclinó hacia su amigo y le explicó a toda prisa:

—¡Este hombre es el mayordomo de *lady* Grenville y es evidente que está metido en este asunto hasta el cuello! ¡Se trata de un hecho de la máxima importancia, capitán, y usted debe llamar

inmediatamente a su abogado para ponerlo al corriente!

—No tengo abogado, amigo mío —dijo el capitán—. Los abogados solo les sirven a quienes quieren embrollarlo todo, pero yo…

No oímos más, porque sacaron de allí a Hirst casi a la fuerza.

Yo me quedé profundamente impresionada. Era como si aquel hombre, después de entregarse a la policía, hubiese perdido el contacto con la realidad.

—¡Horace! —exclamé—. Debe hacer entrar en razón al capitán y convencerlo de que contrate a un buen abogado… Podemos pedirle ayuda a mi padre… ¡Por fin tenemos algo concreto, pero tenemos que ganar tiempo! —dije, jadeante.

—Tiene razón, señorita Irene. Pero ahora… —empezó a decir el señor Nelson.

—Ahora nada, Horace —lo contradije—. Usted debe ocuparse del capitán Hirst mientras yo voy a buscar a Sherlock y a Arsène… ¡Algo se nos ocurrirá, ya verá!

Dejé a Horace en aquel lúgubre edificio, donde se quedaba para intentar hablar con el alcaide de la prisión, y corrí fuera con el corazón latiéndome aceleradamente. Sentía que el haber descubierto que Jim Hawke no era otro que el señor Sherwood representaba un giro decisivo en nuestra investigación, pero era presa de tal agitación que las consecuencias de todo aquello escapaban en parte a mi comprensión.

Decidí, por ello, volver a pie a casa, pero pronto me arrepentí. En efecto, me pareció ver, al otro lado de la calle, a un hombre alto, arrebujado en un abrigo largo, con una gran bufanda que le tapaba la cara y una gorra calada hasta los ojos. Después de torcer en dos esquinas, el hombre seguía allí. Por más que me dije a mí misma que no debía ceder a imaginaciones, no pude evitar pensar que la complexión de aquel hombre se correspondía justamente con la del señor Sherwood. Aceleré el paso, igual que mi corazón aceleraba su latido, y caminé por las calles con más transeúntes. Cuando me volví para comprobar si el hombre del abrigo largo seguía allí, vi que había cruzado la calle y se había aproximado unos pasos.

Por un instante me faltó la respiración. Vi un puesto de flores y corrí a mezclarme entre los clientes. Al mirar a mi izquierda, divisé la entrada a la estación subterránea de Farringdon Street.

Siempre había odiado la idea de meterme en uno de esos atestados agujeros bajo tierra, pero en aquel momento eché a correr hacia el metro como atraída por una fuerza irresistible.

Me di cuenta de que no se trataba en absoluto de imaginaciones mías. Aquel hombre con el rostro tapado, al verme huir, caminó también más deprisa y arrolló a una señora que estaba charlando con la florista, y casi la tiró al suelo. A mi espalda estallaron gritos y protestas.

Yo me escabullí entre la multitud y bajé los peldaños a toda velocidad. Cuando llegué al final de la escalera y me volví, por un momento creí ver un par de ojos claros buscándome en medio de aquella selva de piernas, brazos, bastones y sombreros. Mi corazón latía como loco para entonces. Vi el tren ya lleno de gente a punto de arrancar. Di una última carrera y, sin dudar en propinar codazos, me abrí paso hasta hacerme hueco en un vagón. Fui la última en subir, luego oí un silbato y el tren subterráneo arrancó. Yo cerré los ojos y suspiré hondo.

Capítulo 17

UN NUEVO CONOCIDO

Fue un trayecto cortísimo. Mientras el metro aminoraba la marcha a la vista de la siguiente estación, el revisor anunció que estábamos llegando a
King's
Cross.

Como era un lugar en el que estaba segura de que podría tomar un carruaje, no me lo pensé dos veces, me apeé del metro de un salto y subí corriendo la escalera que llevaba a la superficie. Volver a ver la luz del día fue para mí una auténtica alegría y, pasado en parte el miedo por la persecución, me monté en uno de los vehículos que esperaban fuera de la estación. Le di al cochero la dirección de Marshall Street, la calle en que vivía mi amigo Arsène, alias Auguste Papon. Una vez allí, pagué a toda prisa al cochero e, infringiendo todas las normas del *bon ton*, irrumpí en el apartamento de Lupin sin llamar siquiera.

—Arsène, no imaginas lo que… —empecé a decir con ardor. Pero entonces vi que mi amigo Arsène no es taba solo.

Sentado a su lado, ante una taza de té negro humeante, había un joven alto, delgado, con grandes ojos negros y tez olivácea que, al verme, se puso en pie para hacerme una caballerosa reverencia. Pese a que estuviese vestido y peinado a la manera occidental,

aquel joven tenía inequívocos rasgos indios.

—Perdona…, perdonen… No sabía… —farfullé, sonrojándome.

—No tienes por qué disculparte —dijo Lupin, sonriente, y me ofreció una silla—. Es más, llegas justo en el momento en que la conversación entre el señor Ghose y yo se estaba poniendo muy interesante —añadió, mirándome de una manera que me dio a entender que se trataba únicamente de una fórmula de cortesía.

A continuación, Arsène nos presentó. Su visitante se llamaba Kashab Ghose, era de Calcuta y se encontraba en Londres para ampliar sus estudios de medicina.

—No vas a creértelo, pero el mérito de nuestro encuentro es de las dos amables gemelas del piso de arriba —me explicó Arsène, divertido—. En los últimos días habían notado en mí cierta obsesión por todo lo que tiene que ver con la India y me dijeron que conocían a una persona de aquella tierra extraordinaria. Ante mi curiosidad, me contaron que la persona en cuestión solía ir al restaurante en el que ellas comen habitualmente, aquí cerca, en la esquina con Beak Street… Y aquí estoy ahora con el amabilísimo señor Ghose, que se está tomando la molestia de remediar mi imperdonable ignorancia sobre su país.

El señor Ghose sonrió a su vez.

—Para mí, poder hablar de la India es todo un placer, señor Papon —dijo en un excelente inglés.

—Figúrate, Irene, que el señor Ghose me estaba contando que nuestra *lady* Grenville es muy popular en su país.

El joven indio asintió.

—¿Ah, de veras? —dije yo, que en realidad no veía el momento de quedarme sola con Arsène para ponerle al tanto de lo que acaba de descubrir sobre Jim Hawke.

—Digamos que, como mínimo, la baronesa ha alimentado sin duda algunas habladurías en ciertos ambientes de la nobleza india, en la cual tengo el dudoso privilegio de contar con algunos parientes bastante chismosos —dijo el invitado de Lupin, acompañando sus palabras con una sutil sonrisa.

—¡Una historia secreta de amores digna de una novela! —comentó Arsène.

Fruncí el ceño. *Lady* Grenville pertenecía a una familia muy notoria y una historia como aquella habría puesto los dientes largos

a las cabeceras más populares y entrometidas de Fleet Street. ¿Cómo es que yo no había oído nada?

Expresé mis dudas al señor Ghose, quien, tras darle un sorbo a su té, asintió plácidamente.

—La baronesa Grenville es un personaje singular, ¿sabe? Tenía fijada su residencia en un lugar aislado y no veía a otros ingleses. Por eso, como le decía, también a mí el rumor me llegó como murmuraciones, a través de ciertas tías ricas de Calcuta. Y entiendo que espoleara su fantasía: un amor arrollador que nace entre una rica noble inglesa y un joven indio de alto linaje, de espíritu fiero y rebelde. No creo que en Inglaterra nadie haya oído estos chismorreos, ¡y no apostaría ni una rupia a que sean verídicos! —dijo el señor Ghose, afable.

—Entiendo. De todos modos, ¿quién se supone que es ese hombre fatal? —le pregunté, empezando a intuir qué quería decir Lupin al afirmar que la conversación se estaba «poniendo muy interesante».

—Sus sobrenombres eran bastante novelescos —respondió el señor Ghose—. El Joven Tigre de Jalandhar para quienes lo apreciaban, Mahariv *el Marcado* para quienes lo estimaban un poco menos.

Al oír aquellas palabras, mi pecho se estremeció como si hubieran disparado un cañonazo allí mismo. ¿Por qué el visitante había hablado en pasado? ¿Y por qué aquel nombre no me sonaba desconocido?

—¿El Marcado, dice? —le pregunté.

—Exacto, señorita. Según parece, Mahariv era un hombre de notable belleza, pero tenía una profunda cicatriz debajo de un ojo…

—¡Oh, Dios mío! —exclamé. Fue como cuando, en una tormenta, de repente un relámpago permite ver algo en la oscuridad. Mahariv era el nombre que *lady* Grenville había pronunciado al mirar la fotografía que yo había visto en su casa y que la retrataba junto a un hombre con una cicatriz en la cara. ¡Aquel era, pues, el gran amor de la baronesa!

En ese momento me di cuenta de que mi exclamación debía de haber despertado la curiosidad de mis interlocutores, que se volvieron para mirarme.

—Perdonen —murmuré—. Pensar…, pensar en una horrible

herida en un rostro tan hermoso…, quiero decir, que imagino que sería hermoso, tal como lo describe… —farfullé y, afortunadamente, el rubor que se adueñó de mi rostro me ayudó a representar el papel de chiquilla romántica e impresionable.

Lupin alzó una ceja con expresión perpleja, mientras que el doctor Ghose era demasiado amable para no simular que creía mi improbable excusa.

—De todos modos, me ha parecido entender que ese señor Mahariv… —reanudó la conversación Lupin, animando a su huésped a proseguir.

De la cara del señor Ghose desapareció entonces toda traza de ironía.

—Mahariv Chand era un hombre muy orgulloso y apasionado, como les he dicho, a diferencia de su primo Mokham, el cual recibió el título de marajá que le correspondía a Mahariv.

—¡¿Mokham Chand?! —repitió Lupin, mirándome con unos ojos como platos.

—Sí. Ese Mokham Chand que en estos días precisamente ha venido a traer unos presentes a la reina en señal de sumisión, a mi juicio sin ninguna dignidad. Bueno… hay que decir que el Joven Tigre de Jalandhar estaba hecho de otra pasta. Tal vez fuera un hombre violento, pero sufría y se batía por la suerte de su pueblo, y eso lo llevó a chocar con la justicia inglesa, si es que puede hablarse de justicia —concluyó duramente el señor Ghose.

—Dios santo, ¿quiere usted decir que…?

—Mahariv Chand fue ajusticiado a raíz de las acusaciones de traición y conspiración en contra de la Corona inglesa presentadas por un dirigente de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Por una ironía realmente cruel del destino, el mismo hombre ante el cual ahora inclina la cabeza su primo… —explicó Ghose, bastante sorprendido por la reacción de Arsène y la mía.

—¡Lord Sainsbury! —exclamé yo, manteniendo a duras penas un mínimo de control.

Ghose me miró perplejo.

—Así pues, conoce ya esta historia —me dijo.

No, no la conocíamos. Tanto Arsène como yo la estábamos reconstruyendo con gran esfuerzo en nuestra mente, en la medida de lo posible, aunque en aquel auténtico laberinto de

acontecimientos las sombras y los puntos oscuros parecían prevalecer aún.

El señor Ghose, naturalmente, no entendió qué significaban para nosotros los hechos que acababa de revelarnos, pero, siendo una persona de evidente inteligencia, comprendió que sus palabras nos habían causado una gran impresión.

Por un instante pensé que nos preguntaría la razón de nuestro insólito comportamiento. Al final, sin embargo, la discreción y los impecables modales del doctor Ghose predominaron, y el joven, aduciendo una excusa, nos dijo que debía regresar a su casa. Lo despedimos con toda la cortesía que nos permitía el estado de nerviosismo en que nos hallábamos y por fin nos quedamos solos.

Decidimos salir de aquellas cuatro paredes y caminar hasta mi casa mientras tratábamos de aclarar nuestras ideas.

—¿Se puede saber qué te ha entrado hace un rato? —me preguntó Lupin con una sonrisita mientras bajábamos a la calle.

—¡Yo he visto a ese hombre, Arsène! A Mahariv Chand… en casa de la baronesa… Mientras el doctor Ghose hablaba, me he acordado de una fotografía que vi en el salón de *lady* Grenville en mi primera visita. Y me fijé en la expresión de la baronesa cuando miró aquella imagen, en la que aparece con su amante… ¡Para ella es una herida todavía abierta, te lo puedo asegurar!

—¿Me equivoco o el doctor Ghose acaba de revelarnos una buena razón para que *lady* Grenville quiera vengarse de lord Sainsbury? —dijo Lupin.

—¡Sí! —confirmé—. Pero hay algo todavía más increíble aún que debo decirte…

Y entonces le conté lo sucedido en la visita al capitán Hirst. Cuando terminé, Arsène se había quedado literalmente de piedra y se detuvo en mitad de la acera para mirarme con ojos de estupor.

—El mayordomo de *lady* Grenville… ¡¿es el mal afamado Jim Hawke?! —exclamó.

Nos sentíamos como alguien que hubiera estado mirando el cielo largo rato, observando cómo se concentraban en él nubes negras sin que cayera ni una gota. Y ahora, por fin, aquel cielo tormentoso había descargado sobre nuestras cabezas y la verdad nos llovía encima y casi nos arrastraba.

Y cuando llegamos a Aldford Street, Arsène y yo nos dimos

cuenta de que la tormenta no nos había alcanzado solamente a nosotros dos. En efecto, vimos a Sherlock andando nerviosamente delante de la puerta de mi casa. Tenía un libro en la mano y, al vernos, vino corriendo hacia nosotros y nos miró con ojos de loco.

—Por fin, amigos míos… ¡Rápido, no hay tiempo que perder!

Capítulo 18

LA COBRA REAL

Holmes no había querido escuchar nada, sostenía que era absolutamente necesario subirnos al primer carruaje e ir volando a Mullingdale Hall, sin perder ni un segundo. Así que corrí a casa para avisar al señor Nelson, al que encontré poniendo orden en el ropero de mi padre.

El mayordomo se paró, soltó el cepillo de plata y, mirándome a los ojos con una mezcla de desconcierto y preocupación, me pidió explicaciones.

—¡No hay tiempo! —le contesté—. Si aún conserva una pizca de confianza en mí y en mi amigo Sherlock, debe venir con nosotros de inmediato.

Horace me miró de nuevo, muy serio. Y tomó una decisión en el acto.

—¡Venga, vayamos! —dijo, y corrió al pasillo a ponerse el abrigo.

Merecimos, por ello, una mirada llena de desaprobación de la señorita Fowler y salimos pitando de casa.

Nos reunimos con mis amigos y fuimos hasta la esquina de la calle, donde estaban los carruajes de la empresa
Wadsworth & Co.,
así como el joven Billy.

—Escucha —le dijo Lupin—, ¿crees que por dos libras podrías llevarnos a Mullingdale Hall en media hora? Está en la zona de Hackney.

Billy puso unos ojos como platos y le pidió la fusta a uno de los cocheros.

—¡Demonios, por dos libras los llevo a la luna en media hora! —fue su pintoresca respuesta.

Y mientras el joven cochero se aupaba de un salto al pescante, nosotros cuatro subimos a bordo. El vehículo partió con un fuerte tirón y enseguida fue ganando velocidad.

Rodábamos velozmente por las calles de Londres; al tiempo que

conducía, el avispado Billy Wadsworth agitaba un pañuelo blanco como si en el coche hubiera un moribundo o una mujer dando a luz. Quizá en otra situación yo hubiera sentido cierto disgusto por aquel discutible ardid, pero no en aquel momento. Igual que Arsène y Horace, tenía los ojos puestos en Sherlock, que seguía sosteniendo en las manos aquel libro suyo. Había sido un día de descubrimientos inquietantes e increíbles, y me parecía difícil que también aquella vez mi genial amigo lograra asombrarme.

Pues bien, me equivocaba.

—¡Opio, maldita sea, opio! —fueron sus primeras y enigmáticas palabras. Las cuales no consiguieron sino que lo miráramos con mayor perplejidad—. Eso era. ¿Os acordáis del olor que había percibido en el interior de una de las cajas que contenían los presentes del marajá Mokham Chand? Bueno, pues esta mañana el horrendo profesor Ingber estaba hablando de La Subura, el barrio bajo de Roma, y de repente lo recordé… ¡Aquel olor me había llegado antes, en los callejones de mala fama de St. Giles, y procedía de los respiraderos de los fumaderos clandestinos!

—¡Oh, *pour l'amour de Dieu*! —soltó Lupin—. ¿Me estás diciendo que esas cajas estaban llenas de… ¡opio!?

—Nada de eso —sonrió Sherlock—. Solo una de ellas olía así. Y es un detalle de la máxima importancia.

—Señorito Holmes —intervino entonces Horace, ceñudo—. No niego que admiro mucho su ingenio, pe ro me temo que no me queda mucha paciencia para enigmas después de toda esta historia.

—No es ningún enigma, señor Nelson —lo calmó Sherlock—. Al contrario, por fin he podido corregir el error que malograba mi teoría, o sea, ¡la bomba! En estos tiempos, las noticias sobre atentados con dinamita en todo el mundo están a la orden del día y eso me llevó a un error realmente lamentable… Si hubiera tenido en cuenta que esta historia está estrechamente ligada a la India, me habría percatado de que, en realidad, en esas cajas había viajado algo muy distinto, o mejor dicho, alguien.

Parecía que Sherlock quisiera divertirse provocando en nuestras caras expresiones cada vez más estupefactas.

—¡No hay ningún enigma! —repitió Sherlock, que nos pasó el libro que llevaba abierto por una página concreta.

Fui la más rápida en cogerlo y eché un vistazo al título: *Los*

misterios de las Indias, de un tal Arthur T. Dripp. Vi también un *ex libris* en el que campaba una letra M muy ornada, que supuse era la inicial de «Mycroft», luego leí el título del capítulo que Holmes nos había indicado: «La secta de la Cobra Real».

—*El viajero que se adentre en la frondosa selva que rodea la pequeña ciudad de Ludhiana descubrirá un terrible secreto* —empecé a leer—. *Me estoy refiriendo a la secta que adiestra a los sicarios más letales y despiadados de todo Oriente, si no del mundo entero*…

—¡Un momento! —me interrumpió Lupin—. ¡Será una broma! ¿Quieres decir que en una de esas malditas cajas había un sicario? Pero si eran cajas en que a duras penas habría cabido…

—Un enano —se anticipó Sherlock—. Y, de hecho, si tuvierais la paciencia de soportar un poco más de la remilgada prosa del señor Dripp, descubriríais que todos aquellos a los que recluta la secta de la Cobra Real son enanos. Los eligen por su agilidad, su capacidad para esconderse, para aprovechar los menores pasajes y moverse en las sombras sin ser vistos. A eso hay que añadir un adiestramiento inhumano que los convierte en acróbatas consumados y asesinos infalibles, capaces de soportar el hambre, la sed, la fatiga y el dolor, gracias también a una potente pasta de opio que llaman «néctar de la noche» y que siempre llevan consigo en un saquito de cuero, el cual constituye, junto con un afiladísimo estilete, todos sus bienes terrenales. Llegados a este punto, creo que no me hace falta añadir que el olor que percibí no era sino el del néctar de la noche, al cual debió de recurrir con frecuencia el sicario en su interminable viaje de Bombay a Londres.

—¡Pues claro! —asintió Lupin, dándose una palmada en el muslo—. Y, mientras, *lady* Grenville y su criada, a bordo del *Madras Moon*, se ocupaban a escondidas de que su *cobra* no muriese de hambre ni de sed.

Me di cuenta de que el señor Nelson casi temblaba de indignación.

—¡Dios mío! Burlarse del capitán Hirst durante todo ese tiempo… ¡Es inaudito! —se indignó.

Pero Holmes lo miró con cara de incerteza.

—Esta conclusión sobre el papel de las dos señoras es completamente aventurada, ¿no cree?

Fui yo quien le contestó:

—No, Sherlock, no lo es en absoluto. Porque da la casualidad de que también nosotros tenemos algún que otro detalle pintoresco que añadir a la indagación.

Sherlock me miró a los ojos frunciendo el entrecejo.

—¿Ah, sí?

—Sí… ¿Has oído hablar del Joven Tigre de Jalandhar?

Capítulo 19

LA SEMILLA DE LA VENGANZA

Durante el resto del trayecto hasta Mullingdale Hall nos tomamos nuestra pequeña revancha de Holmes en cuanto a lo de poner cara de estupefacción.

Mientras al otro lado de la ventanilla empezaban a intercalarse cada vez con más frecuencia rincones campestres entre los volúmenes oscuros de los edificios de las afueras londinenses, Horace, Lupin y yo repasamos a viva voz las siniestras verdades descubiertas en el curso de aquel día increíble.

Comenzó el señor Nelson, contando que el capitán Hirst había reconocido al detestado Jim Hawke en la fotografía del señor Thomson que yo le había enseñado en nuestra visita a la cárcel.

Sherlock desorbitó los ojos y dejó vagar la mirada a través de la ventanilla.

—Fascinante… —dijo—. Veamos, hace tres meses el endemoniado señor Sherwood se encontraba en Bombay y hace más

o menos un mes ya estaba en Londres… ¡¿Dónde pudo dedicarse a reclutar a una banda de malhechores en el puerto y corromper al funcionario encargado de manejar el faro que hay a la entrada de la dársena?!

Guardamos silencio brevemente.

—¡El canal de Suez! —exclamamos luego al unísono, bastante cómicamente. Por lo demás, se trataba de una conclusión inevitable: el viaje por la nueva ruta que pasaba por el canal egipcio ahorraba, por término medio, más de un mes en los viajes entre la India y Europa, hecho que los periódicos de la época habían repetido hasta la extenuación en los largos artículos escritos para magnificar aquella nueva victoria del ser humano sobre la naturaleza. Y eso explicaba también que el misterioso Jim Hawke hubiera podido reaparecer en Londres un mes antes de que arribara el *Madras Moon*.

Vino luego el momento de contar la historia del amor secreto que había unido a *lady* Grenville y Mahariv Chand, alias el Joven Tigre de Jalandhar, historia que había concluido de manera trágica, con la condena a muerte del amante de la baronesa. Y el papel decisivo que lord Sainsbury, en calidad de acusación en representación de la Corona, había tenido en aquella condena.

Un cuadro para entonces bastante preciso se dibujaba ante nuestros ojos. Era una imagen de tonos oscuros, los de una venganza incubada largo tiempo y que había conducido a una maquinación astuta y diabólica.

—Lo que no comprendo es la actitud del marajá Chand en todo esto… ¡después de lo que le sucedió a su primo! —confesó Lupin, poniendo voz a una duda que yo misma tenía en mente—. Según el doctor Ghose, Makham es un pelota de los ingleses que lo único que desea es demostrarles su obediencia.

—Así es… Y quizá hasta la demuestre *demasiado*, ¿no creéis? —replicó Sherlock en tono irónico—. Haciendo de aliado dócil y sumiso, se asegura una reputación intachable. Y, puesto que los secuaces de la Cobra Real son famosos por su habilidad para que sus crímenes parezcan muertes accidentales, nadie sospechará nunca que haya relación entre el marajá Chand y la muerte de lord Sainsbury.

—¡Nadie salvo nosotros! —objetó el señor Nelson casi con un

rugido.

«Eso, nadie salvo nosotros», pensé yo. Pero ¿lograríamos, con nuestras solas fuerzas, cambiar el curso de los acontecimientos?

—¡Dentro de cinco minutos llegaremos a nuestro destino! —anunció justo entonces Billy Wadsworth, como si quisiera poner fin a mi angustia.

El joven cochero cumplió su palabra y muy pronto vi a lo lejos la silueta gris y cúbica de Mullingdale Hall, que dominaba el gran parque circundante bajo un cielo de color ceniza que le confería al edificio un aspecto más bien tétrico.

—Soy el único rostro desconocido en esa casa —dije con gran determinación cuando Billy tiró de las riendas para detener el carruaje—. Por lo cual espero que esta vez nadie se oponga a que sea yo quien se presente en la puerta.

Horace suspiró, nervioso.

—Señorita Irene… Tiene razón, pero se olvida de que ahí afuera hay…

—Un sicario venido de la India, lo sé —me anticipé—. Al que, en todo caso, no han mandado aquí por mí. Además, solo voy a intentar que me reciban y explicar la situación. Si lo consigo, volveré aquí en su busca, ¿de acuerdo?

Mis tres compañeros de viaje asintieron, aunque ninguno lo hizo con convicción. Yo, de todas formas, no hice caso. Bajé del carruaje y caminé derecha a la entrada principal de Mullingdale Hall.

Me abrió una vieja criada de cara pálida y delicada que parecía de porcelana.

—Buenos días —dije, haciendo una pequeña inclinación—. Me llamo Irene von Klemnitz y le ruego que me disculpe por esta visita sin anunciar. ¡Le suplico, no obstante, que me crea si le digo que tengo una información que podría salvarle la vida a lord Sainsbury!

Siguiendo un impulso, había decidido presentarme con el apellido de mi verdadera madre, Sophie, por su aura misteriosa y nobiliaria.

La anciana sirviente pareció, en efecto, quedar impresionada por él, así como por el tono de mis palabras.

—Oh, Dios mío, señorita… —dijo la mujer, y se llevó una mano a la boca—. Sea tan amable de esperar un momento.

Accedí con otra rápida inclinación, pero añadí:

—¡Dese prisa, se lo ruego! ¡Es una cuestión de la máxima urgencia!

Tuve que esperar un poco, tiempo que pasé retorciendo el vuelo del vestido. Por fin apareció en la puerta un mayordomo bien plantado, con el pelo cano y expresión mortificada. Supuse que era el señor Gardner.

Por la mirada que me lanzó, supe enseguida que la cosa no pintaba bien.

—Buenos días, me llamo Irene von Klemnitz y… —empecé a decir.

Pero el mayordomo, endilgándome otra ojeada recelosa, cruzó el umbral de una zancada y miró hacia el camino de grava.

Por desgracia, en aquel momento Horace se asomó por la ventanilla del vehículo y el señor Gardner lo reconoció.

—¡Maldición, otra vez Nelson, que el demonio se lo lleve! —imprecó el mayordomo de lord Sainsbury—. ¿Y ahora de qué va esta payasada?

Mientras, Sherlock y el señor Nelson saltaron del carruaje y corrieron a la puerta. Por su parte Lupin se quedó montado. O al menos eso creí.

—¡No se atrevan a acercarse o avisaré a la policía! —amenazó Gardner.

—Eso es exactamente lo que debe hacer, señor —repliqué, dejando al sirviente boquiabierto—. ¡Dígale al señor Sainsbury que se encierre con llave en alguna habitación y avise ahora mismo a Scotland Yard!

El señor Gardner se había puesto colorado y no hacía más que repetir:

—¡Esto es inaudito! ¡Inaudito!

—Señor Gardner —le dijo Horace en cuanto llegó hasta nosotros —, sé que ahora me considera un loco o, peor aún, cree que me he unido a alguna banda de criminales, pero, en nombre de la estima que me profesó en el pasado, le suplico que haga lo que la señorita acaba de decirle…

Horace se calló de pronto. Del jardín a nuestra izquierda nos había llegado el sonido de unos gritos.

—¡Lord Sainsbury! —chilló Sherlock.

Nadie pensó ya en protocolos ni convencionalismos y nos

pusimos a correr en la dirección de la que procedían los gritos.

—¡Oh, Dios mío, no! —grité con todo el aire de mis pulmones cuando llegamos al jardín.

Lo que había visto me había aterrorizado. Arsène estaba en medio del prado, enzarzado con una criatura pequeña de miembros fuertes y nudosos como malas raíces, un ser infernal de ojos brillantes y vestido solamente con un andrajo de piel. Casi no me di cuenta de que se trataba de la *cobra* de la que había hablado Sherlock y pensé, en cambio, en algún monstruo feroz parecido a las gárgolas esculpidas que había visto en la cúspide de la torre de la catedral de Notre-Dame, en París.

Los ruidos de la lucha me llenaban los oídos.

—¡Arsène! —grité, y corrí hacia él. Horace y Sherlock, que no se veían entorpecidos como yo por una larga falda, iban por delante de mí y vi que se detenían de golpe. Yo también me paré, espeluznada.

El sicario había sacado del cinturón el estilete y, con un movimiento en curva del brazo, rapidísimo, le había asestado a Lupin una cuchillada en el pecho. Vi a mi amigo cayendo hacia atrás mientras la *cobra* se alejaba por el prado como una sombra infernal.

—¡Arsène! —chillé, y corrí hacia él.

Acababa de arrodillarme junto a mi amigo cuando oí una voz que venía de la mansión.

—¡Santo cielo! Pero ¿se puede saber qué está pasando? —Era un hombre de unos cincuenta años, alto, con pobladas patillas grises, que se acababa de asomar a la puerta de una veranda de vidrio y hierro forjado.

Vi entonces que la *cobra* echaba a correr para abalanzarse sobre él. E inmediatamente después oí un disparo.

Sherlock estaba en medio del jardín con los brazos todavía alzados en el acto de apuntar.

—¡Quieto! —gritó—. O el próximo será para ti.

El disparo había alcanzado una vieja estatua cubierta de musgo a un paso de donde estaba el sicario.

Este, a tiro de la pistola de Sherlock, hizo rechinar los dientes y luego profirió un grito que me puso los pelos de punta.

Sin esperar ni un segundo más, lord Sainsbury y Horace, desde direcciones opuestas, se arrojaron sobre el sicario.

—Será mejor que vaya a ayudarlos… —dijo en ese momento Lupin—. ¡Ese tipo es pequeño, pero tan fuerte como Hércules!

Vi que mi amigo se estaba levantando. Tenía el traje rasgado en un costado y una raya roja en la piel, pero me sonreía y la herida no parecía grave.

Y, mientras él corría a echarles una mano a los demás, yo me quedé arrodillada en la hierba, cerré los ojos y respiré hondo.

El mundo, el mundo entero, se había parado con un horrendo espasmo de angustia. Pero luego, por suerte, había decidido ponerse de nuevo en movimiento.

Capítulo 20

A ORILLAS DEL RÍO

Cuando un par de corpulentos granjeros que trabajaban en la finca de lord Sainsbury, llamados por el mayordomo Gardner, acudieron para capturar e inmovilizar a la *cobra*, Horace nos miró a los tres con profundo agradecimiento y dijo:

—Le he dicho a Billy que esperara en el camino de entrada a la propiedad y creo que ustedes deberían irse, ya han hecho bastante por mi amigo y por mí. Yo me quedaré aquí y daré todas las explicaciones necesarias para que el capitán sea puesto en libertad, o eso espero al menos.

—Haremos como dices, Horace —dije, abrazándolo—. Mi padre y yo te esperamos en casa.

Así que Sherlock, Lupin y yo, tras cruzar el gran prado de Mullingdale Hall, llegamos al carruaje de Billy y regresamos a la ciudad, en un viaje plagado de emoción y risas, durante el cual no parecía existir más que nuestra amistad.

Todo el turbio e intrincado asunto en que nos habíamos visto implicados en los últimos días parecía muy lejano de pronto, y la idea de que un inocente se había salvado de una condena injusta gracias a nosotros hizo serena mi vuelta a casa y me regaló una noche de sueño profundo y reparador.

A la mañana siguiente, al despertarme, encontré una nota que habían metido por debajo de la puerta de mi habitación. Reconocí inmediatamente la letra de Horace.

Nuestra versión de los hechos ha sido confirmada. El capitán Hirst es ahora un hombre libre. Gracias.

Bajé corriendo la escalera, con el corazón pleno de júbilo, y fui a darle un beso a mi padre.

—Hija mía —me dijo Leopold con una sonrisa—. ¡No sé qué ha pasado, pero me gustaría que todos los días fuesen así!

La señora Fowler, con una ceja levantada, asomó la cabeza por la puerta justo entonces. Yo estaba tan contenta que le planté un beso en la mejilla también a ella y corrí a coger mi abrigo, dejándola con sus desconcertados refunfuños.

Aquella mañana de domingo, el cielo de Londres decidió otorgarme una última gentileza y me regaló un pálido sol y un día casi agradable, perfecto para la cita a orillas del Támesis que mis amigos y yo nos habíamos dado al despedirnos la tarde anterior.

Los primeros en llegar fuimos Sherlock y yo, ambos llevando bajo el brazo un ejemplar de *The Times* que traía los primeros y sucintos detalles del increíble atentado contra lord Sainsbury, desbaratado por un pelo. Según el periódico, el marajá Morkham Chand había sido retenido en el puerto de Londres y le habían prohibido hacerse a la mar.

Mientras leíamos en un banco de cara al río, vi dos fotografías que sobresalían del bolsillo del abrigo de mi amigo y le pregunté para qué las llevaba.

—Por si a alguien le interesara enterarse de cómo se hizo el cambio de las cajas en los muelles… —contestó él, mirándome de reojo.

—¡A mí me interesa!

—Bien… entonces solo tienes que observar estas tres fotos que hizo Thomson mientras estallaban aquellos extraños fuegos artificiales… ¿Qué ves?

—Bocas abiertas, rostros alzados…

Sherlock se rio.

—Esta vez ha marrado, señorita Adler. El blanco son las carretas que se ven al fondo. Dos carretas idénticas, de las que se usan para llevar y traer mercancías de los depósitos en los muelles. En la primera foto se ve una sola carreta, en la segunda dos, idénticas, una junto a la otra. En la tercera, otra vez una sola carreta.

—Claro… ¡La carreta con las cajas del *Madras Moon* ya estaba allí, preparada! Luego se colocó al lado la carreta con las cajas del marajá, que llevaron enseguida a los almacenes sin que nadie prestara atención a causa de los fuegos. ¡Así, al final del espectáculo, los aduaneros encontraron una carreta con tres cajas, pensaron que eran las que acababan de inspeccionar, descargadas del *Singh Flower*, y las dejaron salir del puerto!

—¡Muy bien, ahora has corregido la mira!

Esa vez nos reímos los dos.

En ese momento llegó nuestro amigo Lupin, que achacó su retraso a haberse entretenido charlando con el doctor Ghose.

—Tenía curiosidad por conocer su opinión sobre todo el asunto, dada la admiración patente por el Joven Tigre de Jalandhar que sus palabras traslucían.

—¿Y bien?

—Pese a que está firmemente convencido de que es injusta la manera en que los ingleses explotan su país, se alegra de que el plan de *lady* Grenville y Mokham haya sido desbaratado.

—Oh…

—Sí, sostiene que los atentados son un medio insidioso y cobarde de luchar, que no concuerda con su pueblo.

Aquel joven doctor indio me había resultado simpático enseguida y sus palabras, repetidas por Arsène, reafirmaron mi impresión.

A continuación nos pusimos a charlar bastante animadamente sobre lo que pensábamos nosotros de la India, de las rebeliones que la habían agitado y la dureza demostrada por los ingleses.

Estábamos en plena conversación cuando oímos unos pasos. Eran el señor Nelson y el capitán Hirst.

El anciano hombre de mar vino a nuestro encuentro y quiso estrecharnos la mano uno por uno.

—El buen Horace me ha contado todo lo que han hecho y yo, que no soy más que un viejo marinero, no sé cómo podría devolverles el favor.

—Usted era inocente —respondí yo—. Así que, en el fondo, lo único que hemos hecho ha sido poner las cosas en su sitio.

El capitán me sonrió.

—Y yo siempre les estaré agradecido por ello.

Después de aquellas palabras, el capitán Hirst se despidió y no pude dejar de notar que en sus ojos había aún un velo de tristeza. El saber que *lady* Grenville lo había engañado de forma tan cruel debía de suponerle un gran sufrimiento.

Volví a pensar en aquella mujer increíble, digna de una tragedia griega. El modo en que había utilizado al capitán era, sencillamente, innoble, pero ¿acaso no era una mujer dispuesta a todo para vengar al único gran amor de su vida?

—¿Sabéis una cosa? —dije después de todos aquellos pensamientos—. Si alguien le hiciera daño a uno de vosotros dos, creo que yo también le mandaría un enano asesino.

—¡Pues yo no! —replicó secamente Arsène.

—¿Ah, no?

—No, iría en persona a vengarme.

—Y tú, Sherlock, ¿qué harías?

Nuestro amigo siguió contemplando la plácida corriente del Támesis frente a nosotros, luego se volvió y nos miró a los ojos, primero a Lupin y luego a mí.

—Realmente no sé qué haría —nos respondió al fin—. Porque, si hay alguien que pueda hacernos daño a nosotros tres, somos solamente nosotros tres.